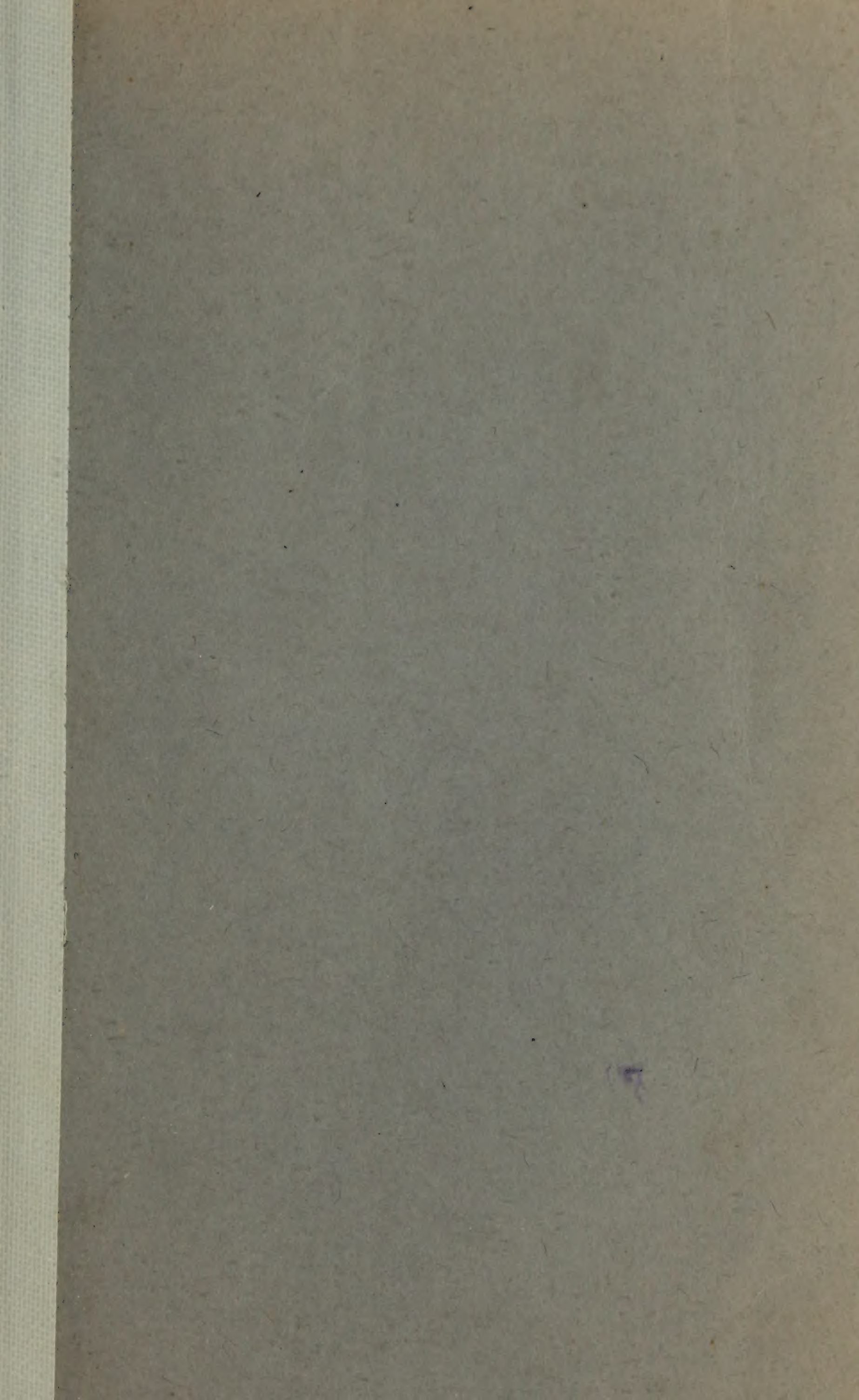
UCIO V. MANSILLA

MIS MEMORIAS

INFANCIA – ADOLESCENCIA

GARNIER HERMANOS

PARIS



Mis Memorias



Lucio V. MANSILLA

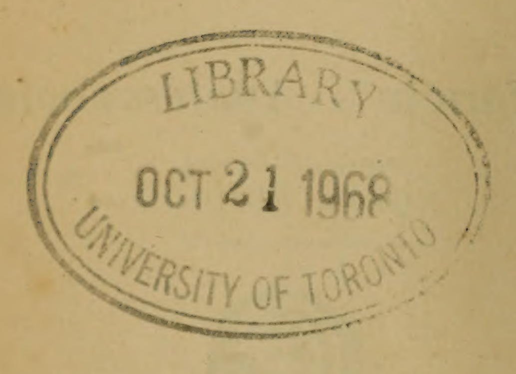
Mis
Memorias

Infancia - Adolescencia

NUEVA EDICIÓN



PARÍS
CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6


LIBRARY
OCT 21 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

MIS MEMORIAS

INFANCIA-ADOLESCENCIA

Acordarse es revivir...

Entro en materia estampando una banalidad : que el ruido llama la atención, que es como el fuego, como el humo. De ahí que la posteridad les exija sus impresiones, — á los hombres que han vivido con cierto brillo, con algún viso, sobresaliendo, en todo caso, por algunos rasgos geniales, característicos.

Hay en ello curiosidad, la insaciable curiosidad de saber algo más de lo que se ha dicho ó escrito, el placer de oír nuevas confidencias, el gusto picante de las indiscreciones, la expectativa de que la leyenda se convierta en historia ó de que esta sea rectificada, haciendo ver mejor la trama de los sucesos y el estado de las co-

sas morales y materiales en horas determinadas.

En una palabra : se espera sacar algún provecho de los errores, de la experiencia ajena, con la esperanza de acumular lecciones útiles al capital intangible de lo que día á día vamos observando, aprendiendo, sin nunca jamás arribar á consolidarlo del todo en ningún orden de ideas.

El progreso es indefinido é indefinible. Cada civilización tiene sus teorías. La verdad de hoy no es la de mañana. Sólo la obra de Dios es completa, y eternas son sólo las verdades que en ella se contienen con este fin : que á medida que las vamos descubriendo y penetrando, vayamos también midiendo nuestra pequeñez y nuestro orgullo vano.

Á esos hombres, la voz de los contemporáneos les dice :

« ¿ Por qué no escribe usted sus *Memorias ?* »

La interrogación es más fácil que la respuesta, y la tentación está inflada de presunción, siendo casi irresistible.

La dificultad estriba en que en ese « porqué » hay un escollo : el de las confesiones. Y la inflación consiste en que la satisfacción de sí mismo no le permite, — á éste y aquel personaje, — ver

anticipadamente que su epitafio tendrá que reducirse á un dístico por el estilo del tan sabido :

Aquí fray Diego reposa
Sin haber hecho otra cosa.

Con contadas excepciones, todos creemos haber hecho, visto ó sabido algo más ó menos interesante que no debe pasar como pasan las sombras fugitivas.

Diciéndole yo una vez al señor don Domingo de Oro, que hablaba con singular encanto, sin ser orador (jamás estuvo en un Parlamento), que se había mezclado y rozado con hombres eminentes de todos los colores y matices; actor y espectador á la vez, que había oído, visto y sabido muchísimo entre telones; que había sido secretario íntimo de Mansilla, mi padre, y de don Estanislao López, el caudillo santafecino; amigo de los tipos más opuestos, de Sarmiento, de Tejedor, de Mitre, de Zubiria; emigrado y enemigo de Rozas, sin serlo de su familia, — al contrario, — lo mismo que lo era de Alvear, ó mejor dicho, teniendo por él antipatía ; diciéndole yo un día, repito, á aquel hombre complejo, que era un escéptico á lo Montaigne, lleno de idealidades, mezcla rara de

elementos morales, amables y adustos, tolerante é intransigente :

« ¿Por qué no escribe usted sus memorias, señor don Domingo? »

Me contestó con su expresión significativa tan personal, solemne, sin afectación por el gesto y la voz :

« Señor don Lucio, he visto tanta inmundicia, que... ¿para qué legarle más mier... á la historia?... (1).

Víctor Hugo escribía en ese momento :

> Les pieds tragiques de nos pères,
> Dans l'âpre fange du passé.

Hablando de Oro, las anécdotas se sugieren unas á las otras.

Aquí va una para empezar.

Era en el Paraná, allá por 1822.

Habla el gobernador Mansilla :

(1) Véase en mi libro *Rozas*, Ensayo histórico psicológico, cap. XVII.

— Oro, ¿quiere que salgamos á dar un paseíto á caballo?

— Gracias...

— ¡Vamos, hombre!

— Nó, prefiero quedarme aquí.

— Se va á aburrir mucho.

— ¡Eh! menos quizá que yendo con usted que todo se lo habla á la ida y á la vuelta, como estos últimos días...

— ¡Ah! era eso...

— Naturalmente, yo también tengo lengua.

— Bueno, vea, hagamos un trato entonces.

— ¿Cuál?

— Á la ida llevaré yo la palabra y á la vuelta la tendrá Vd.

— Así, sí acepto; vamos.

Y partieron... y las cosas pasaron así, y así siguieron unos días, hasta que una tarde, en el lugar donde poco más ó menos, — mi padre decía: « Regresemos », se hallaba una escolta con caballos de muda.

— Y qué, ¿vamos á seguir?

— Á la ida llevo yo la palabra.

Oro se mordió los labios...

Tres días y tres noches transcurrieron hasta

llegar al « Arroyo de la China » (ahora Concepción del Uruguay); después de algunas horas de descanso allí, en mejores camas que las del camino, de algunas visitas oficiales y otras yerbas, mi padre mandó ensillar y, al poner el pie en el estribo, exclamó :

— Lo dicho, dicho; y ahora, amigo, tiene usted la palabra hasta el Paraná...

Pero volviendo al punto de partida, tengo que apresurarme á decir, — cediendo como cedo á la tentación ahora que el turno me toca á mí, comprendo mejor el dicho naturalista del señor don Domingo, y mejor me explico también estas palabras de Montesquieu :

« Si supiera alguna cosa que siéndome útil á mí le fuese perjudicial á mi familia, la apartaría de mi espíritu.

» Si supiera alguna cosa que siendo útil á mi familia fuese perjudicial á mi patria, procuraría olvidarla. Si supiese alguna cosa útil á mi patria, pero

perjudicial á la Europa y al género humano, la miraría como un crimen. »

Y bien, ¿qué haré yo cuando llegue el momento (porque si sigo, llegará) en que el niño se ha hecho joven, y el joven, hombre, y se me presente la imagen más ó menos confusa de algunas escenas ó cuadros, — ó me obsedie el vago recuerdo de reminiscencias incoherentes, de frases explicativas de ciertos sucesos, de actos, todo ello descifrado después, mucho después, cuando formada la razón nos decimos : ¡ ah! aquello significaba esto... ¿qué haré, repito, entonces?

¿ Callaré ?

¿Tendré el valor de decir lo que he visto bien unas veces, otras como al través de tules, lo que he sabido más ó menos vagamente ó á no dejar duda?

¿ O procuraré olvidarlo, por alguna de las razones aducidas por Montesquieu?

No lo sé.

La idea que tengo, á la hora de esta, no es prescindir de toda traba decente, de todo escrúpulo á lo J.-J. Rousseau.

¡Hay tanto en él que no es sino cinismo!

Estoy pensando como la generalidad en el momento de aprestarse al combate, cuando por primera vez se va á tomar el olor de la pólvora y á oír silbar (1) las balas que matan : tengo miedo de tener miedo; no lo tendré.

Pero pensar es una cosa y hacer lo pensado dominando los nervios por la voluntad, — resorte soberano, — es otra; y cosa muy distinta. Hay situaciones, circunstancias que se describen, que se explican, con tal arte que, el que no vió, está viendo.

Ese arte magnético que establece una corriente de emociones entre el que escribe, el que pinta, el que esculpe y el que lee, no lo poseo yo.

Por otra parte la palabra es un signo imperfecto. « El alma es incomunicable. Hasta en el

(1) « Silbar » es un modo de decir. Ahora con las armas de guerra modernas, la bala no silba. Pasando cerca, suena como un latigazo ó chasquido.

éxtasis de las embriagueces somos dos, siempre dos. »

Producir en los sentidos, en el corazón, en el espíritu la impresión de un dolor, de un placer, no es la sensación fisiológica honda ó la vibración psicológica arrobadora misma, — del gusto percibido, de la tortura sufrida.

Tengo, pues, que apelar á la sensibilidad exquisita del lector, en esta crisis mental, — que de otra cosa no sufro, pensando ya que la hora de los conflictos confidenciales espinosos llegará.

¿Me entenderán, se darán cuenta cabal de lo que estoy manifestando los que, en mi situación ó situación parecida, se hayan encontrado ó se encontraren, por haberse colocado en ella voluntariamente?

¡Callar, hablar! Es el eterno *to be or not to be*, en otro sentido.

En el caso de hablar, — ¿para qué escribir cosas truncas? Y en la hipótesis de no transigir con ninguna coacción, ¿qué utilidad le resultará de ello al lector?

Pienso aquí en el dicho del señor Oro.

Otra consideración de no poco momento : ¿me creerán?

¿No dirán : este hombre está trufando?

¿Para qué hablar de la caridad cristiana, que nos manda imperativamente respetar á los muertos?

Confieso que me siento perplejo, casi tentado de tirar la pluma...

Me limitaré, entonces, en los aprietos que serán mayores cuando lleguemos á esa edad, que no es la dulce edad inconsciente del niño, á las insinuaciones flúidas, á los *à peu près*.

El que sea capaz de reconstruir reconstruirá la situación, el hecho tal cual fué, — á la manera que Cuvier, con un molar, reconstruía un megaterio, guiado, como sus sucesores, por la uniformidad de las leyes naturales ; ó como los arqueólogos que, de indicio en indicio, poco á poco, pedacito por pedacito, haciendo un trabajo de hormigas, restauran y reconstruyen preciosos mosaicos triturados, monumentos, ciudades enteras que yacían sepultadas bajo el polvo ó la lava amontonado por los estremecimientos del planeta que habitamos.

Iré así meditando á medida que vaya evocando mis recuerdos y escribiendo.

Lentamente iré así madurando el criterio de lo que crea que no debo omitir.

Es mi intención (que cambiará ó no), desarticularme en tres secciones. Esta, que van ustedes leyendo. Una segunda, que aparecerá después de mis días. Otra tercera, que mi legatario verá cuándo debe salir á luz. Á él lo haré juez.

Podrá hasta hacer con los manuscritos un *auto de fe*. Á mí puede parecerme que no doy un mal ejemplo, — y conviene tener presente que « hay malos ejemplos que son peores que crímenes ».

Según se ve, antes de entrar á lo hondo habrá que vivir y esperar...

Tengo la esperanza de ser creído al afirmar, como lo hago, que no me propongo descorrer el velo de inauditos misterios esotéricos; ¡son tan pocas las cosas humanas secretas!

Las almas se creen impenetrables y son, como el alabastro, casi transparentes.

Hay también un rayo X para ver en la obscuridad de sus curvilíneas.

Tengo también una pretensión, modesta pre-

tensión, que confío será coronada de algún éxito. Consiste en ayudar á que no perezca del todo la tradición nacional.

Se transforma tanto nuestra tierra Argentina, que tanto cambia su fisonomía moral y su figura física, — como el aspecto de sus vastas comarcas en todas direcciones.

El gaucho simbólico se va, el desierto se va, la aldea desaparece, la locomotora silba en vez de la carreta; en una palabra, nos cambian la lengua, que se pudre, como diría Bermúdez de Castro, — el país.

¿Quiénes?

Todos los que pagamos tributo á lo que se llama « el progreso ». ¡Es un pasmo!

Sin querer olvidar se olvida, — lo mismo que no siempre se olvida cuando se quiere.

No digo, pues, que todo detalle tenga importancia. Creo, sí, que con los detalles sucede lo que con los monetarios, — en los que hay medallas de valor intrínseco y de poco valor; lo cual no significa que todas ellas no tengan su mérito real. Hasta las falsas sirven para investigar la verdad; ni más ni menos que los falsos derroteros, corregidos por la casualidad,

suelen conducir á la mina, al puerto deseado.

Quería decir esto : los que ahora viven y que no vieron, porque no eran todavía de este mundo, estoy seguro que con más gusto verían el viejo fuerte colonial que la actual casa Rosada, y sino con más gusto, con mucho gusto, aunque de otra clase.

Las sombras de los que fueron nos interesan más que el movimiento cinematógrafo de lo que es.

Y, por idénticas razones, los venideros verán con más gusto también que nosotros á nuestros contemporáneos, — contemporáneos, que nosotros no podemos sufrir ó que no nos interesan, que no nos cautivan en ningún sentido.

¿Para qué hablar de los que son prestigio? Esos no mueren. La humanidad se los disputa. Y, sin embargo, también nos place saber si tenían una verruga en la nariz ó un lunar en la mejilla ; auscultarlos por dentro, analizarlos por fuera ; saber cómo pensaban, cómo sentían ; verlos como hombres y como actores, — cuidado que suelen no tener los historiadores, mostrándonos solamente las fases épicas ó las exterioridades y los relieves, como si la pompa de un Luis XIV, verbigracia, fuera todo el hombre. Él, como otros, en

camisa, delante del espejo, acicalándose, estudiando gestos y actitudes, — es también un espectáculo que falta ver para poder decir : era así.

Á Thackeray le preocupaba mucho saber de qué color eran los calzones de Washington.

◙

Me esforzaré, como consecuencia de algo que he dicho más arriba, en filosofar lo menos posible sobre mis referencias.

Ó lo que tanto vale : dejaré los comentarios para que los haga el perspicuo lector.

La razón es obvia. De lo que principalmente va á tratarse, según se irá viendo á medida que avancemos al través del laberinto mnemónico, — no es de lo que yo he pensado, sino de lo que ha pasado bajo el dominio de mis sentidos, como regla general, á lo que habrá que agregar lo que me han contado.

Así es como, cual hilo de Ariana en el Laberinto, hemos de tener, en ciertos casos, sino toda la explicación de algunos fenómenos atávicos, el

tenue vínculo que liga á los que ya se han ido con los que no se han ido todavía, ó sea la clave, por medio de éstos, de algunas peculiaridades de aquéllos.

De idéntica manera hemos de ver mejor cómo venimos evolucionando, si no estamos ciegos respecto de lo que fueron nuestra vida interior, nuestros usos y costumbres pasados; y así, los que emprendan la obra explicativa de nuestro desarrollo material, intelectual y moral, — tendrán puntos de partida precisos para determinar, como profetizando, digamos, el destino de la pátria. Es decir, señalando los escollos que se han de evitar para adquirir la grandeza que asegure su preponderancia en el internacional concierto; esa grandeza que á las naciones les da la eternidad de la historia.

Obra tan considerable estudiará, naturalmente, los últimos cincuenta años, y, es claro, el estado actual en todos sentidos : vida individual, de familia y social; instituciones políticas; actividad agrícola, pastoral, industrial y fabril; movimiento mental; todo, enfin, lo que constituye la vida esencial, intensa de un pueblo, — desentrañando de ello su alma, sus aspiraciones co-

lectivas, el temple de su fibra, sus nobles ambiciones en la humanidad, para luego señalarle el camino del porvenir, lo repito en otra forma, si los estadistas se inspiran en un espíritu de justicia verdadera, evitan los conflictos económicos, que tanto perturban á la vieja Europa y no desatienden la etnología nativa, las condiciones (virtudes y defectos) de las diversas razas que se han fundido y siguen fundiendose en el crisol nacional.

Un libro por el estilo será leído con mucho interés en todas partes, particularmente en la América del Sur. Servirá, no lo dudo, de grandísima enseñanza en unos pueblos donde, por desgracia, se piensa aún poco por cuenta propia, y los escritores derrochan su talento vigoroso imitando á los pensadores extraños, con lo que falsean una civilización peculiar, en vez de contribuír á extenderla y perfeccionarla en armonía con su historia, su idiosincrasia, su estado concreto, sus aspiraciones y tendencias hacia ciertos fines más ó menos acentuados.

Parafraseando á Macaulay en su crítica sobre Dumont « Recuerdos de Mirabeau », no diré : « he aquí un libro muy instructivo y muy divertido »,

sino : « pero suponiendo que no sea divertido, ni instructivo », siempre resultará un libro sincero, casi infantil, en un sentido si se quiere (los extremos se tocan), y en el que si la verdad no brilla del todo resplandeciente, siendo turbias las perspectivas escénicas, — habrá que atribuírlo unas veces á deficiencias del pincel, otras á que las reminiscencias se esfuman con la edad, algunas á los eufemismos inevitables; finalmente á las supresiones calculadas, para no pecar de impudencia fraseológica.

Tenía mi padre un viejo sirviente, Gregorio, del que he hablado extensamente en una de mis *Causeries*, — llamándolo, como en la familia, « Goyito ». Medio siglo ó más estuvo al servicio de aquél. Era cordobés y fiel. Había sido postillón cuando lo. fusilaron á Liniers. Conocía la vida y milagros de su patrón. Lo amaba. Pero no consentía que en sus referencias alterara la verdad en el más mínimo detalle, como á veces solía acontecer por respetos propios y ajenos. En el acto me llamaba, y más ó menos se expresaba así : « Viejo mentiroso, ¿ por qué no dice las cosas como son? que estaba durmiendo en una hamaca cuando oyó los primeros tiros de los negros sub-

levados; en una cama camera para tres estaba... lo demás es cierto. »

Se refería á un hecho que tuvo lugar en Goya. Cuando en mi juventud estuve allí, las principales personas, ya muy entradas en años, lo recordaban.

Mi padre contuvo con gran intrepidez á los negros de un batallón que se había amotinado por falta de paga. Era esto allá por los tiempos de Artigas, ya derrotado en las Tunas. Refugiado el caudillo oriental en el Paraguay, donde murió, mi padre fué gobernador provisorio de Corrientes, como se sabe.

Seré yo entonces mi propio Rubicón para contenerme, cohibirme ó imponerme absoluto silencio, según los casos, pese á la estricta exactitud histórica, — cuando mi Goyito interno me diga: « si habla, hable claro y no altere tanto ».

Tomando otra vez el hilo que hace poco dejé, y no sea que se me olvide, diré: que si la casa

solariega de la calle de Potosí, de que pronto hablaremos, fué notable por eso y por que tenía aljibe, — la otra, donde sus propietarios pasaron á mejor vida, lo fué por esto, y por otros diversos motivos, y aunque sólo tuviera pozo de balde.

Esto del « aljibe » que no parezca nota baladí. Las fincas que lo tenían eran contadas, indicantes de alta prosapia ó de gente que tenía el riñón cubierto, — daban notoriedad en el barrio, prestigio; y si por la hilacha se saca la madeja, tal ó cual vecino pasaba por grosero por los muchos baldes de agua fresca que pedía; y tal ó cual propietario por tacaño, porque sólo á ciertas horas no estaba con llave el candado de la tapa del precioso recipiente.

Dicha casa solariega la heredó mi tía María Ortiz de Rozas de Baldez. Después, su hijo segundo. Tristán María, el primogénito, murió prematuramente. Aquél, Alejandro, la transformó en gran edificio lujoso de altos. Más le valiera no haberlo hecho.

La otra casa, la que sólo tenía pozo, la heredó mi prima Carolina Bond (de Terrero, por su enlace con Antonio), la cual era hija de mi tía Manuela

Ortiz de Rozas. Fué casada esta con un médico norteamericano, hombre de excepcional hermosura y de mucha distinción. Él y ella, como casi la totalidad de su prole, murieron tísicos. Decían que él le había pegado el mal á ella.

En esta parte no se realizaron, ni en otras, los fines amorosos, testamentarios, de mi señora abuela. Porque si á esa su nieta y hermanos les dejó más que á sus propios hijos, — con tanta munificencia, ni previno los desastres, ni menos les acordó la salud física, y mental á algunos de ellos, por los que tantas lágrimas se derramaron en la familia.

¡Pobre Franklin Bond!

Años y años después de mil aventuras y de rasgos atrevidos, fué el hazme reír de Buenos Aires (¡y algo peor!), él, que era gentil como un Antinoo; que, viejo ya, deshecho por el alcohol y las tristezas, todavía conservaba rastros vigo-

rosos de soberana virilidad, cual estatua amarillenta antigua desenterrada.

¡Pobre Franklin, una vez más!

Era bueno, de espíritu limitado, generoso; diestro sólo en el arte de jinetear, como el general Hornos, con el que una vez midió inopinadamente su destreza, su ímpetu, su altivez de *federal* empecinado, en plena calle de la Florida, — de donde resultó que se hicieron amigos personales. Los fuertes se compenetran por la acción recíproca y se entienden con facilidad, aunque por nada cambien, manteniendo sus opiniones hasta la muerte.

¡Pobre Franklin todavía, para concluír este párrafo tan amargo! Él fué para mí una lección de que la lengua suele ser duramente castigada, cuando olvida, hablando mal de las mujeres, que por una ironía del destino podemos caer en manos precisamente de aquélla que más hemos desacreditado.

En la calle que ahora se llama Alsina, antes Potosí, esquina Tacuarí, hay cuatro casas de alto.

En la época á que me refiero eran bajas. Dos, haciendo cruz, pertenecían á mis abuelos maternos, el señor don León Ortiz de Rozas (capitán en tiempo del rey) y la señora doña Agustina López de Osornio (1).

Dos pertenecían, haciendo cruz también, como se comprende, la una á mi señor padre, don Lucio Mansilla (2), — el general guerrero de la Independencia, de Ituzaingo, de Obligado.

Hay mucha gente que cree que la calle « General Mansilla » es por mí. Deben salir de su error. Yo no he dado nombre á nada que sea mi homónimo. Soy algo así como el último de los Mohicanos.

(1) Para informarse sobre estos dos caracteres, véase mi libro *Rozas*, Ensayo histórico psicológico.

(2) Sobre este Mansilla véase principalmente á Saldías, *Historia Argentina*.

Si tengo hijos no lo llevan. En la Pampa hay sí, algunos lugares bautizados por mí. Verbigracia, al sur del Río 5.°, el « Médano de la piedra » (porque allí, durante un temporal diluviano que duró tres días, hallé una *conana*, piedra que sirve entre los indios para moler granos, como maíz); y « Cañada de los dormilones » (porque allí, en tanto dormía uno de mis soldados, Calixto Oyarzábal, yo mismo, acosado por el hambre, le *moché* una parte de su escasa ración de charqui) (1).

En contraposición, varios de mis subalternos pasan á la posteridad en esa forma y modo. ¿Para qué citarlos?

El curioso de aclarar estas cosas, que busque las listas de revista de ciertos años, á contar de la batalla de Tuyutí, ó sea 24 de Mayo, hasta cuando yo avancé la tradicional frontera, inamovible desde los tiempos coloniales, de Río 4.° á Río 5.°, y que, con un mapa á la vista, saque en limpio nombres y apellidos.

La otra de esas casas no sé á quién pertenecía.

(1) Véase en la primera edición de mi libro *Una excursión á los Indios ranqueles*, el croquis topográfico.

Muchos años resistió á la transformación del barrio.

Cuando se preguntaba : ¿por qué no edificarán ahí? la contestación era : porque los títulos son malos.

Actualmente entiendo que la nueva finca pertenece, allí ha vivido al menos muchos años, al doctor don Mariano de María, cuya familia, mirándose las dos casas por Tacuari, tenía amable telegrafía sin hilos con mi madre.

La esquina esa era conocida por la del jorobado Zapata. El dueño era, en efecto, un hombre bajo, enjuto, giboso, de rostro rubicundo, siempre vestido con decencia : levita negra y sombrero de copa.

Los muchachos decían : « ¡Zapata! ¡cuidado! »

El jorobado no tenía buenas pulgas, como generalmente sucede con los que de alguna deformidad padecen, y si las tenía, su reputación era otra, — lo que es también frecuente.

Pero siendo esquina, en cuanto así se llama el ángulo exterior que forman dos superficies, no lo era en el sentido de negocio, donde se despachan bebidas menudeando hasta por tragos.

Era algo más : era un almacén de comestibles,

en el que vendían café tostado, fresco, que perfumaba los alrededores, y hasta té perla; el negro no era usual sino en ciertas casas de mucho fuste.

El almacén, entonces como ahora, estaba casi siempre en la esquina de las manzanas; lo mismo la « pulpería », voz que viene de « pulque », bebida espirituosa que se hace con las hojas del maguey ó gave mejicano. Vendiéndose en Méjico, generalmente en las esquinas, le ha dado su nombre, por antonomasia, á todo despacho público con mostrador donde se venden bebidas alcohólicas, y ha motivado el sinónimo, ó sea esquina, *versus* pulperia, esté ubicada donde se quiera.

Estas dos esquinas, con almacén la una y pulpería la otra, viven grabadas en mi memoria con ndelebles caracteres infantiles.

Imaginaos..... un día, disputando sobre cualquier cosa con mi primo Alejandro Baldez, me dijo éste :

« Callate, ¿que entendés vos? que has oído cantar el gallo y no sabés dónde. »

Á lo que yo contesté muy persuadido (quedando el dicho como proverbio en la familia) :

« Sí, sé, canta en lo del señor Zapata », en

cuyo corral se criaban, en efecto, gallinas, cuyo cacareo era intermitente, lo mismo que fijo el canto matinal de los gallos, anunciando la alborada.

Al escribir esto se me figura oirlos, haciéndoles coro el simpático tañido de la campanita de las monjas capuchinas de san Juan.

La otra esquina, la que pertenecía á mi padre, la tengo en la retina, con su pilar de madera fuerte, entre las dos puertas, una á Tacuari, otra á Potosí, y el poste ahí, al borde de la vereda. Algunas veces era un viejo cañón de fierro, — donde se ataba el caballo de la rienda ó del cabestro.

Allí vendían tortitas de Morón, una golosina color chocolate claro, muy popular y muy rica. Cobre que nos caía en las manos, á los muchachos del barrio, era para San Pío, el dueño.

Este San Pío era italiano, casado, muy bonachón y cariñoso. Sus quesos de Goya, y particularmente sus chorizos fritos, allí á la vista, tenían fama.

Solíamos estar comiendo; el dejo incitante nos llegaba en efluvios saturados de aceite hirviendo, mi padre decía : « que vayan á traer algunos... »

Lo que es nosotros, mi hermana Eduardita

y yo (de mi otro infeliz hermano *Lucio*, ya hablaré de él en su hora), no los probábamos; teníamos que contentarnos con el olor.

« Son muy pesados », arguía mi padre, que era higienista, y mi madre decía amén, ignorando (¡ los padres ignoran tantas cosas cuando se trata de sus hijos!) que antes de comer, ya habíamos sacado el vientre de mal año en alguna escapada á lo de San Pío en busca de tortitas de Morón.

San Pío, diré de paso, era muy puntual en el pago de su alquiler, con el que siempre acompañaba un queso de Goya fresco. No sabía leer ni escribir, ni hablaba italiano, ni español, ni genovés, ni dialecto itálico alguno, — sino una media lengua suya propia; y á fuerza de oírse llamar San Pío, por sobrenombre, llegó á olvidarse de su verdadero patronímico, y hasta del de pila.

Contaban que una vez, teniendo que prestar declaración con motivo de un bochinche que se

había armado en la pulpería, le preguntó á la mujer:

— Ché, ¿cómo me llamo yo?

— San Pío...

— Nó, el nombre de Italia.

— ¡Eh! está en el baúl (quería decir en el pasaporte).

Sarpio Pío (1) era la clave del enigma, que la media lengua popular había traducido abreviando.

De las dos fincas pertenecientes á mis abuelos, la una miraba al norte, la otra al sur. Aquella, naturalmente, era más seca que esta. La ley contraria prevalece en el hemisferio boreal. De suerte que la primera quedaba frente al almacén de Zapata y la segunda frente á la pulpería de San Pío.

En la primera vivieron mis abuelos maternos antes de mudarse á la calle Reconquista (ahora

(1) En Italia ponen primero el apellido en todo registro.

Defensa), frente al paredón de San Francisco, al llegar á Moreno.

Aquí murieron.....

Aquí aprendí yo á andar á caballo sobre los lomos del negro Perico, que todos los nietos queríamos á cual más, hijo de un esclavo.

Perico se ponía en cuatro pies, trotaba, galopaba y hasta corcoveaba y ¡ pataplúm ! allá iba yo al suelo cuando lo hincaba demasiado con las espuelas.

Aquí, en esta casa histórica, intacta aún, aunque muy estropeada, con altos á la calle, independientes, y altos interiores y tres patios, teatro de escenas que acentúan el carácter de mi abuela, y respecto de lo cual ya he remitido al lector á otra parte, vivieron algún tiempo, en los altos interiores, mis tíos el doctor don Miguel Rivera, casado con mi tía Mercedes Ortiz de Rozas.

Era mi tío de origen boliviano, descendiente del malhadado Atahualpa, muy moreno; su hermana Marcelina, ídem ; y mi tía blanca y rubia muy hermosa, lado por el que no brillaba la cuñada, asaz gorda.

Una noche que entraron al teatro, había función de gala, lo más currutacas, acompañadas de mi

tío, — Pepa Nogué, que estaba en la cazuela con Micaela Soler (hija del general, la « ñata de Soler » era su nombre popular), al verlas tomar asiento en el palco, exclamó, señalándolas, lo cual produjo hilaridad comunicativa alrededor:

« Éste es la noche (mi tío). Ésta es el día (mi tía). Ésta es el cu... de tía María » (Marcelina).

Pepa Nogué era la mujer más rápida en replicar, de familia excelente, temible en sus antipatías provocadas. Aunque distinta en varios sentidos sociales, puede decirse que era la Ventura Muñoz de su época; la que muriendo joven, contradijo su nombre por activa y por pasiva... ¡ fatalidad !

Cuasi contemporáneo de Pepa Nogué fué un tipo de porteño burlón, — cuya muerte debió ser la consecuencia de una de sus bromas más pesadas. Me refiero á Víctor Fernández, asesinado, sin que jamás se descubriera el autor del crimen.

El gran galeote decía : « debe ser su amigo, Fulano de Tal. » El hecho acaeció en el mundete de Taibo, calle de Corrientes, entre Maipú y Piedras. Ni rastros de aquel sitio infame quedan, felizmente.

Por ahí estaba la casa moderna donde largos

años vivió el desgraciado y querido José Manuel Lafuente, — desde su origen...

Mi tío Rivera era un hombre muy estimado, muy manso, íntimo de D. Juan Fernández, el socio en tantos negocios de mi tío Prudencio Ortiz de Rozas. Médico, hizo sus estudios en Europa, costeados por el gobierno; fué su maestro Dupuytren, y decían que, como cirujano, era digno discípulo de aquél. ¡Curioso! He observado que los mansos no suelen ser buenos cirujanos, — bien entendido que no empleo la palabra en el sentido estrictamente evangélico.

Vivía, como acabo de decir, en los altos interiores de mi abuela, y una de las cosas que más llamaba nuestra atención (« nuestra » implica la de los numerosos sobrinos ó primos que éramos), eran los muebles de su apartamento, los pilares particularmente de una gran cama, las águilas que los adornaban, lo mismo que los brazos de las sillas y sofás, todo con guarniciones doradas.

¿De dónde vendrá esto? decíamos pensándolo, pero sin comunicárnoslo, sin articularlo en forma alguna. Nos mirábamos unos á otros como diciendo: ¡qué lindo! Y aquellas miradas no podían tener otro significado, á no ser éste: ¿para qué ser-

virán estas cosas? siendo, como eran, alhajamiento de casa inusitado. Nada de eso en las nuestras; mucho menos en la de « abuelita »; así la llamábamos á la « señora mayor », otra variante, donde todo era sólido, modesto, mejor dicho, sin nada, nada que revelara inclinación al lujo y mucho menos á la ostentación.

Sólo ya hombre hecho y derecho, vine yo á tener como la revelación de todo aquello; cuando supe lo que era: estilo *Empire*. Mi tío Rivera lo había traído de Francia.

Era mi abuela tan femenil como varonil. Lo primero lo prueban sus veinte partos; lo segundo, sus muchos actos de voluntad, de firmeza, de resolución.

Para no repetirme, le pediría al lector ganoso de saber algo más sobre este particular, que leyera á *Rozas* y algunas de mis *Causeries*. En ambas obras hago frecuentes referencias á estos mis abuelos. De ellas resalta lo bonachón de mi

abuelo don León y lo predominante de mi abuela doña Agustina. La antítesis de los caracteres, — no implica que uno y otro no fueran muy vivos y prontos en sus movimientos.

Esta peculiaridad se halla en sus descendientes, hombres y mujeres. La irascibilidad y una gran fuerza reactiva son los rasgos característicos de todos ellos.

El que lo hereda no lo hurta. Algo de eso tengo yo. Me ha hecho mucho mal.

⊠

No se trata, en esta primera parte, — del que escribe, ya con el bigote duro, sino del niño. Pero de vez en cuando hemos de tener que hablar de aquél, anticipándonos á los sucesos. Contaré pues aquí algo que no viene mal y que tiene sus ribetes cómicos aun si no es de instructivo.

Entre otros, tenia yo un sirviente, allá por 1889, que hacía como de portero á ciertas horas, honrado y fiel, va sin decirlo : era gallego, y como casi siempre, tratándose de estos prójimos, algo

zurdo, nada tonto, pero muy testarudo. Ya no está conmigo. Es muy burdo el pobre José para estas *Uropas*, como suelen decir por ahí. Está en Buenos Aires.

Hablo de él en *Rozas*.

Es, sin embargo, como si estuviera, porque nos carteamos y me ocupo de él, teniendo además á mi servicio á su hermano Manuel, el cual se casó, hace ocho años, con una inglesa que había sido sirvienta de mi otra mujer propia.

Dos veces ya he pagado tributo á himeneo, como se sabe. La pareja está en mi casa. Él goza de toda mi confianza hace diez y ocho años.

José sabía leer y escribir; Manuel no. Lo ha aprendido por sí mismo, á fuerza de andar entre libros y papeles y de verme trabajar á mí, y ha conseguido hacerlo con bastante fea letra. En cambio, como diría Dickens, tiene muy mala ortografía. Pero dice lo que quiere con claridad, que es el arte de escribir bien, empleando menos palabras que yo, — y nunca jamás se equivoca en una suma, habiendo también aprendido solo, las cuatro primeras reglas de la aritmética. En resumen: he ahí un caballero que sólo se diferencia de mí en que él es el mucamo y yo soy el amo.

Beaumarchais dice, en el *Barbier de Séville*, algo que hace al caso recordarlo. Lo hallo profundo. Cito de memoria. Habla Fígaro con Almaviva: «¿No es cierto, señor, que cuando uno piensa en las muchas cualidades que se le exigen á un sirviente, hay algunos patrones que no merecerían serlo? »

Había yo retenido de una de mis lecturas esta máxima ó consejo:

« Cuando estés enojado, cuenta hasta cien (y no estallarás). »

— José, le dije un día, mira, no hagas eso otra vez; ya te lo he repetido muchas veces: después de las doce no me anuncies visitas, á no ser ciertas personas, amigos, como Fulano, Zutano, Mengano; porque sino, no tengo tiempo de vestirme y de estar en la Cámara á la hora, ¿comprendes?

¡Nada! como si se lo hubiera dicho á la pared, aunque bien pudiera ser que, teniendo buena opinión de mí y creyéndome servicial é influyente, se dijera:

¿Y por qué no ha de atender á este ó esta, que tanta necesidad de verlo tiene?

Me fastidiaba... paciencia y barajar, me decía...

Un día, no sé, tiene uno días endiablados... no estaba de buen talante; iba á comenzar á afeitarme, — operación que tiene sus fruiciones, según lo he demostrado en una de mis *Causeries*. Ya tenía la cara jabonada... me anuncia á un incómodo, ¡si hubiera sido siquiera un amigo ó algún necesitado!

Lo atropello, le muestro los puños... me acuerdo de la máxima (*tarde piace*).

— Ya te he dicho una vez, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Él retrocedía, yo lo seguía airado, colérico, tonante, alzando cada vez más la irritada voz, y siempre acercándole los puños á la cara másyi más...

Desapareció por una puerta que daba á una escalera del patio interior de la casa, — perteneciente á Guillermo Udaondo, calle Lavalle, al llegar á San Martín, del cual era yo inquilino.

Estaba ya postrado de tanto contar con violenta exaltación.

La máxima no me había dado resultado, como casi siempre sucede con los consejos.

Es claro: hay que aplicarla debidamente, que recordarla á tiempo, contando mentalmente.

con pausa, antes de contestar ó de resolver. Lo he ensayado.

Es seguro el resultado. No se llega á cien, — casi un minuto de reflexión, — sin éxito.

Al visitante no lo ví. Debió oir el estrepitoso contar con frenesí *crescendo*, y pensar, tomando el portante : de locos nada dijo la voz del Sinaí.

Eran vecinos de mi abuela, por el lado norte, la familia de Halbach, gentes muy buenas, muy obsequiosas y de mujeres lindas y elegantes. Dos de las muchachas se casaron con dos González Moreno.

Un caso de selección natural.

Los González Moreno, de respetable origen, siempre gozaron merecidamente de esta reputación : caballerosidad y dulzura.

El señor don Francisco Halbach estaba casado con Misia Goyita Bolaños.

Entiendo que era de Hamburgo ; en todo caso era alemán. Matilde, su hija mayor, — un poco

menor que yo, jugaba conmigo como si los dos tuviéramos el mismo sexo. Se casó con un pariente, Halbach también, su tío, creo. Edificó una gran casa en la esquina de Victoria y Tacuarí. Después fué de don Alejo Arocena.

Tuvo este matrimonio sus días de auge y de felicidad (real ó aparente).

Después desapareció del teatro social. Es ley de la vida que lo boyante no siempre sea duradero.

La casa en que vivía el señor don Francisco Halbach era tan nueva, como vieja la de mi abuela, y tan distintas que en nada se parecían.

Si no estoy trascordado, digo verdad afirmando que él la hizo edificar á la moderna.

Llamaba la atención. Tenía mucho menos fondo que la de mi abuela, con sus tres patios como plazas (impresiones de la infancia, edad en la que todo nos parece mayor que después), quedando las caballerizas en el fondo. El que cuidaba los caballos era un tal Francisco, cochero de oficio.

La cochera estaba por ahí, en el barrio, creo que frente al paredón de San Francisco, por el sur, donde *míster* White tenía sus carros.

Francisco, Pancho, como mi abuela lo llamaba,

tenía vara alta con la señora mayor. Era un hombre grande, pardo, de cara simpática, muy cortés; nos infundía respeto. Y aquella decía (me ha servido la observación) : « Lo que prueba que Pancho es buen cochero, no es cómo maneja los caballos, sino el como atraca al cordón de la vereda ».

Esta casa, inolvidable para mí, es la única que he visto en el Río de la Plata con canceles.

En una pieza larga, entre el primer y segundo patio, había dos. En uno de ellos estaba la cama en que dormía *mamá cachonga* : una andaluza huérfana que mi abuela adoptó. Ya hablaré de ella á su tiempo. Se casó con un Leyes, correntino, tendero bajo los altos de la Recova Nueva, tío de Carlos Romero, que le sucedió en la tienda, haciendo después considerable fortuna.

Mamá cachonga, era jeringonza de los nietos, llamándose aquella mujer, buena como el pan bendito, Encarnación.

En cuanto á los canceles, unas cortinas de paño color granate ocultaban lo que en ellas había, y eran un excelente refugio cuando los innumerables nietos, primos todos, jugábamos á las escondidas.

Mi abuela quería entrañablemente á esta hija adoptiva. Lo merecía. La quería tanto, que muchos años estuvo reñida con una antigua amiga, nada más que porque al regreso de larga ausencia le dijo, viendo por primera vez á *mamá cachonga*, de la que había oído hacer muchos elogios : « ¿Y esta es la huerfanita que has adoptado...? ¡Me la habían ponderado tanto...! Pues no le hallo nada de particular. »

Leyes era un sujeto honrado, de buen genio, algo bromista. Nos entretenía mucho con sus cuentos.

Cambió, devorado por un espantoso mal de San Lázaro, que contagió á su mujer.

Mamá cachonga había criado á Carolina Bond. En su casa vivían. En ella murieron, sin asco de nadie.

Era Carolina tan piadosa, como bueno Antonio, su marido, lo que no sorprenderá, — siendo un Terrero. Y era, ó mejor dicho, había sido en su primera juventud una mujer en estremo bonita de cara, con menos gracia, sí, que su hermana Enriqueta, otro tipo de rubia algo ñatita, con mucho gancho, casada con Felipe María Ezcurra.

Enriqueta era tipo para el pincel de Rubens; Carolina para el de Murillo.

Haciendo vida sedentaria, llegó á ponerse tan gorda que se transformó en globo.

¡Cuántos recuerdos! No de la infancia, sino de después, recuerdos de la quinta de San José de Flores, la primera de estilo que allí se edificó después de la caída de Rozas.

Á Carolina le gustaba muchísimo jugar á la malilla, y era cosa de risa ver cómo una mujer tan dulce se exasperaba cuando su compañero hacía alguna mala jugada. Si era Antonio, no se escapaba de un : « ¡qué burro! »

En la segunda de estas dos fincas de mi abuela, en la que quedaba, mirando al sur, frente á la esquina de San Pío, — ahí nací yo (1).

Ya he dicho en alguna otra parte que eso era lo que en tiempo de los españoles llamaban « presidio viejo », y he contado mis terrores infantiles con motivo de las historias pavorosas que refe-

(1) El 23 de diciembre del año de gracia 1831.

ría el tío Tomás, que casi nos hacía oír ruidos de cadenas. ¡Qué poder descriptivo suele tener la naturalidad de un sirviente!

Para que mi hermana Eduardita y yo nos durmiéramos (yo sobre todo), el negro nos decía: « ¡No oye, niño, esos gritos...? Son las almas de los que están en los calabozos bajo de tierra. »

Yo me tapaba con las cobijas herméticamente. Y el sueño venía con el miedo á veces.

Estas emociones de la tierna edad me han dejado, ¿cómo diré? digamos un *substratum* de pavor inexplicable, pues ahora, viejo ya, — todavía no puedo dormir tranquilo á obscuras; necesito luz, y no poca.

¡Curioso! Mi hermana era menos medrosa que yo. Dormíamos en el mismo cuarto, separadas las camas por una mampara. La negra María se ocupaba de ella. Simulaba á veces, tenía muchos recursos, un ruido como tropel de caballos, y le decía á Eduardita:

« Dormíte, dormíte, hijita, mirá que sino ahí viene Lavalle á comerte. » (Como en Inglaterra, que asustaban á los muchachos desobedientes con Napoleón.)

Mas después que el negro y la negra se iban,

habiendo antes apagado la luz, — la vela de sebo que era de molde ó sea de casa rica, — y ambos muy convencidos de que dormíamos, porque no chistabamos, mi hermana me decía despacito :

« ¡Ché, Lucio! ¿Estás durmiendo? Yo no he oido nada. »

Á lo que yo, sin destaparme, contestaba, tiritando todavía :

« Callate... no hablés, que tengo miedo y me ahogo, y ahora no más entra mamita » (esto era lo más temible).

« ¡Zonzo, flojonazo! » continuaba ella. El silencio se hacia, el sueño venía, muy intranquilo en mí, que solía despertarme gritando despavorido :

« ¡Que me tiran de las piernas! » Y eran como ataques de alferecía los que me daban.

Mi padre se enojaba con los negros, diciéndoles : « Son ustedes los que han de tener la culpa; ya he dicho que á este niño no lo asusten con las ánimas. »

Mi madre intervenía, observando : « No, Mansilla; si es que es muy *canguiña*... (palabra que no sé de dónde viene, y que desde entonces la tengo incrustada en la mollera como sinónimo

de mandria). Ya ves cómo Eduardita no tiene miedo... »

Claro está que si de todo esto tengo la memoria, es porque mi madre me la refrescó muchas veces, — riéndose de lo pánfilo que era yo cuando chico.

Mi hermana jamás preguntó cosas como esta : « Mamita : ¿qué vale más? ¿un caballo vivo ó un caballo muerto? » Duda que me había asaltado una vez que, yendo en la volanta, vi en un pantano un caballo hinchado, agusanado ya... espectáculo bastante común entonces, lo cual no impedía, así como muchas otras inmundicias, que la gente gozara de salud robusta.

Nuestros abuelos fabricaban unos hijos de padre y muy señor mío. No hay más que ver qué nenes hicieron la Independencia, la guerra civil.

¿Sería que vivían frugalmente, que no tragaban ni bebían, como nosotros, tantas substancias adulteradas; que se acostaban y se levantaban

más temprano que nosotros; que no eran, nó, tan disipados como nosotros; que si tenían sus quebraderos de cabeza (eran hombres), no eran tan libertinos como nosotros; y, finalmente, sería que el tributo matrimonial no era para ellos contribución extraordinaria, no entendiendo de dos camas, de dormitorios separados y otros usos modernos de esos á que Balzac se refiere en la *Physiologie du mariage?*

¿ Qué sería?

No sé, ó es poquísimo lo que sé; y este minimum quizá lo sé mal, á lo que se agrega que, para decirlo, de poco me servirían figuras de retórica por el estilo de las de Lazarillo de Tormes: « no sería malo llamar á Pieres el capador para que lo hiciese músico ».

¡ Es tan agitada la vida de ahora, se vive tan aprisa y son tan enervantes las emociones que los teatros y otros espectáculos colaterales y afines nos proporcionan en este incesante movimiento del siglo de la electricidad!

¡ Qué problema tan arduo, averiguar si nuestros antepasados eran más ó menos felices que nosotros!

Así como improvisando, y á pesar de todo (no

voy á detenerme á especular), no estoy con Tolstoi, que desea que la presente generación sea la última, ni con otros pesimistas.

Pienso, al contrario, como Tyndall, que la historia de la humanidad es una historia de mejoramiento (en el orden físico). (1)

(1) Encuadro aquí como curiosidad histórica el siguiente artículo que publicó la *Revista Contemporánea de Madrid* (diciembre 1898).

CABALÍSTICO

..... ay! there's the rub.
(SHAKESPEARE.)

Estuve días pasados á visitar al Excmo. Sr. D. Carlos Pellegrini, doctor en jurisprudencia.

Este caballero es natural de la República Argentina (país de origen español, de lengua castellana, donde casi un cinco por ciento de la población es española de España, datos que me hacen esperar que estas pocas páginas serán leidas con algún interés de este lado del charco).

Dicho caballero vino hace seis meses á Europa, donde actualmente se halla, con el único objeto de curar su cuerpo, enfermo de algo sobre lo cual no todos los peritos en achaques patológicos estaban acordes.

El caso es que, después de no pocos padecimientos, ha hecho, Dios mediante, la hombrada de salvarse milagrosamente. Y digo esto, porque estuvo desahuciado y semimuerto.

Su señora esposa, dama meritísima, buena cristiana, creyente férvida, no atribuye, naturalmente, el milagro á las fuerzas reactivas del microcosmo, sino á un voto que

Lo que no puedo decir de un modo categórico, acendrando el concepto, es si hay paralelismo entre ese mejoramiento y el moral.

Yo vine al mundo teniendo mi madre apenas quince años. Mi padre era ya abuelo.

Un escritor moderno, — de mi tierra, —

hizo en la hora crítica, cuando ya todo estaba perdido, según la ciencia; en esa hora solemne en la que todos desesperan, menos la mujer piadosa.

¡Sublime terapéutica la del amor!

De ahí una visita á Lourdes en cumplimiento de aquella promesa. ¡Bien haya la fé cuando tan inefables recompensas reserva á las almas que creen!

Volviendo al Excmo. Sr. Pellegrini, conocido sin duda en España por la mayor parte de los lectores de esta Revista, tengo que decir, pues hace al caso, que es un varón de más de cincuenta años, conspicuo en la historia contemporánea de su tierra, que es también la mía, según se sabe ó se barruntará.

Agregaré, aunque no sea mi propósito, ni remotamente siquiera, hacer su biografía, que es de talla de coracero varonil por dentro y por fuera.

En los últimos veinticinco años su nombre está ligado á todos los sucesos importantes de la República Argentina.

Ha sido Diputado, Ministro de la Guerra, Vicepresidente y Presidente de la República; esto último después de la renuncia del Excmo. Sr. Dr. D. Miguel Jáurez Celman, en 1890, con el que, conjuntamente, había sido elegido Vice-presidente.

En la República Argentina pasa lo mismo que en los

ha escrito que la señora era « frívola ».

Hemos de ver oportunamente la consistencia de esa afirmación superficial.

¿ Se casó por amor la señora ó la casaron ?

Estados Unidos de Norte América : al elegir el Presidente se elige el Vice, que es Presidente nato del Senado.

En este momento, el Excmo. Sr. Pellegrini es Senador por la capital, Buenos Aires.

El Dr. Pellegrini es también excelente abogado, orador espontáneo, periodista incisivo ; y, curioso fenómeno cerebral, sus dos más fuertes inclinaciones, en el orden de las cosas públicas argentinas, han sido la hacienda y la guerra.

Así, no sólo ha combatido con la palabra y derrocado Ministros de Hacienda, sino que ha peleado con las armas en la mano y vencido en revoluciones. Para decirlo todo de una vez, el Dr. Pellegrini es un hombre de acción por excelencia, — de pelo en pecho, — que ha hecho mucho de lo que ha querido y hasta lo que no ha pensado, que es lo que les pasa á casi todos los impulsivos.

Aún tiene mucho tentador por delante, mucho porvenir, que seguramente se le escapará, si no sigue el consejo de los facultativos, de los suyos, de sus amigos desinteresados, consejo que consiste en que prescinda por algunos años de su ocupación y preocupación favoritas : la política.

Necesita reposo, mucho reposo, higiene, mucha higiene, para reponer el fósforo consumido por tanta acción diversa y los arranques fogosos de su rica naturaleza. El hierro mismo se gasta.

A estar á las explicaciones que alguna vez se

Como se ve, el Dr. Pellegrini es un personaje interesante, al que querría hacerle más justicia aún enalteciendo algunos de sus rasgos prominentes, muchas de sus cualidades morales, si todo ello aquí cupiera. Y no cabe. Porque para proseguir, sólo he menester perfilarlo, menos que esto: plumearlo pasando el esfumino.

Hecho esto, como hasta aquí, necesito ahora decir que el Dr. Pellegrini y yo, aunque habiendo casi siempre militado en las mismas filas políticas (políticas, porque él es abogado y yo soy soldado), no hemos llegado jamás á coincidir en absoluto. Léase que no ha habido entre él y yo afinidad electiva suficientemente poderosa para fundirnos en lo que, hablando llanamente, se entiende por una amistad genuína.

Y, sin embargo, entre este hombre y el que está entre mis tejidos hay no pocos puntos de contacto; quizá hay en mí más espíritu de continuidad que en él; quizá hay en él, más que en mí, una determinación más rápida para tomar un partido. ¡Quién sabe si no se han trocado los frenos, debiendo él ser el general y yo el abogado!

¿La causa?

He aquí el quid de la dificultad.

That is the question. Y así, de digresión en digresión, y á guisa de preámbulo, héteme llegando ádonde quería.

La tesis es ésta: ¿por qué el Dr. Pellegrini no es Yo, ó por qué yo no soy PELLEGRINI, ÉL?

me dieron, el enamorado era mi padre, — lo que se comprende : mi madre era un primor. Aquél

Averiguado esto, lo demás tendrá una explicación más plausible, si explicación cabe en el sentido estricto de la palabra.

El lector y nosotros vamos á tropezar ahora con una seria dificultad, con lo que Maurice Maeterlinck indica en su libro *Sagesse et destinée*, é Ibsen en *Gengagere* (los *ghosts*, en inglés; los *revenants*, en francés; los duendes ó aparecidos, en español).

Para hacerme entender mejor, puesto que lo que se siga tiene que entrar en lo que llamaremos el dominio de la metafísica transcendental, hay necesidad de formular un largo paréntesis.

Entro de rondón en el asunto.

Allá por los años de 1828-1829, llegó al Río de la Plata un ingeniero italiano (Nizardo), Carlos Pellegrini, contratado por el presidente Rivadavia.

Derrocado este por una revolución, quedó, como consecuencia natural, en el aire.

¿Qué hacer? Pellegrini pensó en regresar á Europa.

¿Por qué no regresó?

Porque halló una joven de singular belleza, de la que se enamoró : era la hermana menor del que poco tiempo después fué el famoso dictador Rozas.

¿Cómo se sabe esto?

Porque el Dr. Pellegrini lo ha descubierto aquí, en Francia, revolviendo papeles de familia, en una carta íntima de su padre á una parienta.

Y esa joven, ¿por qué no se casó con el ingeniero Pelle-

un gallardo militar, sumamente despejado, enhiesto, esbelto, no como Luis XIV que, siendo

grini (que no regresó), sino con el general Mansilla, progenitor del que esto escribe?

La susodicha carta no lo dice, como no dice, — no podía decirlo, — que, al contrario, algunos años después uniría su suerte á una joven de origen inglés.

De modo que, si en vez de haber pasado las cosas como se ve, hubieran pasado al revés, es decir, que si el ingeniero Pellegrini se hubiera desposado con la hermana de Rozas, es seguro que, á más de haber ligado su porvenir á la fortuna del dictador, es seguro, repito, que de ese consorcio no hubiera nacido el Dr. Pellegrini, sino otro Yo, ó si se quiere, otro Pellegrini, pero en ningún caso este, que es ahora lo que hemos visto.

Y como el general Mansilla, mi padre, había sido unitario, — partidario de Rivadavia, — casándose en otro medio social, en vez de servir á Rozas, hay noventa y nueve probabilidades contra una que lo hubiera combatido, y yo habría sido otro, ú otro hubiera sido yo.

Y Pellegrini, el ingeniero, por más que se hubiera ingeniado, en vez de ser medio unitario, como lo fué, habría sido medio federal, por lo menos, y mi padre, sino unitario del todo (cuestión de la familia en que hubiera entroncado), medio enemigo de Rozas, resultando en esta hipótesis otro Pellegríni y otro Mansilla, nada de lo actual.

¡El destino! se dirá.

Perfectamente, no me opongo á que se le atribuya á una fuerza asi denominada la eficiencia de los hechos. Pero de ahi á desconocer que hay una causa activa actuando

pequeño, pasaba por alto á los ojos de la multitud.

recónditamente, la distancia es enorme. ¿Acaso por no ver un fenómeno, mientras prepara su realización final, hemos de negar, ora la ley física, ora la ley moral?

Nuestra insuficiencia para conocer es una cosa, y otra el renunciar á conocer; ó en otros términos, negar un misterio porque no lo alcanzamos, no quiere decir que el misterio no sea.

Así como hay quien renuncia á auscultarse para no oír su conciencia, así hay quien se tapa las orejas para no oír los ruidos sino á medias. Pero de ahí á que no haya ni grito interior ni una sensación física, bien que menos intensa, parécenos que hay una diferencia considerable.

Los mismos gentiles, afirmando el hado, la fatalidad, el destino, ¿no implicaban una serie de cosas que necesaria y forzosamente tenían que producir su efecto?

Lo que los antiguos simbolizaban en Némesis y lo que se contiene en la admonición hebraica sobre las faltas de los padres recayendo en los hijos, ¿todo esto no quiere decir que el destino es más bien efecto que causa, que causa ciega desde luego?

En cuanto á Ibsen en los *Gengagere*, lo que descubre es la acción directa ó indirectamente responsable de la fragilidad humana, y no en oposición, sino al contrario, bajo el imperio despótico de una ley moral trascendental realizable.

« La voluntad de la sabiduría (*la sagesse*), dice Maeterlinck, tiene el poder de rectificar todo lo que no toca mortalmente nuestro cuerpo. » ¿Y esto no es proclamar la responsabilidad, el libre albedrío, sea cual sea el alcance

Los mismos historiadores de la época así lo pintaban. Voltaire, que si no lo vió con sus pro·

del significado que á la palabra « sabiduría » se le atribuya?

Repitiendo la frase de un escritor español eminente, soldado sabio, diré : « Sin duda ocurrirá al lector preguntar á dónde lo conducimos con este aparato de ciencia, y á la verdad que puede parecer que á desvanecerlo y extraviarlo. No es ciertamente, usando de un símil, pretender que se aprenda la música antes de oír una orquesta; lo que intentamos es, por el contrario, hacer ver que no se necesita más que escuchar para percibir las harmonías de la naturaleza », ó la voz íntima de nuestra conciencia, digo yo.

No, repito á mi vez; á ese lector, si tal preguntare, le contestaremos que, sencillamente y poco á poco, lo conducimos á donde hemos llegado, tanteando terreno escabroso, erizado de dificultades. Y por si acaso no se aceptara que la sabiduría puede rectificar todo lo que no ataca mortalmente el cuerpo, lo tangible, es decir, la substancia, arguyendo en forma interrogativa : qué entendemos ó qué queremos implicar con esa palabra, diremos : que implicamos conocimiento de todo lo que es humano, ciencia experimental, visión interior, intuición gnóstica ó mística ó *scientista*.

¿Renunció el padre del Dr. Pellegrini á la hermana del que debía ser dictador omnipotente, señor de « vidas, famas y haciendas », porque presintió ó columbró el porvenir y temió ligarse á su familia, ó esta opuso trabas á sus pretensiones, porque el sello de un hombre de ciencia, extranjero por añadidura, reclutado por Rivadavia, consi-

pios ojos, debió haber hablado del gran rey con no pocas de sus relaciones, gente de la corte, á cada momento repite lo de estatura majestuosa. « Es un error, dice Lamartine en sus memorias sobre el duque de Berri, creer que Luis XIV era de alta estatura. Una coraza que de él nos queda, y las exhumaciones de san Dionisio no dejan duda

derado cuasi ateo, tenía que ser mirado como un caballo de Troya introducido en sus filas?

¿O la joven espontáneamente le desengañó para unirse á un hombre mucho mayor que ella, inducida quizá? Los dos eran hermosos. Pellegrini estaba en la flor de la edad, y el otro, si no declinaba ya, por ese camino iba. Cierto que tenía el prestigio de la gloria militar, la bravura; pero Pellegrini tenía la juventud radiante y el saber que fascina, de lo cual el otro carecía, no obstante su vivacidad intelectual nativa característica.

La carta á que más arriba me refiero no entra en estos pormenores, que yo he desleído.

Pero Pellegrini y Mansilla tenían que saber que habían sido *rivales;* de modo que en virtud de una ley genética oculta, el fruto humano de uno y otro debía padecer de una especie de atavismo irreducible en el sentido concomitante, ó sea de las aptitudes ó predisposiciones psicológicas para entenderse sin reservas ó restricciones mentales sobre cualquier punto del terreno en que las circunstancias los colocaran.

Y esa ley habría actuado con la misma eficiencia ó virtualidad, ya Mansilla se hubiera unido á la madre de

sobre este punto (lo pequeño del personaje). »

Con razón se ha escrito que la historia comienza, como regla general, por la Novela y sigue con el Ensayo.

A propósito, ya he hecho notar en alguna parte que la estatura que muchos le han atribuído á mi tío don Juan Manuel de Rozas, — es pura

Pellegrini, ó el padre de este á la madre de Mansilla. En la naturaleza, en la vida, en el orden sensible ó supersensible, en el cosmos, —*macro* ó *micro*, — todo obedece á una coordinación preexistente, finita ó infinita, y lo que ha de ser será. Si no lo alcanzamos, como vemos que la tierra es redonda, por los mástiles del barco que se aleja perdiéndose en lontananza, ello no prueba, en todo caso, sino nuestra pequeñez, lo íntimo que somos ante el Universo.

Balzac ha dicho : *Nous mourrons tous inconnus*. Debió haber agregado : y sin conocer la grandeza de los altos fines. Si los conociéramos, todos nos sabríamos. Y qué monótono sería el vivir, hallándose todo previsto de antemano!

Ahora, qué Pellegrini habría salido del vientre de una Rozas y qué Mansilla del vientre de la que fué madre de aquel varón fuerte é insigne, — al que estas páginas le prometí, — échese el lector á nadar.

Yo, con lo dicho, he puesto mi pica en Flandes... ó donde se quiera; de gustos y de colores se puede discutir hasta mañana por la mañana, y más todavía, sin arribar á conclusión alguna. (Lucio V. Mansilla, París, noviembre 1898.)

novela. Ningún Rozas, mi abuelo era bajo, pasó de talla regular. Mi abuela Agustina no era alta. En la familia sobresalió mi madre, que, propiamente, no era alta, como no lo era Manuelita Rozas.

Era el modo como erguían el cuello lo que las realzaba.

❧

Acabo de decir que mi padre era abuelo cuando yo vine al mundo. En efecto, había sido casado con doña Polonia Duarte.

Tuvo con ella tres hijos, dos mujeres y un varón: Juan, el menor; Mauricia, la mayor; Pepa, la segunda.

Al enlazarse matrimonialmente por segunda vez, — todos aquellos eran mayores que mi madre, y madres, como se colige.

Mauricia era casada con Ricardo Sutton, norte americano, excelente persona, pariente de don Tomás Livingston, barraquero de la calle Potosí, esquina de Salta ó Santiago del Estero, respetabilísimo sujeto, padre de los dos Livingston que

después han figurado en nuestra sociedad con cierto relieve.

Ambos eran muy lindos muchachos, mucho más jóvenes que yo, — lo que no quitaba que les tuviera envidia. Ellos andaban en petizo, pasaban siempre por casa, y yo no.

Tenían miedo mis padres de que me cayera, pues no era mi fama la de mancebo atrevido.

Yo iba con frecuencia á casa de don Tomás.

Hacían unos *panqueques* con melaza, riquísimos : me chupaba los dedos.

La señora de don Tomás era muy simpática, blanca, pálida, rubia, — y la suegra, madre de Ricardo, con su cofia blanca siempre y unas antiparras con cerco de oro, tenía el aire respetabilísimo.

En la barraca me divertía mucho mirando, ya que no podía montarlo, el petizo de los muchachos (Tomás y Frank, si mal no recuerdo) y las máquinas de aprensar lana.

¡ Cómo ha pasado el tiempo y cómo cambia todo ó casi todo con él !

Con los muchachos acabé por no conocerme, y cuando la lucha entre Rocha y Juárez, — siendo Frank juarista y yo rochista, — en un periodi-

quín de circunstancias *Don Basilio* sólo se le llamaba Frac-Leviton. ¡ Perdón por aquellas molestias!

Mauricia y Ricardo dejaron cuatro hijos. Lucio Sutton no sé qué se hizo. Después de la caída de Rozas, sólo he sabido de él que era estanciero en el Sur.

¡ Con las catástrofes desaparecen tantas cosas! Hasta los mismos nombres cambian. Ved si no : por el lado de mi madre un pariente carnal que tenía nombre de pila « Rozas », archivó este y se quedó con otro; y por el lado de los parientes políticos de mi padre, uno que fué bautizado « Mansilla », si te vide no me acuerdo.

Es la inmundicia de la historia, — á que se refería el señor Oro. En el caso ocurrente, el olor no es tan nauseabundo ; son cueritos que pueden sacarse al sol á título de vilezas, miserias ó cobardías anónimas. En el transcurso de lo que venga, sí, ha de haber algo más que follonerías, — infamias increíbles, documentadas.

Por hoy : « No hablemos de ellos; pero ¡ mira y pasa! » (1).

(1) *El Infierno*, de Dante, traducción de Bartolomé Mitre.

Ricardo Sutton, hijo, fué médico, estudió en Estados Unidos é hizo la campaña del Paraguay, dejando buen nombre.

Josefina, su viuda, se volvió á Estados Unidos, su tierra nativa. Era linda mujer, como para dar dolores de cabeza.

Agustina Sutton se casó con un capitán de la marina norteamericana mercante, y ambos murieron jóvenes. Era muy atrayente y de muy buena índole.

Emilia Sutton, la mayor, se casó con un doctor, médico y cirujano dentista, Tucksbury, que estuvo de paso en Buenos Aires. Mujer de mucho mérito era Emilia.

Tucksbury tuvo su momento de moda.

Él y Diego Alvear fueron los primeros que administraron el cloroformo.

Diego acababa de llegar de Washington, y su apellido, su elegancia, su talento, tan Alvear, lo hacían el niño mimado de los salones.

California absorbió á Emilia y su marido. No sé qué se han hecho. Emilia vino dos veces á Buenos Aires á ver á sus parientes. Visitó á mi madre con la que siempre se escribían y cambiaban fotografías. La señora, — no es frecuente, —

gozaba de mucho prestigio entre la mayor parte de los descendientes del primer matrimonio de mi padre. Verdad que era muy difícil substraerse al ascendiente amable de su persona, que entre otros encantos tenía uno envidiable : una zalamería natural, que provenía del deseo desinteresado de agradar, aplicable á los grandes y á los chicos, á los ricos y á los pobres; de manera que nunca decía cosas que no fueran gratas, — y la edad acentuó la cualidad.

En cuanto á Pepa, viuda de otro norteamericano, Samuel Tebbets, sólo dejó una hija, Mauricia, que no ha sido feliz. No se parecía en el carácter á su padre ni á su madre, — el atavismo vendría de más atrás, — que fueron inofensivos, incapaces de fastidiar á nadie.

Samuel fué chacarero en grande escala. Era hombre de buenas prendas, sencillo, — lo mismo que Pepa, que, á veces, rayaba en la *cantimple-*

ría, como dicen ahí, o sea, bobería en buen castellano.

¿De dónde vendrá *cantímpla?*

Me canso de averiguar el origen de tanto neologismo como *canguiña*.

Pepa vivió algún tiempo con mi padre (habitaba este una casa que no era la tradicional de mi madre...) y Juan también.

Muerto mi padre cuando la gran fiebre amarilla, yo los llevé á la mía, — donde no incomodaban; eran ambos tan modestos en sus gustos!

Entre los míos murió Pepa, ¡que en paz descanse! Lo mismo que Juan, que no murió en mi casa, sino en otra de pariente más ó menos directo, que se encargó de su felicidad...

Este mi hermano había sido capitán de infantería, lo era cuando falleció, desde que el sueldo de tal gozaba. Jamás brilló por las armas. Conocía el servicio, y siendo idéntico á mi padre, aunque mucho más bajo, en nada se le parecía sino en el aseo de la persona. Pasaba las horas fantaseando; ¿en qué? no sabría decirlo, y fumando cigarrillos negros de esos que ya no se ven (¡tan ricos que eran para los aficionados! Eran al fumar lo que las trufas á la gastronomía epicurista).

Mi padre lo casó, ya entrado en años, para que lo cuidaran, con una mujer muy hacendosa, frescachona todavía y bastante buena moza, — que Pancha García se llamaba, y fué esto en San Nicolás de los Arroyos.

De la primera mujer de mi padre, Polonia Duarte, madre de Mauricia, Pepá y Juan, poco sé. Tampoco sé gran cosa de mis abuelos paternos, lo cual se explica. Nunca conocí á mi abuelo, don Andrés Mansilla, ni á mi abuela doña Eduarda Bravo.

Mi abuelo Andrés, de ahí que mi primer hijo así se llamara, era hombre de historia.

Mi abuela Eduarda, de ahí igualmente el nombre de mi hermana, la que se casó con Manuel Rafael García, « de linaje generoso », emparentado por los Aguirre con mi abuela Agustina, fué matrona de gran voluntad y muy austera. Tanto de ella como de él, mi abuelo, nombrándolos unas veces, callando otras, — me he ocupado en mis *Causeries*, lo que no quita que sobre el asunto vuelva así que llegue la oportunidad. Aquí viene como pedrada en ojo de boticario agregar : que la familia de Mansilla tiene dos ramas, la legítima, ó sea la de la prosapia del

señor doctor don Manuel Mansilla, — y la de mi padre, la espuria.

❖

De esta rama fueron descendientes mi tía Cayetana Mansilla, la mayor. Nada notable en su vida. Tuvo una hija, Anita, que casó con un Ojeda. Vivían en una chacra propia por los Santos Lugares, — haciendo el bien. Gente muy sencilla.

¿Cometo aquí un *lapsus calami* cuando digo que Anita se casó con un Ojeda? ¿O era Ojeda el apellido del marido de mi tía, y el del esposo de Anita uno con el que no doy?

Me pego en la frente que, según la creencia popular, es la parte del cerebro pensante. Nada, nada. La ciencia histológica afirma como resultado de sus últimas investigaciones que la práctica ó el ejercicio del pensamiento, no le agrega una sola unidad al número total de células nerviosas cerebrales con que nacemos, — la friolera de dos mil millones. Agrega que esas células son signi-

ficativamente incapaces de división ó reproducción. La experiencia del vivir, meramente modifica el estado de las células ya presentes. Esa modificación es memoria. No me falta. Pero, pienso y repienso ¡silencio!

¿En cuál de las células estará dormitando profundamente el recuerdo, — que en vano me empeño porfiadamente en evocar?

Pues entonces que en este, como en otro caso (sospecho que algunos ocurrirán en los que trueque los frenos, sin que por eso el fondo resulte otro), — que tenga indulgencia el lector que supiere mejor que yo las cosas.

¡Cuanto que!

¿A quién apelar?

Estoy en este momento en ese estado de indecisión del espíritu que no permite formar juicios acertados: una afasia.

Cerca, entre una jauría de perros bravísimos y de barricas de Le Roy ó sea el panquimagogo,

así le decían, aunque era también un vomitivo fuertísimo, tenía su chacra mi tío lejano don Mateo García Zúñiga, esposo de mi tía Misia Rosalía Elía, madre de Clara, la que casó con José María Zuviría. Era un excéntrico, amigo de mi padre de larga data, una especie de *malade imaginaire*. Andaba siempre de poncho y sombrero de Guayaquil. Tendré que consagrarle una página á esta familia y á los suyos. Su vida tiene que hacer con la historia doméstica de Entre Ríos. Pero será para lo que no he de leer yo en letra de molde.

Mi tío Mateo y mi tía Rosalia, que era como yo los llamaba, ella y mi madre fueron íntimas, después de vivir en Buenos Aires en la calle ahora Defensa, frente á la vieja casa, como una fortaleza, al llegar á la esquina de Méjico, — casa que fué del rico y honrado comerciante catalán D. Juan Vivot, — se fueron á Montevideo, donde murieron, dejando inmenso vacío entre los pobres, pues eran tan caritativos como acaudalados.

Esto del Le Roy requiere un párrafo especial antes de seguir enumerando la prole de mis abuelos paternos.

Especulemos un momento. No estaba en voga la medecina espectante. Los flebótomos abundaban. Sangrías, vomitivos y purgantes hasta que sane ó reviente, parecía ser el aforismo de los galenos en general. En algunas familias, la de Terrero, por ejemplo, el uso para toda dolencia, del específico, era de cajón. En mi casa, con un solo dato estadístico, estará dicho todo : mi hermana Eduardita antes de los doce, y yo con un *record* aproximado al de ella, antes de los quince, habíamos tomado cerca de ochocientos vomitivos y purgantes.

Mi repulsión, particularmente, por la nauseabunda droga era tan grande, que fué menester que se hiciera una cuchara de plata, de forma especial, para hacerme ingurgitar, tapándome las narices, íntegra, no siempre, que me agitaba como un energúmeno, entre dos ó tres sirvientes nervudos, — la dosis reglamentaria de la prestigiosa poción.

Hay olores inolvidables. Esta sensación es más persistente que la del sabor. Llega en algunas narices á ser un fetiquismo.

Un monsieur de Lerminier, que estuvo en el Río de la Plata con misión científica, creo, del gobierno francés, se encontró inopinadamente en París algunos años después con mi hermana Eduardita.

— Qué sorpresa, doña Eduarda; ¿desde cuándo por acá?

— Hace meses; ¿y cómo está usted?

— Muy bien, ¿y por allá?

— Nada de nuevo.

— ¡Cómo me acuerdo de su país! doña Eduarda; lo extraño mucho, muchísimo.

— ¿De veras?

— Sí, se lo digo con toda verdad; aquel olor delicioso, sobre todo, inolvidable.

— ¿Aquí en París, donde los perfumes son exquisitos?

— Nada como el de allá.

Picada de curiosidad:

— ¿Pero qué olor?

— ¿Usted permite, doña Eduarda?

— Y cómo no.

— El olor á catinga (textual é histórico).

Le Roy (ó Leroy, ha habido varios médicos de este nombre, no sé cuál de ellos inventó el específico), teniendo una base de aguardiente, yo no pude sentir el Cognac, Oporto, Jerez, y mucho menos beberlos hasta los treinta y ocho años.

Esta remembranza hará que, cuando lleguemos á cierto momento de mi vida de hombre de acción, procure demostrar que puede no estar de más, en ciertas horas decisivas, calentar el estómago con unos tragos de cualquier bebida alcohólica, como medio, casi seguro, de perderle el miedo, no al peligro, sino á la responsabilidad, miedo que suele ser obstáculo, estorbo, barrera insuperable para que alcancemos lauros fáciles.

Después de mi tía Cayetana, venía mi tía Hermenegilda, en seguida mi tía Francisca, finalmente mi tío Justo, que se casó en Montevideo con Rosalía Lemos. Tuvieron tres hijos : Carlota, Juana, Adolfo. Éste, que fué un eje maestro en mi familia (de ahí la casa de comercio « Adolfo Mansilla y C.ª », que estaba en la calle Victoria, mirando al norte, entre Piedras y Tacuarí), se casó con Mauricia Román, maduro ya, dejando dos hijos al morir, muy buenos jóvenes, hombres de porvenir, Mariano y Adolfo.

Mi tío Justo fué protegido de mi padre y militar de circunstancias en Entre Ríos. No le conocí; pero muchas veces oí hablar de él como de un tilingo.

Refería mi padre que en un banquete popular pidió la palabra, con asombro de todos, cuya incapacidad oratoria conocían ó sospechaban, para decir : « Brindo, señores, á la salud del más valiente, del más buen mozo, del más generoso de

todos, mi hermano su excelencia el señor gobernador. » Brindis clásico, si los hay, como tipo de necedad palaciega sin saberlo, que fué muy aplaudido, diciéndose interiormente el aclamado : « ¡ Qué burro es este Justo ! » Lo que no fué ciertamente el rasgo característico de su hijo, mi primo Adolfo. Un atavismo de abolengo, sin duda, porque mi tía Rosalía, si era buena señora, no se perdía de vista.

Mi tía Hermenegilda no fué casada; vivió muchos años con mi padre. La recuerdo como entre sueños. Tenía la cara deformada por un accidente que debió matarla : el techo del cuarto en que dormía se le cayó encima. Se salvó por milagro. Era sorda, una tapia. Mi padre decía á veces, mirándola : « ¡ Y tan linda que era la pobre! »

Mi tía Francisca vivía en la calle de Chile, entre Tacuari y Buen Orden; por ahí cerca quedaba en la esquina Tacuari, la « Cancha de Pelota », á donde yo no iba sino de oculto. Mi madre no entendía de que frecuentara sitios donde se decían « malas palabras », su estribillo.

Fué casada con un español, hombre de mucho saber, matemático consumado (no le conocí sino por referencias de mi padre, que lo estimaba en

alto grado). Llamábase Santiago O'Donnell.

Tuvieron los siguientes hijos :

Santiago, militar. no fué feliz en su carrera ni en nada. No tenía malos sentimientos. Le conocí algo.

Faustina, que murió loca furiosa. Años y años estuvo enchalecada. Era lindísima. No la mandaron al hospital, como entonces se decía. La piedad materna la tuvo á su lado. ¡Desgraciada! Niño yo, me hacía el efecto de un animal irracional, cuando iba á casa de mi tía Pancha y la veía y oía gruñir como una fiera en el cuarto que le servía de jaula.

Dolores, que se casó con un portugués, Carvalho, hombre respetable, con cierta instrucción y cultura. Fué tenedor de libros en la susodicha casa Adolfo Mansilla y C.ª Era alto, blanco, vestido siempre de levita; tomaba rapé y, cuando se ponía á estornudar, pañuelo pintado de la India en mano, era cosa de nunca acabar; se paseaba y se paseaba, resonando y resonando con inusitado estrépito al despedir el aire, irritada, la membrana pituitaria de aquel naricísimo, que debía ser todo un fenómeno anatómico.

Su prole no fué numerosa.

Paso...

Paula era una mujer hermosa, de bellos colores. ¿Qué se hizo? Juraría que no se casó. ¿Á quién preguntarle aquí cuál fué su suerte? ¿Y Antonia?

Elías: éste casó con una Carranza. Tenía de su padre el talento, y de mi tía Pancha algunas originalidades. En mi juventud tuvimos contacto. Después se esquivó. Lo sentí; le quería. Y tenía de él muy buen concepto.

Sabino fué sobrino predilecto de mi padre, y mi madre lo trataba con cariño.

Médico. Tenía muchísimo espíritu, era instruido, hermoso hombre y en extremo afable y agraciado. Se reía con una buena gana particular y, al hacerlo, abriendo mucho la boca, hacía ver dos hileras de dientes blancos, pulidos, maravillosos. Mi padre le decía: « Más lindos que los míos; pero no doblan un patacón. »

Hay en la vida de Sabino, llena de alternativas, páginas que no son para este lugar. Fué, en cierto sentido, un precursor. Tuvo, por consecuencia, que ser un *déplacé*. Casado en segundas nupcias, dejó hijos é hijas. Los varones figuran con brillo en el ejército, como figuraron en España sus antepasados, y el mayor tiene este otro mé-

rito : es un autodidáctico. Cuando comenzó conmigo su carrera militar, — sólo tenía muy linda letra. Fué en el Río 4.°

Después él se buscó solo su camino.

De Sabino tengo impresiones gratas, vivaces.

Recuerdo la letra clara de las cartas chispeantes que le escribía á mi hermana Eduardita, — de Córdoba, cuando se fué á buscar fortuna, que no halló, por las Provincias. Andaban de mano en mano. Mi hermana las mostraba con ufanía cuando alguno de los tertulianos de mi madre preguntaba : — ¿Han sabido ustedes de Sabino? — Sí (se apresuraba á contestar la señora, contenta á su vez de la distinción afectuosa de que era objeto su hija, tan inteligente cuanto precoz), ésta tiene una carta que nos ha hecho reír mucho ; á ver, hijita, tráela y la leerás (lo que la chiquilla hacía con sumo donaire).

Este es un cuento suyo de hospital.

Había un loco al que le daba por ser Neptuno.

Todo lo que empuñaba era para él, — la famosa insignia dentada.

Fuera de eso era tan cuerdo como cualquiera de nosotros.

Un día de mucho calor atendía Sabino en mangas de camisa á un enfermo.

Le había aplicado ventosas. Ya estaban entucidas, coloradas, había que sajarlas.

En aquel tiempo se vivía cortando y derramando sangre... El escarificador listo esperaba la mano del operador. El loco ayudaba. Sabino esgrime las aceradas puntas. El rojo espeso flúido afluye... El ayudante, al verlo rutilante, se entusiasma. Agarra su tridente y gritando furioso: ¡Neptuno! ¡Neptuno! se lo aplica á Sabino en las espaldas una, dos y cuantas veces puede, probando la aventura que de loco todos tenemos un poco, — y que la prudencia no debió fiarse tanto en la cordura de Neptuno que, como es sabido, tiene gran afición á desatar tempestades.

Repito que sin perjuicio de volver sobre los antecedentes genealógicos de uno y otro, porque hay en ello su moralidad, probando que las faltas de los padres recaen en los hijos hasta la cuarta y quinta generación, — no perderían mucho su

tiempo los que en mis ya varias veces citadas *Causeries* buscaren mediante, el índice nominal que cada volúmen tiene, las dos tituladas : « La torre de Londres » (donde mi abuelo Andrés estuvo encerrado) y « Cuadro para una novela » (que se relaciona con mi abuela Eduarda).

Mi referido pariente Manuel Mansilla anduvo muy afanado (no sé por qué) en divulgar aquel secreto á voces. Lo vió al malogrado fray Mocho, fundador de « Caras y Caretas », mostrándole unos papeles que el pobre se rehusó á utilizar en nombre de esta noble excusa : « Soy amigo del general Mansilla ; le debo muchas consideraciones y estímulos. » Esa contestación fué la mejor lección que pudiera recibir mi viejo pariente, digno de todo respeto, por otra parte, á pesar de la venial flaqueza, tan inexplicable cuanto fácil de remisión.

¡ Inexplicable ! No tanto.

Madama Arnould, habiendo ido un día á visitar á Voltaire, oyó de labios de éste : « ¡ Ay ! señora mía ; tengo ochenta años cumplidos, y he hecho

ochenta y cuatro tonterias! — En verdad, se apresuró ella á observarle, que tiene usted razón de quejarse! Yo no tengo sino treinta y cinco, y he hecho ya más de mil. »

El caso mío quizá, doblando la suma, — aunque lo que es incurrir en debilidades blasónicas por el estilo no recuerdo, no obstante que entre mis cuadros tenga uno con las armas que fueron de mis antepasados por la línea materna (Ortiz de Rozas).

No seguiré adelante sin consignar que los Beccar, no conozco sino los que todo el mundo conoce en mi tierra, por su honorabilidad y su longitud, son colaterales de los Mansilla finos, — sin mezcla conocida, — de la catadura de Manuel (mi primo, como decía mi padre, y á mi madre se le quedó la costumbre) (1).

(1) A los que padezcan de estas chifladuras, no ser lo que otros fueron, puedo indicarles como libros de consulta curiosísimos, en los que verán de dónde vienen y qué armas usaban sus remotísimos antepasados, — los siguientes : *El Nobiliario de Canarias*, *El Nobiliario Español*, el diccionario *Portugal Antiguo y Moderno*, aquí en este último hay bastante agradable sobre los Mansilla. Asimismo en los *Manuscritos* de la Biblioteca Nacional de Francia he hallado autógrafos lo más raros. En uno de ellos está el rastro de lo que con tanto énfasis decía mi abuela : « que soy

Lo cierto es que entre esos Mansilla y los de mi camada no había intimidad. Yo, al menos, cuando con el más conspicuo de ellos me cruzaba, es decir, con Manuel, todo se reducía á un saludo mutuamente cordial.

He puesto un « por qué » entre paréntesis, y aunque por regla general sea dificultosa la respuesta á semejante interrogación, — temerariamente me aventuro en busca de la clave.

¿ Qué será ? ¿ Qué no será ?

Es el señor doctor don Manuel Mansilla un tan conocido caballero desde que era magistrado en tiempo de Rozas, que bien vale la pena discurrir sobre el caso siquiera perfunctoriamente.

Mi primer suposición es ésta (el método de las suposiciones no es de rigor histórico, ¿ pero qué

parienta de los duques de Normandía y de la Casa de Austria ».

En el libro de R. B. Cunningham Graham (autor de « Mogreb-el-Acka », etc.). titulado « A Vanished Arcadia », figuran varios *Mansilla* notables jesuitas, que no se á qué rama pertenecen, si á la pura de mi pariente ó á la impura mia.

hacer?) : con la punta del pié ya en la raya de las fronteras de la eternidad, — perdóneseme la metáfora, — qué interés temporal podía tener en sacar á relucir sus pergaminos limpios como piel de arminio, dañando en cierto sentido la memoria de otros, que así va el mundo con sus preocupaciones, y olvidando que ante todo somos hijos de nuestras obras?

¿ Qué interés temporal?

Ninguno.

Todo el que le conoce hace justicia merecida á su carácter, á sus antecedentes de juez y de federal inofensivo en la época de Rozas.

¿ Y entonces?

No me acusaré como Montaigne de tener todos los vicios, ni diré que si tengo alguna virtud me ha venido á hurtadillas, ni que no hay hombre bajo las estrellas que no haya merecido cinco ó seis veces la horca.

Pero...

¿ No será que á este pariente, — lo mismo que á otros, — le ha dado en cara mi libro « Rozas, Ensayo histórico psicológico », y que, no habiendo perdido el pelo de la dehesa, cristalizado en sus convicciones de antaño, ha querido castigar al

sobrino (desagradecido, traidor, son vientos que me han llegado), como si por querer, como yo le quería á mi tío, estuviera obligado á encontrar que su larga dictadura no fué cruenta y, sobre todo, estéril para el país y para él mismo ?

Mi madre, tan entendida, no entendía que su hermano había sido lo que fué. No me habló ni palabra de mi libro, — que por otra parte yo no le presenté, respetando sus convicciones, pura pasión.

Otros se lo dieron. Ella les dijo : « Yo no sé de dónde ha sacado Lucio eso... »

Mi « Ensayo histórico psicológico » no es una disquisición romántica, ni un libro de *parti pris* como el de mi otro pariente por enlace, Manuel Bilbao, — sino un estudio jaloneado por hechos, para que otros con las dotes del verdadero historiador, es decir, de imaginación suficientemente poderosa para darle colorido y animacion á los cuadros, y mucho dominio sobre sí mismo para rehuír las hipótesis, — completen ó perfeccionen lo que sólo está archivado en Verbo convencional inerte.

Hay momentos en los que es uno arrastrado por el encadenamiento de las causas y de los

efectos ó lo que llamaremos la fatalidad, — esa fuerza más fuerte que la voluntad del hombre.

Los que como mi pariente D. Manuel Mansilla sirvieron á Rozas de buena fe, teniendo edad, — yo no nací á tiempo para ello, de no ya se calcula lo que habría sido mi alma el 3 de febrero de 1852 (hoy día casualmente es 3 de ese mes, año 1904), esos, servidores conscientes, convencidos, constituyen así un fenómeno moral interesante, un vínculo entre lo que fué y lo que es, con sus prolongaciones espirituales en los hijos, los nietos, los biznietos; porque si la tradición se evapora como el humo, extinguido el fuego de las pasiones fratricidas, queda la atmósfera de la parentela, lo cual explica hasta cierto punto rivalidades subsiguientes, adventicias. En otro sentido lo que vengo observando: una tendencia reaccionaria, léase, algo así como vibraciones de un empeño latente ó sean vagos anhelos de la conciencia histórica mortificada, — queriendo hallar explicaciones plausibles para descaracterizar la tiranía.

Yo no sufro de eso.

Al contrario.

Cuanto más lejos miro, atrás, más abominable

hallo aquello. Escudriño los repliegues íntimos, no descubro nada en mi alma que se parezca á odio teórico.

Repito que mis impresiones infantiles por el hombre persisten.

Pero...

¡Sé tantas cosas!

Como en una pesadilla angustiosa casi siento dentro de mí una entidad quimérica, con dos caras, que veo, apacible la una, la otra que me conturba.

En cuanto á esa tendencia, me la explico por otras razones también además de lo ya insinuado.

¿Tendrá sanción definitiva?

No lo espero.

La historia no tiene por diosa á Némesis, ni código que imponga perpetuo silencio, — admite el olvido y hasta el perdón, de los que colaboraron medrando ó como máquinas, por cálculo ó por miedo. Pero si no responsabiliza á sus descendientes, tampoco tolera, sin protesta, que se mistifique la verdad verdadera.

En todo caso, la cuestión se plantea y se resuelve con este criterio histórico : « Es que han pasado cincuenta ó sesenta años ; es que los mismos hechos no se nos presentan bajo el mismo aspecto, y no por eso han cambiado de naturaleza, nó, sin duda alguna ! Son ahora lo que eran entonces (fuera Rozas ó no, y lo era, un producto genuíno del medio).

« Nada nuevo hemos aprendido sobre ellos ó muy poco ; pero hemos vivido... »

Y no sólo hemos vivido, sino que la inmigración extranjera nos ha envuelto.

Con su incorporación activa, incesante á nuestra vida social en todas sus manifestaciones, particularmente en Buenos Aires, donde, por decirlo así, se fragua, no tanto el sentimiento cuanto la opinión nacional, poco á poco se ha ido formando un juicio anónimo favorable al gobierno de Rozas.

Las « facultades ext raordinarias » no se ejer

cían contra el extranjero, que tenía siempre detrás al cónsul, al ministro, los cañones de su bandera.

El *gringo*, como regla casi sin excepción, ocupaba una posición favorecida. La tradición transmisible que ha dejado no es la de los padecimientos sufridos. Al contrario. Cuando he escrito « gringo » no me he referido á los españoles, que no gozaban de los mismos derechos que los otros extranjeros.

Ser inglés, verbigracia, ¡qué pichincha entonces! De ahí que entre los españoles del Río de la Plata el juicio sobre la tiranía de Rozas, que no los distinguía, sea diferente del juicio de otras nacionalidades.

En medio de esa confusión de lenguas y del entrevero cosmopolita, los apellidos coloniales se pierden como escasa mostacilla entre gruesa munición ; de donde resulta que, para juzgar á Rozas, el criterio filosófico que se aplica es el del refrán : cada cual habla de la feria según le va en ella.

Así, frecuentemente, se les oye decir á algunos viejos, quedan pocos, ó á sus descendientes, despechados con esa leche : mejor era en aquel tiempo ; lo cual no quita que sean tan patriotas

como el más pintado, amando la tierra en que nacen más, mucho más que la de sus padres, — aunque hay excepciones.

¡En aquel tiempo!

¿Cómo no les había de parecer bueno á los que no eran argentinos, si ellos y sólo ellos podían reunirse á conversar...?

Sólo había un club, — el de « Residentes Extranjeros », especie de Santa Santorum; de donde el criollo estaba legalmente excluído. Era una *Papia lex* á la cambiada.

Me acuerdo muy bien que cuando por sus ventanas pasábamos, aquella casa nos hacia el efecto de una mansión de gente privilegiada extrahumana.

Hasta recuerdo un dicho de mi padre al respecto : « el secreto de la felicidad en esta tierra consiste en ser extranjero. »

Se pretende también que el gobierno en general, — prescindiendo de lo político, — es decir : la justicia, la administración fiscal, la policía, era mejor, mucho mejor de lo que se piensa, y se entablan comparaciones irrisorias.

Seguramente que Rozas no se apropiaba los dineros públicos de la provincia de Buenos Aires

con la aduana única (hay que circunscribir la escena), dineros de que podía disponer discrecionalmente: empleándolos bien ó mal.

Era honrado, gran estanciero y hacía negocios, eso sí. La tierra argentina fué y continúa siendo tierra de trabajadores. El que en ella no trabaja, desaparece ó perece de tedio.

Hasta cuando las cosas valían poco menos que nada, se trabajaba por adquirir más.

Es ley universal, aunque haya países donde sólo se vive, — como sucedía en el Paraguay.

Allí todo, casi puede afirmarse, era del estado, es decir, de una familia : la de López.

El corredor de mi tío era un santiagüeño, don Pablo Santillán, hombre probo á carta cabal : el padre de Pablito, que casó con una mujer que era una paloma. Tenía el título de doctor en medicina. Curaba ó no. No sé. No fué mi médico. Sólo fué mi compañero de correrias en París y el mortal más parecido que puede darse en estatura y apostura, — asómbrese el lector — al general Prim, el paladín español. ¡Tan poco cuerpo para tanta bravura!

❧

Pero el gobierno, en el sentido indicado, padecía de los mismos males de ahora, males que eran denunciados en otra forma y modo, no habiendo los medios de publicidad modernamente establecidos.

Era, sin embargo, arriesgado quejarse. Había, por consiguiente, empleados, funcionarios civiles y militares, judiciales, policiales altos y bajos más ó menos íntegros, más ó menos accesibles, más ó menos venales; y eran conocidos como lo eran los grandes contrabandistas, — entre los cuales figuraba un personaje de alto coturno comercial, tucumano, y un empleado de copete.

Ambos dejaron millones.

Los del empleado, no era casado por la iglesia, se evaporaron. ¿Cómo? No sé. Como se evaporan tantas cosas después de una revolución, que no deja títere con cabeza.

La gente de antaño, aunque fuera más sencilla en sus costumbres que la de ogaño, — no era

mejor ni peor que los ejemplares con que á cada paso nos codeamos.

Era otra gente y nada más.

Vivían de otro modo, pensaban de otro modo, sentían de otro modo, aunque fisiológicamente (no digo etnológicamente) fueran los mismos que hemos visto después, y que todavía vemos, algunos añosos ya.

Téngase presente que el país era muy pobre, que muchas cosas que ahora valen, entonces no valían, las yeguas por ejemplo; por eso, ya no usan bota de potro los pocos gauchos que van quedando.

Había más raterías que grandes robos. Ponderativamente podría exclamarse: ¡si no había qué robar! Las puertas de muchas casas no se cerraban ó se cerraban mal. Las paredes de los fondos eran bajas en general, y los cercos interiores ó exteriores, cosa de nada, lindando con terrenos vagos.

Los mismos dramas, tragedias y crímenes, ocasionados por la pasión, — los habrá mientras haya amor y celos, — eran menos complicados que en estos tiempos; porque la vida en general también lo era.

Pero, apesar de todo, una indagación estadística, comparando los escasos datos que los archivos del pasado contengan, con los que el presente posee, — dejaría, me parece, muy mal parada la tésis de los reaccionarios á que me he referido al abordar este punto.

Negar los beneficios del progreso sería como sostener que el jabón no lava.

Otra vez lo he dicho, apoyándome en autorizado pensador : el progreso es « una necesidad ».

Y últimamente, cuando estuve en Buenos Aires, á todos los que me hacían el favor de visitarme y escucharme, les repetía : el progreso es una obra mundial, colectiva, anónima, — y todos los grandes acontecimientos como el Cristianismo, el descubrimiento de América, la Revolución francesa y la emancipación de las colonias españolas, portuguesas é inglesas marcan una etapa en la gran vía de la civilización de tipo humanitario, ó sea de la confraternidad del género humano en la igualdad social democrática

En los campos, el robo, el cuatrerismo eran un *modus vivendi*. En algunas provincias tomó tales proporciones que el que robaba un zapallo recibía cuatro tiros.

En lo que sí no hemos adelantado mucho es tocante á la empleomanía; herencia que recibimos de la madre patria, que contra ello todavía se debate.

Sobre este ítem la comparación arrojaría cifras desfavorables.

Verdad que la espina dorsal del país, — en su estagnación, — no aguantaba como ahora impuestos múltiples y tan pesados como los que vemos; unas veces porque hay perspectivas de guerra, otras porque las tuvimos, ora porque hay una gran inclinación á vivir á costillas del prójimo.

Epilogando : la masa popular, gravada directa ó indirectamente, cada vez más y más, y no muy visibles las compensaciones que de ello le resultan, — en tanto que la burocracia se difunde boyante, voraz en ambas esferas, la nacional y la provincial.

Habiendo mencionado á doña Polonia Duarte, no quiero dejar de referir aquí un coloquio que tuve con mi padre, anciano ya.

El método adoptado por la índole introspectiva de este escrito me obliga á ello, — á hablar de cosas del niño hecho hombre, cuando es del niño del que se trata principalmente, léase : á entrar en consideraciones inactuales.

Era una noche de invierno, al lado del fuego, en Buenos Aires, calle Santiago del Estero.

¿Por qué ahí, y no donde vivía mi madre, calle Alsina? Ay de mí! Todo vendrá á su tiempo.

— Tatita, usted sabe cuánto lo quiero y respeto; pero hay en su vida un punto obscuro, una sombra que me gustaría despejar.

Mi padre tenía confianza conmigo, y si no era cauteloso era muy cauto. No entraba así no más en confidencias. Se puso en guardia, y con esa voz que era un estilo en todos los hombres de la guerra de la Independencia, voz de bajo profundo,

que nos hacía tomarlos, á muchos de ellos, por más hombres que otros, olvidando que el gran Belisario no sólo era diminuto, sino que tenía voz meliflua de mujer, — me contestó, arqueando las enormes y pobladas cejas que adornaban sus grandes ojos negros, redondos, brillantes como azabache, expresivos, penetrantes :

— ¿De qué se trata?

Por el aspecto de aquella transfiguración instantánea y conociéndolo algo me dije : á este toro hay que tomarlo por las astas.

— ¿Por qué se separó usted de su primera mujer?

Compuso toda la persona rectificando el desplante, aseguró las gafas y, como quien se prepara á templar un instrumento, arrancó de la garganta dos hum! hum! afinados, que suavizaron su voz :

— Hijo mío...

— Tatita... soy quizá indiscreto (los motivos podían ser, en efecto, de los que no se confían sin rubor)...

— ¡Nó! (su entonación fué de inequívoca sinceridad...)

¡Qué instrumento el de la voz! No es tanto la

palabra como el eco, lo que nos ha sido dado para disimular el pensamiento ó inducir en error.

Musset cantó :

> C'est cette voix du cœur qui seule au cœur arrive.

❑

Recuerdo aquí por asociación persistente de especies en ese orden de ideas algo que se relaciona con el estilo, ó modo de hablar, é interrumpiendo el coloquio, voy á interpolarlo á guisa de indirecta para los que se estiran demasiado ; quizá como enseñanza de que la naturalidad en el decir es también un género persuasivo de elocuencia.

Así como los guerreros de la Independencia ahuecaban la voz, así los politicastros del tiempo de Rivadavia, imitándolo á éste que era algo hinchado y retumbante en su lenguaje, llegaron á hacer rodar tanto las « erres » y á abusar tanto de la conjunción « y » y de los puntos suspensivos, para darse tiempo de rumiar la frase insubstancial, — que lo que nosotros decimos ahora en un

verbo, ellos no podían articularlo sino en unos cuantos segundos.

Estilo moderno : Señor presidente, pido la palabra (así es en el Congreso, por ejemplo, ¿no es verdad?...)

Estilo antiguo : Señorrrr prrresidente, pidooo la palabrrraaa...

Estilo moderno : sostengo que esto es contrario al reglamento y me opongo á la reconsideración.

Estilo antiguo : Sostengooo queee esto es contraaario al rrreeglamento yyyy... me ooopongoo á la rrreeeconsideraciooon...

Pues aconteció que el gobierno de Buenos Aires le mandó un enviado á don Estanislao López para inducirlo en cierto sentido.

El señor don Domingo de Oro era su secretario. Él me refirió el caso.

Don Estanislao conferenciaba ; don Domingo esperaba en la antesala, curioso y ansioso, y temeroso de que el caudillo cediera.

Santa Fé estaba en paz ó en guerra con Buenos Aires según las exigencias y los intereses de circunstancias de los partidos ó círculos porteños.

No quiere esto decir que si estaban de paz hu-

biera completa seguridad para los estancieros de este lado del Arroyo del medio.

Del otro, poca ó ninguna tela había en que cortar.

Velai : era la madrugada.

— Levántese, compadre, que aquí le traigo una tropilla de lo lindo, todos cebrunos...

El comandante militar del Rosario, saltando de la cama más pronto que ligero y una vez fuera del rancho á orillas del pueblito :

— ¿Y de dónde ha sacado eso, compadre?

— De la otra banda, pues...

— Pero compadre, no sea bárbaro; ¿no ve que el viejo (nombre popular de todo caudillo, aunque no lo fuera), ha hecho las paces con los porteños?

— Eh! ¿y á mí qué me importa? yo no las he hecho; allá hay buenos *pingos*, y cuando los necesite he de ir á buscarlos...

El enviado salió... don Domingo entró :

— ¿Y qué tal, señor, cómo le ha ido; se han arreglado?

— Nó, amigo...

— ¿Qué le ha parecido el hombre?

— No parece mal sujeto. Pero tiene unas *íes*

tan largas... que me ha hecho desconfiar, y le he contestado que vería...

Debía ser un tonto el tan campanudo embajador. Supe su nombre. Lo he olvidado.

❖

Ahora vuelvo á mi padre.

— Nó, continuó :

— Antes de contestar á tu pregunta, necesito explicarte que, en mi tiempo, si uno se prendaba de una muchacha no se la galanteaba como ahora. Oyeme : cuando en la iglesia ó pasando por su ventana veía uno una joven que le gustaba, para ponerse en relación con la familia y acercarse así á ella, había que buscar una persona amiga de la casa, que diera los pasos consiguientes respondiendo de las buenas prendas del candidato y de sus honestas intenciones.

Intertanto, las miradas furtivas al pasar por delante de la casa, al entrar y al salir, en la iglesia, no cesaban, esperando el día de la presentación.

Las visitas se reducían á lo que verás.

Había el estrado colonial: consistía en una pieza más ó menos amueblada, con su correspondiente sofá, ó tarima, en algunas casas de ladrillo ó adobe, generalmente cubierta de alfombras y cojines. Ocupaba un testero. Enfrente se colocaban las sillas en semicírculo. En ese sofá, ó como sofá, se sentaban la dueña de casa, la madre, la abuela, las personas principales en suma. Las jóvenes de la familia, sus amigas, — y los visitantes de toda edad en las sillas. Aquello era seco, frío, aburrido. Al entrar y al salir, le daba uno dos dedos de la mano á las personas mayores, y durante la visita apenas hablaba. Sólo, pues, con los ojos podía uno decirse mutuamente: te amo. El tiempo corría. La obra de devastación era cada día mayor. Al fin se sentía uno vencido. El casamiento venía, y con él los desengaños, respecto del carácter y otras particularidades.

No se conocía uno.

Eso me pasó á mí.

Tres licencias tuve, de días. Representan tus tres hermanos: Mauricia, Pepa y Juan.

Al fin resolví vivir en mi casa. El hijo que deseaba había nacido, Juan. Pero lo que no había tenido tiempo de ver en aquellas visitas

pasajeras al hogar, — tuve que verlo al fin. Resolví...

— Polonia, la dije un día, vista usted á los niños y póngase su rebozo que tenemos que salir. Obedeció. Era muy bonita. Con el rebozo estaba preciosa. Salimos. Me fuí á casa de sus padres, y les dije, mandándola á ella al comedor, para que no oyera :

— Vengo á devolverles á ustedes su hija.

Quisieron discutir, alzando la voz.

— Nada de escándalo, les observé ; sería peor. Esa señora es mi mujer, esos niños son mis hijos, ambos llevan mi apellido ; yo pagaré lo que sea menester para que todos ellos vivan decorosamente. Pero ni un minuto más viviré con ella...

Hubo una pausa ; mi padre agregó : « Así fué como me separé de Polonia... » y acentuó el Polonia significativamente.

— Tatita, repuse, usted me dice cómo ; yo deseaba saber porqué.

— ¡ Hijo mío ! Polonia era tonta, tonta de capirote ; para no hacerla infeliz, la devolví á sus padres. ¿ Qué me hacía yo con un ente así en mi casa... ?

Nos quedamos un brevísimo instante mirándonos, y él, como maliciara que sus causales me habían dejado más enterado que satisfecho, continuó:

— Tenía además otro defecto. ¡ Atroz !

Intenté curarla. Imposible. Las costumbres crean una costra dura como concha de tortuga. Su improlijidad era insoportable. Ya sabes cómo soy yo en esta parte... el aseo del cuerpo.

Sin ese defecto ¡ quien sabe ! quizá me resuelvo al martirio de vivir en común con una tonta... ¡ era tan linda !

Á más de muy joven, era mi madre muy amuchachada cuando se casó con mi padre, el general Mansilla, y así me expreso y remacho el clavo del pleonasmo por lo que reza de la nota al pie (1). Tanto lo era, que un día, retándola aquél á la negra María Antonia, la que después de haberme dado

(1) Remito al lector á la larga nota de la página 46.

el pecho me servía de niñera; porque frecuentemente al llegar de la calle me oía llorar á gritos, descubrió que mis lágrimas y sollozos provenían de que la autora de mis días me quitaba mis muñecas y juguetes para ella entretenerse.

Viendo la señora que mi padre despedía á María Antonia, ya amonestada varias veces, diciéndole furioso: ¡prontito! ¡prontito! Haga usted su atado (era la fórmula de la realidad), tuvo remordimientos y confesó la cosa.

Cuando mi padre contaba esto, ya grandecito yo, mi madre le daba el vuelto contando ella á su vez un incidente cómico de las primeras noches nupciales.

Tenía ella un miedo terrífico de los ratones, — que yo he heredado.

Estaban en la cama, con luz.

¡Mansilla! ¡Mansilla! grita encogiéndose, y acercándosele toda temblante, le echa los brazos al cuello, busca amparo, quiere como fundirse en el cuerpo varonil del afamado consorte, — que presa instantánea de inexplicable alarma, sólo cae en cuenta al oír: ¡un ratón, sobre la cómoda!

Al lado de la cabecera de la cama estaba una espada que había relucido en Chacabuco é Itu-

zaingo, que no era desmesurada, pero que á mí siempre me pareció descomunal, en los años infantiles, y como cualquier otra cuando á mi turno la blandí en Pavón.

Salta el esforzado guerrero de la cama, en camisa, desprendiéndose de los blandos lazos de su dulce bien aterrorizada.

Nerviosamente empuña el acero exterminador, que por su prenda amada se creía hombre hasta para ratones.

Dice y repite: no tengas miedo, hijita.

Y denodado entra en lucha de destreza con la desagradable alimaña, que, no teniendo su cueva en el cuarto, huye ágil en todas direcciones, sube y baja por los muebles, corre y corre por el suelo hasta que, estrechada en un rincón y viendo que en una estocada le iba la vida, salta sobre la hoja de la espada, y veloz se desliza hasta la cóncava taza de metal amarillo que la guarnece cubriendo la mano del que la esgrime. La roza; mi padre se espeluzna y la suelta, — lo cual, visto por mi madre, que en postura de Venus hincada, contemplaba la batalla, la hace estallar en estrepitosa carcajada, exclamando: « ¡ Y yo que te creía tan valiente! »

Todo cambia con el tiempo, y mi madre cambió perfeccionándose en todo sentido con la edad : la joven amuchachada, que me quitaba los juguetes, se hizo en poco tiempo mujer hacendosa, prolija, metódica, ordenada. Cosía ropa blanca, zurcía medias, — y, como mi padre, leía poco. No sé qué escribía éste, pero escribía con frecuencia largas horas, y hacía muchos números, cuentas ó cálculos. Era agrimensor.

La limpieza era en mi madre algo así como la obsesión de la pulcritud. Si el agua dulce no abundaba, su ingenio la suplía. En aquella casa se vivía fregando : las negritas, las chinitas, las mulatillitas acababan por cambiar de olor y de color.

Tenía mi madre una amiga chilena, mayor que ella, Misia Nieves Spano de Campbell, hermana de Misia Pilar, la esposa del señor general don Tomás Guido; yo la llamaba mi tía, por cariño. Se casó en segundas nupcias con monsieur

Lefebvre de Bécour, que fué á Buenos Aires con el almirante Mackau. Más tarde fué ministro plenipotenciario de Francia en el Paraná y en Buenos Aires; ambos murieron en Versalles dejando dos hijas, María Rosa y Carlota. Del primer matrimonio dejó tres hijos que viven : Nieves, está en Versalles (¡ qué sarcasmo! es improlija), Carlos y Santiago están en la República Argentina. María Rosa, viuda de un hermano del abogado y egregio escritor, Emile Daireaux, vive en París; Carlota casada con un Allard, en Versalles. Son dignas hijas de su madre, que era un dechado de bellas cualidades. Mi madre tenía culto por su memoria. Era proverbial en ella este dicho, cuando se trataba de alguna cosa del interior de la casa hecha como es debido, de alguna habilidad relacionada con la economía doméstica, ó de algún artificio discreto de tocador : esto me lo enseñó Nieves. Sobre el referido particular, el aseo, los movimientos de mi madre eran isocronos con los de mi padre, — tan en extremo meticuloso respecto de su persona que no sufría barbero, por no ver manos sin esmero. « Daría no sé qué, solía decir, por poder cortarme yo mismo el cabello, — tan fácilmente como he conseguido

afeitarme por no sentir en mi cara dedos con uñas de luto. Estos europeos que tantas cosas inventan, bien podían inventar una máquina para cortarse uno mismo el cabello. »

No era mi padre muy amigo de los perfumes. En esto no conjugaba del todo el mismo verbo, — con mi madre que sahumaba y sahumaba. Ella no padeció jamás de la cabeza (yo como ella). Él sí. Algunas veces solía decir : ¡ qué fuerte está esto ! La casa, en efecto, los muebles, la ropa, interior y exterior, todo, todo estaba saturado, — de alhucema, de benjuí, de pastillas del Perú, de pebetes, de mezclas de todas clases, *e ainda mais*, de muchas flores : rosas y junquillos, claveles y violetas, nardos y jazmines, aromas y azahares, cedrón y cedrín.

Ella y él amaban apasionadamente las flores, que cuidaban y cultivaban con sus propias manos, siendo los dos muy entendidos en cuanto se refería á tan agradable entretenimiento.

De esta afición á los perfumes y á las flores viene la leyenda sobre las ventanas de Agustina Rozas, que daban á la calle Tacuarí, las de su dormitorio y costurero (especie de salita de confianza) de que habla Mármol en la « Amalia », mezclando los efluvios gratos que de ellas se desprendían con ciertas fantasías de partido más ó menos molestas para el amor propio, como que los vidrios de esas ventanas (¡ qué calumnia !) estaban siempre sucios ; todo lo cual ha influído en mi destino mucho más de lo que se piensa, según lo veremos.

Vamos ahora á describir someramente el exterior y el interior de esa casa donde mi padre vivía ya antes de casarse con mi madre, siendo inquilino de mi abuela, — casa donde nacieron mis hermanos de ambos sexos, Eduardita, Lucio Norberto (idéntico á mí), Agustina Martina (que murió de meses) y Carlitos; aunque mejor será que primero me detenga un momento á esbozar

cómo eran física y moralmente mis padres, que veo fotografiados al través de tres momentos de mi vida distintos y distantes; la edad madura, la adolescencia, la infancia.

Mi memoria es feliz, muy feliz, particularmente en lo que á la primera edad se refiere, — tan feliz que recuerdo, ahora, en este mismísimo instante ni más ni menos que si de algo de ayer se tratara, que cuando tenía apenas cuatro años mi tía Encarnación Ezcurra de Rozas me llevó á la estancia del Pino.

En una cama muy ancha entre ella y mi tío Juan Manuel dormía yo el sueño de la inocencia (¡que no dure más!)

Una noche sentí que me sacaban del medio...

La facultad biológica de la retroactividad mnemónica, ó sea el fenómeno de una imagen más neta de lo que pasó hace muchos años, — visión casi luminosa, — comparado con el recuerdo vago y confuso de escenas posteriores (prescindo aquí, por supuesto, de toda teoría científica sobre la memoria orgánica), debe provenir de que, en la primera edad, las impresiones se localizan dentro de un radio muy limitado, siendo reducidas en número y el cerebro más apto para estamparlas

en sus celdas misteriosas á la manera de signos eléctricos en la cinta de Morse ó en un disco fonético.

Un niño piensa en pocas cosas.

La evocación de sus emociones diversas, sensaciones : lo que vió, lo que oyó, lo que repitió es por eso una operación mental sencilla, — cuando nos hacemos hombres.

No olvidamos las definiciones gramaticales, las reglas aritméticas, los axiomas escolares, los rezos que la piedad materna tantas veces nos enseñara, con la misma facilidad con que olvidamos hasta los mismos párrafos de nuestra propia composición y nos contradecimos.

Los versos más persistentes en la memoria son las odas del estudiante luchando Roma con Cartago.

La vida se complica viviéndola.

Ciertas aberraciones de la retentiva : afasias no del habla, sino de hechos, de actos, de trances, algo así como soluciones de continuidad cuya causalidad es un arcano como el de los sueños, — de ahí provienen.

Hay momentos en que la existencia se intrinca de tal manera, que es como carrera vertiginosa

serpenteando en dédalo enredado. Todo es intenso; pero de las más hondas emociones sólo queda la confusión vaporosa de la embriaguez ó del miedo.

Esos momentos, mientras tanto, han tenido ulterioridades decisivas. Muchos « cómo », muchos « porqué » están en ellos á la manera del protoplasma en la célula y pueden ayudar á discernir la fatalidad del temperamento.

❖

Según lo que acabo de decir á propósito de mis facultades recordativas, falla la regla de La Rochefoucauld que « todos se quejan de su memoria y nadie de su juicio », puesto que si de algo hubiera de quejarme, — y no me estoy quejando de nada, sino consignando circunstancias, hechos y tal cual reflexión de que no puedo prescindir, es de no poder olvidar de lo que me quejaría.

Pero para que el moralista no falle del todo, diré que si mi memoria es feliz en un sentido, no lo es en otro.

Tengo lo que llamaré la memoria topográfica

de los libros, es decir, la página, ó más ó menos donde se halla algo que necesito revisar.

Tengo otra memoria, ésta es muy personal, no la he hallado en otros, al menos tan vivaz como en mi: podría hacer columnas cerradas de vocablos y decir dónde los aprendí. Por ejemplo, un americano del Norte, siendo yo muy joven, me enseñó en la Esquina (Corrientes) la palabra « cosmos »; Santiago Arcos « arquetipo », y un viejo de San Luis, vecino de Achiras (Córdoba) « farellon ».

Sería largo el continuar.

Lo que no puedo, hasta lo corto me cuesta un trabajo enorme y se me olvida con facilidad, es aprenderme á mí mismo de memoria, (lo ajeno me cuesta menos); lo mío, estoy seguro de alterarlo, no en el fondo, en la forma. Improviso en cambio con facilidad. Pero he rehuído siempre hacerlo en momentos de duelo.

Cuando he debido pagar mi tributo á las circunstancias, — me he leído (no lo hago mal, aunque no como Mariano Varela; nadie leía mejor que él, admirable).

Sólo una vez, es cierto que instado, al depositar en su última morada los restos del insigne

general don Tomás Guido dejé de hacerlo.

¡Qué día horrible!

La naturaleza me ayudó, pues á las primeras palabras que pronuncié, — el cielo, que estaba negro, clareó, y cesando la lluvia torrencial salió el sol, como saludando en aquel prócer triplemente ilustre, amigo, confidente y consejero de San Martín, á todos los guerreros y patriotas de la Libertad y de la Independencia de América.

Me parece una falta de respeto al que se va y á los que se quedan, no leer en tales actos, que puede uno equivocarse y no son las tumbas sitios para enmendar la retórica.

No hay idea de lo que me costó aprender bien el pequeño discurso que, en francés, debí hacerle, viva voce, sabiendolo es de regla, al emperador de Alemania, aunque fuera breve.

Estos discursos (1) (cuestión de protocolo que acato hasta en estas páginas), no se publican; de modo que el mío (y le gustó á Guillermo), yace durmiendo el sueño del olvido en el Archivo de Relaciones exteriores hasta que yo crea llegada la hora de contar públicamente mis conversa-

(1) No hay discurso en Rusia, ni en Austria-Hungría.

ciones con el zar de Rusia, con el emperador de Alemania y con el emperador y rey de Austria-Hungria, — conversaciones que no carecerán ní de interés internacional, ni social, ni privado.

Imagínese el lector que por mí se sabe una cosa, en el mundo diplomático, bien entendido: en qué lengua habla el emperador de Rusia con la emperatriz, es decir, cúal es la lengua de su intimidad.

Y como ha de pensar que en ruso, ó en alemán, ó en dinamarqués, — sorpréndase: hablan en inglés.

En este orden de ideas, y ya que en ello estamos, — en la intelectualidad, — hago constar: que no sé copiarme. Si me pongo á hacerlo me corrijo, me corrijo, es la vida perdurable, — máxime si se trata de lo que no he dictado. Cuando dicto me oigo, y no teniendo que pensar en la materialidad de la escritura, mientras otro escribe, — yo puedo rumiar. En el otro caso, siendo mi pensamiento más activo que mi pluma, resulta que, al releerme, noto que he omitido cosas esenciales, lo cual también me acontece cuando dicto, aunque en menor escala. Por eso, con su letra clara, esto me lo está poniendo en limpio mi

mujer (públicamente le doy las gracias). Veré la prueba. Es indispensable. Pero por caridad no haré como Balzac. Era el terror de los tipógrafos; tanto y tanto enmendaba. Muchos solían exclamar: *du Balzac, merci, jamais!*

De mi madre, físicamente, me acuerdo menos bien que de mi padre. Á éste lo veo alto, robusto, blanco mate el rostro, muy pálido (el cuerpo lo tenía blanco como leche), sin pelo de barba (el bigote vino después como signo federal), derecho como un huso, redonda la cara, con unos ojos obscuros muy vivos, la nariz aguileña característica, la boca de labios gruesos irónicos, algo sensuales; negro el rizado cabello, imponente caminando, ó riéndose á carcajadas cuando algo le hacía gracia; tomando rapé ó fumando puros paraguayos, vicio que dejaba de repente diciendo y haciendo: « Éste es el último cigarro que me hace daño, ¡puh! »

Nunca blasfemaba tampoco, ni decía palabras

indecentes, — si bien era picaresco en sus conversaciones. En este sentido, todo lo contrario de mi madre. Jamás le oí jota incorrecta, y si por acaso nos oía algo, de eso que se pega de los criados, el reto no se hacía esperar.

Más á mi padre que á mi madre he salido en esto, pues si de cuando en cuando echo un terno no me voy á la otra alforja como Emilio Alvear, aunque fuera, como era, lo que se llama un hombre *comme il faut*, de cortesía notoria. Pero había adquirido una costumbre. Era en él, como en otros, cierto *tic* (comerse las uñas, por ejemplo), algo de invencible, el echar ajos.

Un día le observaron :

— Don Emilio, mañana no se distraiga, que habrá señoras y al champagne diga algo.

Llegó el momento, estaba distraido, habiéndose portado bien, digamos, cuando hacerle una seña significativa y exclamar poniéndose de pie : — ¡ Ajo ! ¡ me había olvidado ! fueron actos simultáneos.

Su expediente era grande lo mismo que su talento : ni se dió por entendido, y las frases iniciales dedicadas á las damas le bastaron para conquistar su indulgencia y algo más.

Vuelvo á mi padre.

Sólo una vez me puso las manos. Un día en que me salí sin decir nada, un momento, me esperó.

— ¿De dónde vienes?

Se me ocurrió esta excusa de muchacho medio zonzo : de confesarme...

Pues toma, y comenzó á llover un fuerte granizo, para que otra vez no juegues con eso, — y has de saber que los niños no se confiesan sin permiso de sus padres.

Á lo que yo repuse : pero si no me he confesado, tatita, si San Juan estaba cerrado.

— Pues toma, y siguió, por la mentira que me acabas de echar.

Tomasito Guido anduvo más feliz, — una noche en que á deshoras se topó con el general.

Rozas lo había hecho llamar.

— ¿De dónde vienes, Tomás?

— Papá, de comprarme una divisa... los dos

eran distraídos en alto grado, como todos los Guido, más ó menos, — siguieron su camino.

Si mi padre se reía con amplitud, mi madre sólo se sonreía.

Yo soy en esto así.

Raramente estallo.

En cuanto á lo otro, á lo de cascarme, su sistema era el antiguo, agravado por las costumbres coloniales, — la esclavitud, las encomiendas de indios.

La Biblia dice : « no le escasees al muchacho « los azotes que la vara con que le dieres no ha de « matarlo. » Pues me daba con frecuencia, sin irritarse, como quien le aplica al doliente una cataplasma caliente.

Á mi padre lo respetaba. Á mi madre la temía. Á los dos los quería. Y no me llamaba la atención siquiera que á mi hermana Eduardita, tres años menor que yo, jamás la tocaran, de tal manera el instinto me decía que hay cobardía ó crueldad en pegarle á una mujer.

Verdad que era monísima, inteligente, lista, donosa, más parecida á mi padre en la cara que á mi madre, según siempre dijeron, siendo yo idénticoálaseñora entonces, — no así en mi madurez.

Sólo tengo la impresión de cuando se lavaba la cabeza : con el negro cabello suelto, cayéndole sobre las espaldas en abundancia me hacía el efecto de una entidad mitológica; bien entendido que la sensación del pasado es una traducción de actualidad, la imagen vista con lentes, digamos, perfeccionados por cierta instrucción. También recuerdo su voz á punto de parecerme que la oigo enseñarme á cantar : « Señora santa Ana, ¿qué dicen de Vos? Que eres soberana y abuela de Dios. »

El eco de mi padre no lo recuerdo. Más tarde sí, lo veo mejor en todos sentidos; vestido de militar, por ejemplo, mandando una parada el 25 de mayo, proclamando las tropas. O doblando fácilmente con los dientes, tal era su extraordinaria fuerza maxilar, un patacón, ni más ni menos que si hubiera sido de suela estampada.

El recuerdo se evapora. Se va á San Nicolás de los Arroyos. La memoria de mi madre se acentúa. Ya comienzo á columbrar que era bella. Vendrá la época en que suelo mirarla extasiado diciéndome á mí mismo : ¡ qué hermosa mujer, parece una diosa! Será la misma época en que instintivamente estudio y comparo los dos caracteres, las dos natu-

ralezas, los dos temperamentos, — las dos influencias sobre mi. Á los dos me parezco física y moralmente. Pero más á mi madre. Ella se parecía más en todo á mi abuela por la que tenía una pasión ciega.

« Quiero parecerme á mi madre hasta en sus defectos si los tenía », llegó á decirme una vez; y como yo le hiciera alguna observación : « pues hasta en sus vicios », insistió.

Mi madre era mucho más vehemente en todos sus afectos que mi padre, quizá menos constante, aunque fuera menos versátil y más persistente, en el propósito inmediato, viviendo mucho en el presente, — mientras que mi padre, en esto me le asemejo, estaba siempre con la imaginación en lo futuro, pronosticando. Era una monomanía. Á tal estremo lo poseía, que compró el cajón para que lo enterraran, — cajón más sólido que lujoso que estaba bajo su cama.

— Cuando me muera, decía, no quiero dar mucho trabajo.

Esta luctuosa previsión se cumplió (¡ que no se cumplieran otras!) pues como dejó de existir cuando la gran epidemia de fiebre amarilla (¡ qué días de espantoso pánico!) no habría sido fácil

procurarse aquel último envoltorio. Dentro de él y en el modesto sepulcro mandado también construír por su neurosis del más allá, en cuanto se sintió decaer, — yacen su restos venerandos.

No murió de la fiebre amarilla.

Murió de pena... yo estaba herido... me creyó muerto no viéndome...

Recomiendo, ya que de cosas tan tristes hablo, mi *Causerie* « los cuatro gatos de mi padre ».

Mi padre tenía más vanidad, mi madre más orgullo. Mi padre era rumboso, mi madre dadivosa. Mi padre era inclinado á dejarse guiar por las prescripciones rigurosas de la justicia; mi madre por el sentimiento de la conciencia atormentada. Mi padre tenía la comprensión rápida, mi madre lenta, y yo así. Mi padre solía estar ocioso, mi madre nunca. Mi madre era algo violenta, mi padre no. Mi padre amaba la música y escribía en verso lo mismo que en prosa fácilmente; mi madre no era aficionada á la música, ni á la poesía; ni á andar á caballo como él. Mi padre era consumado bailarín, mi madre no bailaba sino por compromiso.

Los dos tenían grandes seducciones de palabra, siendo mi padre suspicaz y mi madre sutil.

Mi madre era más persuasiva. Mi padre no inspiró grandes pasiones, mi madre sí. Mi madre supo ser vieja, arte difícil, mejor que mi padre anciano, midiendo con más acierto y más tacto las distancias y viéndose mejor en el espejo. El flaco de mi padre era mi hermana Eduardita; el de mi madre Carlitos, el Benjamín de la casa. ¡Angustioso recuerdo!

Lucio Noberto, que murió trágicamente en Cádiz, y que así se llamó por nacer el mismo día del santo de mi padre, 2 de marzo, mientras comíamos, — y yo, que me llamo Lucio Victorio por ser el primogénito y haber nacido el día de santa Victoria, nos llevamos por esa causa lo mejor de los coscorrones de mi madre; y sea dicho entre paréntesis, no tantos como merecíamos.

Este mi desgraciado hermano, que se me parecia como si fuéramos gemelos, teniendo cinco años menos que yo, fué á Europa después de la caida de Rozas.

Mi padre le puso en Inglaterra en un colegio de jesuitas : era un impulsivo exuberante.

— « Papá, no quiero estar aquí », escribía.

— « Pues has de estar, que quiero que aprendas inglés », contestaba mi padre.

— « Si no me sacas, me voy á tirar del balcón á la calle », replicaba Luchito (era su nombre popular).

— « Tírate... »

Los padres escribían : « El joven Lucio se ha arrojado del balcón del segundo piso y se ha roto un brazo... »

Lo trajeron á París. Aquí conoció al fecundo dramaturgo Scribe, que se constituyó en su protector cerca de mi padre para que no lo pusieran á pupilo en colegio alguno.

Cedió.

Las consecuencias fueron que se escapó de París... yéndose á España.

Allí mi padre lo ayudaba por debajo de cuerda. Inútil. Rugían dentro de su alma violentas y fatales tempestades.

En Cádiz se enamoró. Dió, estando en la plaza de la Palma, — era una noche de luz, — cinco minutos de plazo para que la joven, objeto de su pa-

sión le dijera « te amo »; y como la dulce palabra no se oyera, — se oyó un tiro : mi infeliz hermano se había hecho saltar la tapa de los sesos... detrás de su amada, teniendo el reloj en la mano izquierda.

Otro flaco tenía mi madre : su hermano Juan Manuel, al que le decía « tatita », y mi padre el del señor don Domingo de Oro que, al morir, les dejó á sus hijos este testamento : « Amen siempre á Agustina Rozas », — testamento que tiene una brevísima historia sentimental, edificante.

Amándola, jamás la cortejó á mi madre porque era la mujer de su amigo íntimo.

Mezclando todos estos ingredientes, creo que podría llegarse á hacer de mí un compuesto de partes casi iguales con este rótulo : hijo legítimo de sus padres. En lo externo no cabe duda, aunque el signo suele no ser infalible. El concenso de las gentes que á los tres nos han conocido dice que me les parezco mucho, ahora viejo, ya más que en la juventud, á mi padre.

En la adolescencia tanto me parecía á mi madre, que en la tertulia de Manuelita Rozas, — Bernardo Irigoyen debe acordarse, solían ponerme un pañuelo en la cabeza á guisa de cofia, exclamando

todos y todas : ¡ Agustinita ! lo cual me daba mucha rabia aunque las mujeres me comieran á besos, golosina á la que en esa edad no se le toma todo el sabor posterior.

La tantas veces ya mencionada casa tenía puerta á la calle Potosí (Alsina). Estaba distribuída poco más ó menos como las casas antiguas algo centrales, — casas que se van, quedando una que otra, como muestra, por el barrio de Santo Domingo.

Repetiré lo dicho en otro de mis escritos : lo que más resiste á las mutaciones de Buenos Aires es precisamente el perímetro donde los españoles resistieron gloriosamente á la invasión extranjera. Y todo se irá poco á poco, — lo viejo, es la corriente, — menos las balas que incrustadas en las torres del templo están diciendo como símbolo de elocuencia muda : *Amour sacré de la Patrie !*

Á la derecha había una pieza independiente con

ventana á la calle. Á la izquierda estaba la sala, con dos ventanas ídem. Seguía una antesala con sólo puerta al primer patio, en el que una gran alberca, adornada de plantas diversas, estaba cantando : aquí se aman las flores. Un sirviente las refrescaba con regadera. Mi padre le había enseñado á mi madre á manejar los utensilios de jardinería, pocos entonces, que esgrimía bien, eso sí, calzando guantes viejos para no ensuciarse las manos, que eran en ella asunto de tocador importantísimo.

El señor don Marcelino Rodríguez, gran amigo de mi padre, muy entendido en todo lo referente á jardines y quintas, le había dado lecciones provechosas sobre podar é injertar, y la señora llegó á saber injerir yemas de un árbol en otro perfectamente.

En la calle de Tacuari, mirando á la crucecita de San Juan, mi padre tenía un terreno con muchos árboles frutales, — donde mi madre lucía sus habilidades y su suerte, que también la fortuna se mezcla en trotes de injertar con provecho.

Quedaba esto, — que se llamaba « el jardín » — al lado de la casa del señor don Marcos Agrelo, el escribano, amigo y tertuliano de mi padre. Á él,

con sus anteojos verdes, regordete, ágil, lo estoy viendo lo mismo que veo las higueras del jardín hasta casi sentir el sabor de sus ópimos higos blancos de España, que era como los llamaban; exquisitos higos, que daban frecuente motivo de queja, no resistiendo los muchachos y sirvientes, de los fondos, á la tentación de saltar las paredes para *mochar* algunos.

Seguía el dormitorio de mis padres, el famoso costurero de mi madre, y cuatro piezas más sin ventanas á la calle.

Al decir famoso, no pondero. En él estaba la bandera que, por decreto de entusiasmo libertador, se había ordenado á todo el mundo enarbolar, le gustara ó no la caída del tirano.

Claro está que mi madre obedecía con todo dolor de su corazón, lo mismo en esto que en la exposición de luminarias, — signo de regocijo.

Era el 5 de febrero.

El júbilo ostensible de los vencidos debía durar

tres días. Mi madre no tenía más banderas que las patrias federales, es decir, las que habían reemplazado el celeste por el rojo. Esas puso, y las menos candilejas y fanales posibles.

Sarmiento (teniente coronel del Ejército Grande) acertó á pasar por allí. Una de las banderas tenía un agujero en el sitio mismo donde en la verdadera bandera nacional debe estar el sol. El agujero aquel, y sin que en ello se mezclara para nada el sentimiento patriótico, ni el que la casa fuera la de la hermana de Rozas, circunstancia que el viandante ignoraba, ejerció en su retina una impresión magnética y mecánicamente metió en el círculo, destrozando el trapo, — la espada envainada que por comodidad no llevaba al cinto.

Fué esa la explicación que en Río Janeiro me dió, explicación que acepté pareciéndome plausible. El habla de esto en uno de sus libros (*Boletines del Ejército Grande*, me parece).

Estábamos en el Brasil. Yo con mi padre, que, caído Rozas, se iba á Europa, y él, que desencantado de Urquiza por haber hecho su entrada triunfal en Buenos Aires con sombrero de copa y divisa colorada, — se iba á Chile á conspirar.

Nosotros, esperábamos el vapor inglés del Norte; él esperaba el del Pacífico.

El viaje en el *Menay*, entonces había que ir á Río á tomar el transatlántico de gran calado, lo habíamos hecho juntos.

Iba también Máximo Terrero.

Durante la travesía, ofendido yo por lo de la bandera, y á pesar de las exigencias de mi padre, ni quise saludar siquiera al hombre. Entre él y mi padre había un vínculo : la amistad íntima de ambos con el señor don Domingo de Oro, el único hombre quizá que en su fuero interno Sarmiento admiraba, siendo como era un autoteista.

Paramos en el mismo hotel.

Comíamos los tres en mesa separada.

Ellos charlaban.

Yo, nada.

No hallaba oportunidad de hablar donde quería, en la calle, pues mi padre me había dicho : « Cuidado con molestar aquí más de lo que lo has hecho á bordo á Sarmiento. »

Los sucesos, y cada cual por sus razones, constituían otro guión ó punto de contacto entre ellos.

Mi padre era impresionable, Sarmiento entusiasta. Ambos convenían en lo mismo : « éste,

por lo que ya hemos visto, decía Sarmiento, no será mejor que Rozas. Yo me voy á Chile, véngase conmigo, conspiraremos; basta de gauchos, mi general, » agregaba Sarmiento.

Y si no hubiera sido yo, lo arrastra.

Aunque con poca experiencia de la vida y quizá por no serme simpático Sarmiento, en ese momento, la inspiración del afecto filial y la intuición del futuro me hicieron hallar argumentos convincentes que lo disuadieron.

Entre otras reflexiones le hice ésta : « Cuando Sarmiento diga « abajo Urquiza » le creerán. Cuando usted diga lo mismo, harán un comentario inevitable : pretenda restaurar á su cuñado.

No, tatita, mi tío no volverá ya á gobernar. Vienen otros tiempos. Sigamos para Europa (y seguimos).

Al llegar aqui me digo : ¿estaré confundido? Máximo Terrero iba con nosotros en el *Menay*. Esta duda me asalta porque no lo veo en el hotel « Dos Estrangeiros » (que aún existe), ni tomar parte en aquellas conversaciones que, en cierto sentido, debían complacerlo. Tampoco lo veo á bordo del vapor grande que nos llevó á Europa, desembarcándose mi padre en Lisboa. Yo seguí para

Southampton, y allí sí lo veo á Máximo, piloteado por mí como intérprete, buscando una casa quinta para mi tío. No le escribo, porque ni estas consultas le placen ni está físicamente habilitado para contestar la verdad, siendo, como siempre lo fué, veraz; sino porque el mal de que padece queriendo decir « sí » puede, hacerlo cambiar la afirmación en « nó ».

Sea de esto lo que fuere; la oportunidad que yo deseaba llegó.

¿Por qué no sales un rato, hijo? me dijo mi padre, cuando Sarmiento se despidió con la fórmula usual : hasta luego.

Salí, instintivamente, apreté el paso, á poco andar lo divisé á Sarmiento. En un abrir y cerrar de ojos estaba á su lado...

— ¡Caballero!

— ¿Qué hay?

— Usted me debe una satisfacción por haberle faltado al respeto á mi madre.

— ¿Yo?

— Sí (y nerviosa y brevemente referí el caso).

Sarmiento, con aire de verdad me dijo que me daría una satisfacción si en ello insistía.

Pero que antes oyera una explicación.

Y se explicó, y como lo que dijo me pareciera plausible, — me dí por satisfecho.

Este incidente y otros posteriores que no son para esta parte de mis Memorias, aclaran el por qué Sarmiento me escribía de Nueva York una carta (que ya me vi obligado á publicar años ha), carta que comenzaba así:

« ...Una misteriosa serie de acontecimientos ha hecho que usted sea *h*echado (conservo la ortografía, la sé de memoria), en mi camino siempre de una manera honorable para usted.

« Fué usted el amigo que cerró los ojos de mi malogrado hijo, así como antes se había convertido en su mentor y su guía. Soy, pues, su deudor y pagaré esta deuda de inmensa gratitud con un afecto que será tan duradero como mi existencia.

« En nombre de nuestro dolor común, en presencia de la sombra plácida de Dominguito, le pido á usted su amistad... »

Era esto después del asalto de Curupaití. Yo había sido, en efecto, mentor y guía de Dominguito, que estaba en mi batallón, el 12 de línea; mandaba la 3.ª compañía el día aquel terrible y glorioso. Pero no cerré sus ojos.

Cayó mortalmente herido en la retirada.

Yo había salido del campo de batalla para la ambulancia. Y aquí corto estos párrafos...

El recuerdo inefable de aquel niño, que era una esperanza para la patria, está en mi corazón.

En el amor fraternal que le profesaba hay un misterio... y si, como dice Michelet, « la historia es una resurrección », no sería maravilla que en lo que me propongo escribir una vez terminadas estas páginas preparatorias, se alzaran algunas sombras á las que trataré de darles cuerpo, alma y animación para que digan algunas verdades, á no dudarlo provechosas, en todo caso confirmatorias de que no hay culpa sin castigo mediato ó inmediato acá ó allá.

El comedor quedaba entre el primer y segundo patio con salida á los dos; tenía una ventana de reja que permitía ver la puerta de calle, algo velada por la alberca, y pasar, de cuando en cuando, uno que otro pedestre ó jinete. Comunicaba con el costurero. ¡Qué puerta aquella! Representará un local importante en la escena cuando lleguemos á los días en que mi madre insistía é insistía en hacerme guitarrista, sosteniendo con lord Chesterfield (era, con la gramática de Chantreau, uno de los pocos libros de entonces que recuerdo; después creció la biblioteca, influyendo en ello Miguel de los Santos Álvarez, Santiago Arcos y el barón de Mareuil), sosteniendo, decía, con aquel instructivo autor, algo laxo á veces: que tocar bien un instrumento (con tal que no sea la flauta buena para el dios Pan) vale tanto como un pasaporte diplomático para entrar en los salones del *beau monde.*

¿Músico yo?

¡Empeño vano!

En mi caracol membranoso, órgano en extremo complejo, la impresión de las ondas sonoras apenas me ha dado la justa medida del compás para bailar como es debido.

Sólo por asociación de recuerdos la música me ha conmovido alguna vez. Los tambores y los clarines me electrizan siempre.

Comprendo, percibo, siento cuando tocan ó cantan mal y me molesta. Pero no experimento deleite ó complacencia, — fruición alguna, cuando es el caso contrario. La Patti tuvo que creerlo.

Un zaguán á la izquierda del primer patio daba acceso al segundo.

Era sombrío de día, tenebroso de noche, que la luz, lo mismo que el agua dulce, eran artículos literalmente de lujo.

Ya se verá.

El carro del agua: una pipa con manga de cuero,

campanilla y canecas á los lados, sobre un tren de dos ruedas, que un buen caballito fortacho tiraba; porque la faena era dura, en verano por el calor, en invierno por el frío, teniendo que hacer repetidos viajes al río, unas veces cerca la playa, otras lejos según los vientos.

El aguatero, ó el aguador, era esperado con tanta impaciencia como el panadero con sus árganas, el lechero con sus tarros, el pescador con sus ristras y el moreno ó la morena con sus canastos y tableros gritando: durasnos y pelones, pasteles y empanadas calientes, haciéndoles coro los vendedores, morenos casi siempre, de chicha algarroba, de tripas y mondongo, y otro grito popular: llorá ñiño, que no llora no mama. ¡Alfajore dulci, leche! ¡Llorá, ñiño! ¡Mazamorra! ¡leche gorda!

Esto último hasta que llegó el vasco y desalojó al criollo con la leche aguada.

El negro y el mulato, el moreno y el pardo más cortésmente, — son tipos que se extinguen, como el gaucho sin pago fijo.

El negro y el mulato tenían su prestigio.

Éste pasaba por ser muy inteligente, aquél por ser muy fiel.

Y entre las negras y las mulatas se reclutaban generalmente las amas de leche.

Los negros tenían más prestigio que los mulatos.

Sus procesiones jocundas, con trajes multicolores carnavalescos y sus candombes al son de broncos tamboriles, eran fiestas que impresionaban la imaginación de los niños.

Yo nunca comprendí qué significaba la nación benguela, la mozambique, la congo, con sus reyes y sus reinas y sus grandes dignatarios.

En casa había una negra, que se decía con orgullo, como ahora que una nacionalidad no quiere ser confundida con otra : yo soy benguela ; Tomás es congo.

También tenía fama, merecida, el negro, de ser valiente.

Cuando se calientan, son terribles, decían.

El mulato pasaba por hombre inseguro. Hay la misma preocupación en Europa.

Acción de mulato dicen en España, en Portugal, en Francia.

Yo no he tenido oportunidad sino de experimentar al mulato en el blanco.

Á propósito de aguatero (que triunfó como ha

triunfado en España *nimiedad*, haciéndose sinónimo de cosa de poco momento, acepción argentina), oigo a mi tío, don Francisco Saguí (el que nunca se puso chaleco colorado, amigo de Rivadavia), discutiendo, como purista que era, que no se debía decir así, sino aguador, — y á alguno de mis otros tíos y tías alrededor de la cama en que mi abuela, tullida, recibía sus visítas, inacabables visitas, tanta parentela tenía, argumentar:

— Amigo, aquí no estamos en España; déjese de diccionario de la Academia; eso está bueno para Muñiz.

Se referían al respetable señor doctor don Francisco Javier Muñiz, socio correspondiente del clásico instituto.

No sé por qué mi tío Francisco sostenía que pantano era esdrújulo.

Lo cierto es que una vez lo derrotaron con su propio diccionario, lo cual, no obstante ser muy pacífico, le dió mal disimulada rabia.

Mas él no exclamó como yo que en la exaltación de una disputa con don Emilio Mitre (era como le llamaban al querido general), viéndome sentenciado en contra, por la misma autoridad

que habíamos convenido en consultar, grité tonante : ¡ miente el diccionario!

◙

Al consignar lo del zaguán sombrío y tenebroso, no he tenido en vista abundar en pelos y señales, — sería pecar de difuso.

Es que, al mirar tan lejos, si no he experimentado ninguna sensación propiamente hablando, he visto, como Gœthe, no con los ojos de la cara, sino con los de la inteligencia, renovarse tenuamente alucinaciones que, en otro tiempo, me postraron, haciéndome sentir en un caso y ver en otro lo que no era en realidad, lo que no podía ser efectivo.

Una noche, cruzando el dicho zaguán, — imponente como boca de lobo — sentí que unas manos armadas de las uñas del diablo, que en la iglesia de San Miguel está á los pies del Arcángel, me agarraban de las nalgas... y me caí desmayado dando un grito de desesperación... y vaya esto por

cuenta de los que para hacerme dormir me asustaban con ruidos de cadenas, con Lavalle y con ese mismo diablo que no sé cómo ahora mismo no viene á llevarme.

Otra vez fué en los lagos de Cumberland.

Pero yo no era niño, tenía diez y ocho años. Había estado en Escocia. Iba de Glasgow á Londres. Allí, en aquella tierra de cuentos extraordinarios, todas las noches, en la casa de Mr Cotesworth, — vecino amabilísimo de Edimburgo, en cuya casa paré, — si no se sentían duendes, se hablaba de ellos.

Los huéspedes de ambos sexos eran no menos de una docena, y cada cual refería, por turno, su historia espeluznante. Me recogía casi tiritando de emoción disimulada. La vela, que en pulido candelero de cobre Mrs Cotesworth nos daba al decirnos *good night*, — vela, calculada para usos momentáneos, — la consumía enterita. Las sombras me parecían más preñadas de peligros indefinibles bajo la influencia de las narraciones referentes á apariciones y ruidos, puertas y ventanas que se abrían y cerraban (por arte de birlibirloque) sin nunca jamás poder dar con la causa fenomenal del hecho, que nadie ponía en duda,

tanto la imaginación nos inclina á creer en gnomos maravillosos.

Cuando siguiendo mi itinerario me detuve en Winder Meer, debía tener la cabeza, como se comprende, hecha turumba, llena de lo que había oído, sentido (en casa de Mr Cotesworth había una muchacha divina, una Ofelia), y no menos llena de lo que había visto en Holyrood, última mansión de Walter Scott, y días antes en Newstead Abbey cantada por Byron (*Don Juan XIII, LV*):

> The mansion's self was vast and venerable
> With more of the monastic than has been...

Una vez en el hotel me informé, y al rato ya estaba á orillas del Lago, claro y plácido como el Leman.

Alquilé una barca con dos remadores y tres cantores que tocaban la bandurria.

Ibamos lentamente viendo de paso las cavernas marginales y los fuegos diamantinos de las estalactitas.

Era aquello de la más poética monotonía.

Los músicos cantaban imitando el acento *yanqui* de ciertas canciones populares en Estados

Unidos. La vibración la tengo en los tímpanos todavía :

I have been to the east,
I have been to the west,
I have been to the North Carolina,
And I have seen all the girls in China !

Es de lo más tonto.

¿ Pero acaso sólo nos acordamos de lo sublime?

¡ Ay de mí !

Suele suceder lo contrario.

Volví al hotel, mareado, aturdido, hipnotizado : ¿ cómo?...

No sabría decirlo.

El comedor, pequeño, quedaba á la derecha; entré, no había nadie, me senté en la cabecera de una gran mesa de caoba tersa como un espejo, mirando la puerta de entrada ; apoyé la cabeza en ambas manos tapándome el rostro, me quedé así un instante apretando los ojos (la imagen se formaba en la retina...) ; los abro, me incorporo, retrocedo, giro huyendo del fantasma alrededor de la mesa ; el fantasma se dibuja : es una mujer de cara demacrada, vestida con sayal mezclilla y gorra color paloma torcaz á la cuáquera ; me sigue... caigo desmayado de pavor, hago ruido,

vienen, me dan éter, vuelvo en mí, pregunto, averiguo : nadie había entrado tras de mí al comedor, nadie... Pues he visto, me dije, el genio del mal, y esta idea (el genio del mal mío) me persiguió años y años; no la evoco ahora perfectamente tranquilo, — y ahí estuvo, como decía Alfredo de Musset,después de una crisis de autoscopia externa:

Partout où j'ai voulu dormir,
Partout où j'ai voulu mourir,
Partout où j'ai touché la terre,
Sur ma route est venu s'asseoir.

Sólo que yo no veía :

Un malheureux vêtu de noir
Qui me ressemblait comme un frère.

Sino un espectro..... recorriendo toda la escala cromática de las emociones más opresivas y angustiosas del ánimo conturbado.

Ya he referido en otra parte cómo mi padre, que era muy sereno, sugestionado por el tío Tomás, vió un espectro que se evaporó, — lo mismo que una nube, — en el momento de descargar sus pistolas sobre el imaginario ladrón.

Mí obsesión tuvo intermitencias. Las circunstancias ambientes las determinaban. ¿Volveré sobre esto? Es posible, si hablo de mís padecimientos cerebrales : por abusos magnéticos, hipnóticos, nigrománticos, quirománticos y curiosidades exotéricas por el estilo, — cuyas consecuencias fueron accesos más ó menos caracterizados de catalepsia, epilepsia, locura, ¡que sé yo! á punto de creerme otra persona, verbigracia, Luis Lambert (el de Balzac), en una de las horas más críticas de mi existencia.

Ya no son de este mundo los que fueron testigos de aquellos padecimientos extraños : Emilio Quevedo, Carlos Saguier, — Emilio en el Paraguay, Carlos en Buenos Aires. Con éste nos ha-

bíamos conocido en París; él estudiaba, yo viajaba, — tengo cosas amenas, ignoradas, sobre él que referir, todo á su tiempo, como los nabos en adviento; era padrino de mi primer hijo, Andrés. Á Emilio lo conocí en la Asunción : un caballero perfecto; dejó semilla... hay hombres que pasan desparramando polen fecundante por doquier.

En el segundo patio, también con gran alberca y parral de uvas blancas y negras de riquísima cepa, había un pequeño cuarto independiente, al lado el pozo, luego la cocina grande con fogón de campana.

El sumidero estaba en el centro.

Por ahí corrían las aguas pluviales y todas las glutinosas de la cocina, — despidiendo constantemente unas emanaciones sutilísimas, parecidas al olor del puerro, ápesar del perfume de los azahares, de un limón ó limonero sutil, como gustéis, que, con otras plantas, á cual más olorosa, se alzaba de la alberca gallarda y siempre verde.

Miriadas de moscas y mosquitos revolteaban en torno de aquel antro absorbente, — vecino del pozo.

¿Qué se dirían á través del subsuelo esponjoso? Ambos tenían tapa.

Alguna vez se oía esta voz, la timbrada de mi madre, refiriéndose al sumidero : « Tapen eso, que está insoportable. »

⁂

Otro zaguán por el estilo del ya pintado, — con un aditamento poco odorífico, ¿qué digo? ¡demasiado, pus! tenía dos letrinas : una para los patrones, — otra para la gente *non sancta*, conducía á un patiecito, á la derecha, en el que había un chiribitil de madera, y á otro á la izquierda pasando por una pieza dividida en dos cuartos (el terreno hacía martillo), con dos piezas sin luz al fondo, baja la una, alta la otra. Á ésta, con sólo puerta como su compañera, se llegaba por una escalera de material sin pasamano á ningún lado, y quedando en el centro mismo del patio no era cosa de jugar al subir ó bajar.

Aquí, en este cuarto patio, había dos grandes librillos de barro cocido vidriado sobre asiento de material y desagüe al albañal, por medio de un bitoque, y cuerdas tendidas para secar la ropa

blanca de toda clase que en ellos se lavaba con un jabón negro que hacía tanta espuma cuanto feo olor tenía.

Pero las burbujas irisadas nos divertían.

La pieza ésa, dividida en dos, servían : la de la izquierda, para guardar alfombras, trastos viejos y encerrarme á mí, cuando me conducía mal, hasta que á fuerza de gritar como un berraco me sacaban para no molestar al vecino de la casa del lado.

La otra se llamaba cuarto de la plancha, — para aplanchar servía.

Petrona, una parda gruesa, con pechos como balcones, bonaza, estaba siempre ahí, dale que dale, entre montones de ropa y planchas hechas áscuas que guarnecían un gran brasero.

De cuando en cuando me dejaba echar una manita, diciéndome : ¡Cuidado! ¡No te vas á quemar!

Y probaba si el instrumento no estaba muy caliente, humedeciendo primero el dedo índice con saliva,— que aplicaba en la parte lisa opuesta al asa.

Y tomaba mate con azúcar quemada, y me daba algunas chupaditas.

Y como este cuarto tenía ventana á los fondos del corral con pileta de tata Tristán (Baldez),

Alejandro, mi primo, solía venir á charlar conmigo, escapándose de adentro, — como yo, que á los gritos de ¡Lucio! ya sabía que buenos tirones de oreja, de mamita, me esperaban, con su correspondiente réspice á Petrona.

Suma total : la casa tenía, entre piezas grandes y chicas, con las divisiones contadas como cuartos, diez y séis. En una de las del fondo estaba la despensa. Pero había que pasar por otra de ellas, que se llamaba cuarto del baño, — por la sencilla razón de que allí, entre cachivaches diversos, estaba la tina de latón de mi madre, destinada al efecto. Otra tina de baño había, — media pipa de aguardiente cepillada, — en el segundo patio, que, dándole el sol en verano, se templaba fácilmente. Un toldo improvisado la cubría, y en ella, por turno, se refrescaban, — los que no iban al río. El agua de ambas bañaderas servía después para regar las plantas y las veredas. Polvo, ciclones, no faltaba en la Atenas del Plata, — como no falta en la griega, — sino cuando llovía.

Para concluír, un complemento : la cochera.

Quedaba ésta pasando la casa del vecino, que era de mi abuela, y cuya cochera formaba parte del inmueble alquilado por ésta á mi padre.

Aunque más adelante quizá me ocupe de ellos, — de paso, diré aquí que el vecino era un respetabilísimo caballero, corredor ó comerciante norteamericano, casado con hija del país, buena moza y amable.

En otro sentido, otro San Pío del barrio.

Por el señor don Juan *Injuinto* era conocido popularmente.

El que se puliera y preguntara dónde vive el señor Higginbottom, estaba seguro de recibir esta contestación : por acá no es.

En la susodicha cochera, larga y angosta, había espacio para cuatro carruajes, — dos de mi padre, coche y volanta, y dos sopandas de mi abuela inútiles. Al fondo estaban las caballerizas, con pesebres para cuatro caballos y cuarto para el cochero.

Al lado de la cochera vivía el señor don Manuel Arrotea, en casa propia, con patios grandes, aljibe en el primero y comodidades internas que no eran generales.

Si mal no recuerdo, estaba casado con una Zarasa (¿se escribe asi?)

Era muy apacible, esto sí lo recuerdo bien. No sé si el señor Arrotea era español. Lo parecía. Su porte era el de un hombre prudente. Caminaba mesuradamente, siempre de levita y sombrero de copa, con la mano izquierda dentro del chaleco á lo Napoleón.

En el dormitorio de mis padres había un cuadro pequeño de Massena, que me intrigaba mucho; tanto á él se parecía.

Pero me decía: no es él; si el señor Arrotea no usa sable.

¡Qué lo había de usar!

Era comerciante, tenía registro de paños en la calle Victoria.

Suya era la gran quinta que, ya hermosa entonces y ahora embellecida, queda en el camino de Palermo, avenida Alvear, y se conoce por Palacio Unzué: sus hijos, varios, varones y mujeres.

Los varones me daban tristeza: jugaban al barrilete en la azotea, y á mi nunca jamás me dejaron subir siquiera á ella. « Es peligroso, no tiene parapeto », era la cantinela de mi madre.

Recuerdo á Manolo, á Enrique; éste se daba

conmigo; y al mayor, de estimables prendas, que se casó con Joaquina Alvear.

Me proponía, llegando á esta altura, hablar de la vida que se hacía en mi casa. Pero se me ocurre que antes será mejor dar una idea de cómo estaba alhajada, diciendo en seguida quiénes vivían en el barrio, que llamaremos de San Juan.

Los adyacentes eran San Francisco, San Ignacio (el colegio), San Miguel y Montserrat. Los otros quedaban relativamente lejos, entonces, y sólo hablaré de ellos de paso.

▢

Las piezas principales estaban todas alfombradas con tripe rizado, que se vendía en las tiendas de Iturriaga, de Elortondo, de Crisol. Ser tendero, ó tener almacén de loza por ejemplo, no era industria que disminuyera socialmente. Muchas de las familias que ahora figuran con más viso, cuentan entre sus fundadores caballeros de lo más decente que manejaron la vara de medir, con integridad, ó vendieron agujas y

alfileres, ó palanganas y algo más, ó cacerolas y estoperoles.

En verano se levantaban las alfombras, que eran sacudidas en la azotea, y se ponían esteras de la India. Los muebles de la sala, antesala, dormitorio, costurero y comedor eran la mayor parte de procedencia inglesa ó norteamericana. Mucha caoba maciza y mucha esterilla de crin. El tálamo de mis padres era de bronce, enorme.

En la sala había una mesa redonda con muchos *bibelots*, que no sé de dónde vendrían, que eran cuidados, no apreciados, y cuyo mérito sólo pude verificar mucho después de mi primer viaje á Europa; un piano de la marca Collard & Collard (mi madre tocaba dos ó tres cosillas muy mal); algunos cuadros, entre ellos un retrato, al óleo, de mi padre, por Goulu, que está en el Museo Histórico, — retrato de cuerpo entero, por no decir como doña Brígida Castellanos.

Esta señora, que no es de los Castellanos salteños (el señor don Aarón y Misia Secundina Iglesias, figuras sociales de relieve, habiendo sido don Aarón un precursor) (1), era de proverbial cantimplería.

(1) Él fundó la primera colonia en Santafé, *La Esperanza;* él hizo los primeros muelles del Rosario; él, en fin, hizo

Trocaba todos los frenos. Fué á Europa baúl y volvió petaca, como ahí decimos. Á mi padre le decía Misio D. Lucio, y á Fernando García, el pintor, le encargaba, no un retrato de *mierdatura* (miniatura), sino uno de « cuerpo presente ».

Jamás le dijo Pizarro al marido. La ceta le salía jota. Por lo demás, era muy bien relacionada y hasta querida, siendo él y ella de lo mejor como carácter y fortuna.

Al retrato de mi padre le hacía *pendant* otro que, para no errar las señas necesitaba este letrero : Agustina Rozas poco después de casada.

Para corregir esta fantasía de artista manco, había en la antesala con linda chimenea, una acuarela de cierto mérito. La joven que representaba, fielmente entonces, de vestido blanco, con mangas infladas, escotada, con reloj en larga cadeña y magno peinetón calado, — de esos que inventó Masculino, exagerando la peineta española para salir de un lote de grandes hojas de carey, era mi madre; y el niñito rubio que la acom-

muchas cosas útiles en la provincia de Santafé, — atreviéndose á fundar una estancia en Melincué, cuando los indios llegaban á siete leguas del Rosario.

paña, éste muy atento servidor de ustedes, á los tres abriles.

Su autor : el señor don Carlos Pellegrini, ingeniero.

Más tarde las facciones frescachonas de la joven se afinaron con el desarrollo sexual, acentuándose el perfil griego á los veintidos años.

Creció algo la estatura, todas las formas se suavizaron, su morbidez se hizo delicadeza escultural y la esbeltez apareció como la rosa con su perfume, después del pimpollo comprimido : de manera que el original del retrato á la acuarela se transfiguró tanto, — que mirarla era sentir :

Amor che nella mente mi ragiona...

Este Masculino, aunque peinetero, era hombre á la moda : por su invención, por su figura, alto, rubio, bien apuesto, siendo teniente coronel, y, por un hermosísimo *flete*, blanco como la nieve, que lucía con sus galones en las paradas de 25 de mayo y 9 de julio. Sólo el clinudo del rumboso platero Serantes, quizá más lindo, — compitió después con él.

Seguían dos grabados finos: *Le maréchal Moncey à la barrière de Clichy*, y *La jura de la Independencia Americana*. Un personaje con un sombrero de anchas alas encasquetado, estando todos los demás descubiertos, era para mí algo inexplicable, algo que me confundía como en un cuadro pintado por Brueghel, — los anacronismos de la batalla de Arbelles.

El tiempo me hízo saber que era el cuáquer Hopkins, antepasado del que tanto ruido hizo por el Río de la Plata en cierto momento.

En el dormitorio decoraban las paredes cuatro cuadros, grabados iluminados, que eran Massena, ya nombrado; Rapp, — que yo hallaba parecido á mi padre, — Macdonald y Augereau.

Un crucifijo de oro y plata macizos, alto casi de un pie, estaba á la cabecera de la cama matrimonial, en el mismo centro. Al lado, á conveniente altura, un Cristo en la cruz llamaba la atención por lo artístico y el aire de tristeza infinita

que envolvía la santa imagen. Del otro lado, teniendo al niño Dios en los brazos, se veía iluminada á Nuestra Señora del Rosario, — la virgen de las devociones de mi madre. Á ella le pedía todo, y á ella le ponía más velas que á ninguna otra. ¿En qué no hay predilección?

Mis padres creían. Mi madre principalmente, con fervor, aunque no fuera gran practicante. Eso sí, era muy rezadora, — y cuantos la rodeaban por lo consiguiente. Á mí me hizo hermano de la confradía de su virgen.

Como tantas otras cosas que en la tierna edad sólo veía con los ojos del cuerpo, — supe después que el Cristo era un *Gobelín*. Desapareció un día... y nunca me resolví á preguntarle á mi madre qué se había hecho.

El costurero era la pieza más adornada. Aquí recibía generalmente mi madre. Tenía chimenea, siempre encendida en invierno con carbón de piedra. La carbonera, de cobre, lustrosa como si acabara de salir de la fábrica, era uno de los lujos de mi madre. El gato, un *mustafá* barcino en la punta del sofá, era el tertuliano más asiduo. Sobre el marco de la chimenea yacía un reloj *Empire* con bomba, linda pieza, que ahora está en poder

de Manuel Láinez. Mi hermano Carlos se lo regaló, — muerta la señora, por la que aquel amigo, seguro y consecuente tenía gran estima afectuosa. El timbre de su martillo es de lo más argentino.

Sus horas regulaban todo, — en aquella casa, que era otro reloj. Las ocho era hora cruel para mí en verano, y las siete en invierno. Con ó sin sueño, ¡ á la cama ! y á pedir antes la bendición y decirles, todo retobado, buenas noches á las visitas. El reto era infalible al día siguiente : « Mira, otra vez, cuando les pongas mala cara á las visitas porque es hora de acostarte, durante tres días te acostarás en cuanto se ponga el sol. »

Un armario de caoba norteamericano, con gruesos pilares en forma de espiral, ocupaba el testero frente á la ventana. En él había ropa blanca de mi padre. En él guardaba su dinero, las pistolas, el agua de lavándula, su único perfume ; y la libreta del Banco de la Provincia, — una cartera con forro de pergamino. En esa libreta conocí la letra peculiar de mi noble amigo Miguel Cuyar, — letra, como él, recta, clara.

La lavándula, espliego, ¿apostaría?... nó ; porque, — como decía el inglés, — podría perder, juraría que era la misma que ahora se fabrica en Pa-

rís en casa de Lubín, con la etiqueta *ambrée*, en botellas pequeñas de forma común. Si me acuerdo, averiguaré la data de la fundación de esta perfumería.

Ya está hecho; tiene más de un siglo. Se abrió en la rue Sainte-Anne, 55 (ahora está en la rue Royale, 11), en 1798.

También á mí me es muy simpático esta fragancia. Los colores, los sabores y los olores que en la infancia nos producen sensación grata, ó con los que nos hemos connaturalizado, son, según lo tengo observado, los que preferimos hasta que ya no podemos tenernos en pie, así como nunca olvidamos los sones y tonadas del terruño en que nacimos.

En otro mueble, como biblioteca, había libros, no muchos, en español y en francés. El armario ése, es lo único de mis padres que yo poseo y un escapulario que hace años me dió mi madre. Lo llevo siempre conmigo, y con él han de enterrarme. Reclamará ulteriormente uno de estos dos muebles su página; porque si en el uno estaban las fábulas de Iriarte, las de Lafontaine, las de Florián y las poesías del padre Iglesias, — en el otro, arriba, en sitio vedado, inaccesible por otra

parte cuando yo era chico, hice un día, ya grandecito, curioseando, cierto descubrimiento.

No discutiré si los sueños son una consecuencia de lo que hemos conocido durante la vigilia, ni si las visiones de la noche tienen alguna proporción con las visiones del día; ni tampoco que los sueños horrorosos son las exageraciones de las faltas del día. Pero, á no dudarlo, no son ciertas imágenes las que nos hacen pensar en las estrellas, — imágenes que la casualidad pone en manos del niño. ¡Ay de mí! nuestra alma no nos deja descifrar otra cosa que las causas y los efectos; de manera que al recordar el malhadado descubrimiento debo decir que fué un aguijón prematuro, innecesario.

El comedor tenía sofá, de crin, con cajones secretos de caoba á los lados donde se apoya el brazo, aparador y cristalero. Esos cajones contenían cartas empaquetadas de infinidad de personajes, cartas que, á ocultas, solía yo leer (habiendo descubierto por casualidad el escondite); pero que no podía entender, como no entendía el barómetro ni el termómetro, que, formando un solo cuerpo, pendían cerca de la ventana para que les diera bien la luz, requisito indispensable, — que

mi padre los observaba con atención sostenida. No era la higiene ó la medicina doméstica, el solo pie de que cojeaba. Le daba también por la meteorología, y es justicia que le debo : reconocer que raramente se equivocaba en sus pronósticos sobre el tiempo ; lo mismo que no había animal, por feroz, dañino ó venenoso que fuera, al que le tuviera recelo y que no dominara.

La loza era fina, los cristales ingleses sólidos, los cubiertos de excelente calidad, — brillantes siempre, — y no faltaban las fuentes de plata para cuando repicaban fuerte.

Un solo cuadro lo adornaba : la batalla de Maipú. Una oleografía en la que dos personajes se destacaban : San Martín con su bicornio, Osorio con poncho blanco. Aquél sableando, éste huyendo. Me lo sabía entonces mejor que ahora. Mi padre me lo explicaba cada vez que me veía, — mirándolo con esa atención y entusiasmo infantil que en todo asunto de guerra ve algo mitológico. Estaré ya bajo siete estados cuando se sepa detalladamente una conversación, reiterada, que tuve en Chile con el general Las Heras, tan denodado, conversación que transmitida á mi padre no

hizo sino aumentar mis perplejidades respecto de la bravura del gran Capitán.

Un mueble esencial completaba el ajuar, y digo esencial, porque era para mi padre, también entusiasta por la pesca, como un aparejo completo al efecto, — de cañas, líneas y anzuelos de todas menas.

Me refiero á una mesa de chaquete, de caoba, con casillas de maderas finas incrustadas con prolijidad.

Tenía mi padre varios tertulianos, entre ellos don Marcos Agrelo.

Pero el más asiduo, el infaltable era un viejo Baster, catalán me parece, que había hecho fortuna en Entre Ríos (de allí se conocían), propietario de una vasta y valiosa finca con altos que hacía cruz con San Juan. Vendía cal de la Bajada (el Paraná), carbón de leña y maní de Santa Fe. Era un hombre de mediana estatura, con crenchas canosas y una carita sonrosada más fresca que su

edad. Se presentaba puntualmente á las tres. Si mi padre no llegaba á las tres y media, se iba. Unas veces (yo solía ver la partida ó estaba en penitencia), era mi padre el que daba una onza de oro; otras era él. Y la partida concluía cuando tocaban la campanilla indicando : pongan la mesa, y que á la media hora se comería. Después la tocaban otra vez, y eran las cinco. No había como equivocarse, porque la campanita de las monjas y el martillo del reloj del costurero, á dúo, segundo más ó menos, le decían al sirviente : llame usted.

Esto del chaquete y de la onza de oro es sugerente, ¿no es verdad?

Pues á ello voy.

Ahora se juega, juega la gente decente en los clubs, — aunque no siempre ni están todos los que son, ni son todos los que están.

Antes se jugaba en las casas particulares; hoy aquí, mañana allí. Se jugaba á las damas, al chaquete, á las cartas, al dado. Y no se jugaba flojo. Pasión de todos los tiempos y de todos los países; es como el cáncer incurable.

Las casas de fuste (*high-life* ahora), más renombradas para pelarse (se llevaban los títulos

de propiedad de algo de lo que se poseía para responder con ellos á algún copo fuerte), eran : la de don Ladislao Martínez, la de don Braulio Costa, la de don Félix Castro, la de don Bonifacio Huergo, la de don Marcelino Carranza, la del general Guido, la de Azcuénaga, la de mi padre y otras de estofa y de figuración, mucho de lo cual ya no figura en ningún sentido, ó porque se han obscurecido ó porque se han arruinado, cediéndoles la derecha á otros, gente nueva de calibre.

No se jugaba en casa de Anchorena, ni en la de ningún Rozas, ni en lo de Terrero, ni en lo de Arana, ni en lo de Insiarte, ni en lo de Sáenz Peña, ni en lo de Lahitte, ni en lo de Olaguer Feliú, ni en lo de Plomé, ni en lo de Irigoyen, ni en lo de Pinedo, ni en lo de Alvear, — lo que no quiere decir que algunos de ellos no fueran *piernas* jugando flojito.

Requiere esta figura una aclaración, como cuando Cervantes explica « en Persiles y Sigismunda » lo que quiere decir *fatucherie*. El lector enterado, olvida el término abstracto, por decirlo así, para sólo recordar su equivalente *hechiceras*.

« Pierna », por consiguiente (todo el mundo no

conoce el vocabulario pardo), es sinónimo de tertuliano, en este caso, y en general de todo el que juega.

En la época á que me estoy refiriendo, no siempre había suficientes piernas de pro reunidas. Se mandaba entonces un sirviente de á caballo al « barrio del alto », — eran esos lados de la iglesia de la Concepción. Vivían por allí algunos guarangos platudos, abastecedores. No tardaban en presentarse muy peripuestos, de levita, chaleco, camisa bien almidonada con sus tres botones con cadenita en la pechera, y, ganando ó perdiendo, ellos alimentaban el fuego de ese apetito inhartable, que no es como el del gallo, que con unos pocos granos se satisface. El honor que se les hacía era del momento. Si al día siguiente se cruzaban por la calle la pierna de clase con la plebeya, — si te vide no me auerdo.

Referían que una vez, era en el teatro, durante un intermedio, como una pierna de la última especie se acercara con aire familiar á un grupo escogido de la otra, llamándolo aparte, uno de ellos que le negara la mano le observó : « Mirá, ché, allá en la carpeta nos conocemos ; aquí guardáte bien de mirarnos... »

Cuando Quiroga estuvo en Buenos Aires, hubieron jugadas famosas. En una de ellas, tallando mi padre, que había hecho una gruesa banca, alguien copó ; Quiroga, que perdía ya mucho, recopó, perdió..... el banquero, tirando las cartas, dijo : otro copa. Quiroga, entonces, con muy malos modos, sacó del bolsillo unos papeles, y poniéndolos sobre la mesa refunfuñó : « Cóbrense ; son los títulos de una de mis estancias en la Rioja, alcanza y sobra. »

Mi padre salió, no era aún muy tarde, se fué á casa de Quiroga, habló con Misia Dolores, y, entregándole los títulos, le dijo : « Déselos usted al general, que él sabe lo que tiene que hacer. »

Quiroga pagó al día siguiente, y de aqui, y de otros incidentes anteriores, su amistad con mi padre, amistad, que se selló con un compadrazgo y que duró y duró entre las dos familias, hasta que el vínculo comenzó á aflojarse con la muerte de aquella dama que en el ocaso de la edad conservaba todavía belleza y seducciones, siendo una de esas morenas cuyos ojos no miran, sino que queman con una luz que sólo se extingue con el último aliento.

¿Para qué seguir con lo interior, — cuando todo concordaba con lo ya mencionado, excepto lo que á la servidumbre correspondía, cuyas camas eran volantes? Me refiero á las mujeres negras y blancas, mulatas ó chinas. Los hombres dormían en los cuartos de afuera, — lo cual no impedía que se cumpliera el refrán : Dios los cría y ellos se juntan.

Los niños ven, oyen, y aunque hasta callan y disimulan, no caen bien en cuenta al principio. Pero... con el tiempo maduran las uvas para ellos también. En nuestra América no se respetan puertas cerradas. Todos, grandes y chicos, patrones y sirvientes empujan, abren sin anunciarse en forma alguna y lo que á los grandes solo los perturba, — á los niños les despierta la imaginación.

Nuestra alma es hecha para pensar, es decir, para percibir, dice Montesquieu : un ser semejante debe tener curiosidad; porque como todas las cosas están en una cadena, ó cada idea precede á una y sigue áotra, no se puede gustar de

ver una cosa sin desear ver otra; y si no tuviéramos este deseo por ésta, no tendríamos ningún placer por aquélla. Así, pues, cuando nos muestran una parte de un cuadro, deseamos ver la parte que nos ocultan, á medida del placer que nos ha dado la que hemos visto. Y la reflexión que hace al caso, como la moralidad en las fábulas, es que cuando los niños andan muy revueltos con los criados, — toda vigilancia es poca, si ahincadamente se quiere, como es de suponerlo, que sus sentidos dormiten el mayor tiempo posible; que ignoren, lo cual encierra todo el misterio del contento sin impurezas.

En todas las ventanas á la calle y en algunas puertas interiores, había persianas coloradas, es claro, y cortinas de telas más ó menos lujosas. Y por todas partes floreros, con flores por supuesto, platitos y bandejas con aromas, azahares, no faltando en ninguna cómoda y ropero, manojos de alhucema y de trébol. Gracias á ello el olor del jabón negro con que se lavaba la ropa no se sentía sino una que otra vez, allá como reminiscencia confusa de remota sensación : la que el alcohol de quemar, que no huelo con frecuencia, á mí me produce, — trayéndome vientos de la

Pampa — como tufos repugnantes del subido aguardiente que por fuerza tenía que tomar cuando experimenté las delicias (que no echo de menos) de vivir un poco al natural entre los indios Ranqueles.

◘

Después de esta rápida ojeada por los paternos lares y como completando el cuadro, pasemos un momento á la casa de mi tío, el Señor don Tristán Baldez (mi tata Tristán) (1), nuestro lindero por el fondo. Podrá verse así más ó menos bien, según ande acertado el pincel en la combinación de los colores, como eran antaño la generalidad de las habitaciones de las familias más ó menos ricas. Tenía ésta dos patios y un gran corral. Aquí había pileta, pozo de balde y arcadas, gallinas, patos, gansos, el cacareo de las ponedoras era infalible, como el canto del sereno : ¡ Viva la Federación ! ¡ Mueran los salvajes unitarios ! ¡ Vivid, Representación ! Las dos (ó las tres ó las cuatro) han dado y sereno (ó lloviendo).

(1) Véase mi *Causerie* : « Mi primer robo ».

O como en *Margarita de Borgoña :*

« ¡París está tranquilo... dormid en paz! »

Y ustedes saben lo que el Sena revelaba al día siguiente según lo que, en la torre de Nesle, había pasado?

Siendo este corral depósito de leña de durazno que venia de la chacra de Lomas de Zamora (todo eso de por ahí fué de mi tío), tenía puerta á la calle.

Al lado estaba, en un cuarto redondo el despacho de cal que venía de las caleras de la Ensenada (todo eso también, de por ahí, fué de mi tío). Un negro rengo, antiguo esclavo, — todo un caballero por su fidelidad, tio Valentin, era el que vendía lo uno y lo otro; así como tio Pedro, otro antiguo esclavo, mulato, cuidaba de la casa, cuando mis tíos estaban en la chacra, que era frecuentemente.

Aquella chacra era un oasis : las mosquetas, ¡qué abundancia! embalsamaban la atmósfera. Innumerables rosales de la India, que estoy viendo, como veo los inmensos álamos, las higueras, los perales, los durazneros, — cargados de fruta incitante, — y unos tártagos de los que decían maravillas medicinales aunque recomendándonos :

« ¡ cuidado, no vayan á comer eso! » amenizaban el paisaje. Sí, era un oasis, aunque tuviera palomar. Hay una preocupación al respecto. Dicen que es de mal agüero. ¿Será? Pero los pichones eran famosos; lo mismo que los patos y los gansos y los corderitos y los quesillos y la leche y la manteca, que tío Valentín también despachaba.

Mamá Mariquita era muy diligente.

En todo estaba. Para todo se daba tiempo. Era cocinera hábil y dulcera eximia. Tata Tristán muy entrado en años, era un hombre físicamente fatigado por una vida de rudos trabajos. Su pasión era la lectura. Sabía muchas cosas y tenía libros raros. Mamá Mariquita le evitaba, pues, toda fatiga, substituyéndose á él.

Al lado de esta chacra estaba la de Zelis, oficial retirado, casado con Misia Dolores Sandoval.

¿Quién no conoce en Buenos Aires á los Zelis, tan buena gente, parientes de los Belaustegui, — otra camada óptima?

Misia Dolores y mamá Mariquita eran íntimas, comadres; las dos chacras como una sola, siempre dispuestas á recibir huéspedes, que eran tratados como ahora no se estila.

Es tiempo de hoteles, no como aquellos en que mi abuela Agustina se ponía furiosa y lo tildaba de ingrato á un andaluz, que cinco años fué su huésped, porque se iba. Á lo que el hombre, que se había desocupado y quería volverse á España, replicaba justificándose con lágrimas en los ojos : « Mi señora doña Agustina, queja de mí no pueden ustedes tener, que á naide hice esperar, siendo siempre el primerito á las horas de comer. »

Cuando en una casa no había lugar, se iba á la otra. En ambas se desvivían por ser agradables á las visitas.

Se comía bien, se bailaba bien, se dormía bien, y las muchachas Dolores, Mercedes, Petrona eran bien, — todo era bien, aunque en un sentido menos bien en la chacra de tata Tristán, porque allí no había sino hombres : Tristán María, que tan joven murió, y Alejandro, mayor que yo, que no tiene miras de morirse.

Naturalmente que estas chacras tan atrayentes, no eran muy accesibles que digamos en toda estación. En invierno, los caminos eran lagunas, pantanos, y cuando el río de Barracas desbordaba hasta había riesgo de la vida en pasar los bañados. Los lecheros luchaban y luchaban. Llegaban...

Y más sacudida la *mazamorra* era más rica. Eso es, « que el bien y el mal distan tan poco el uno del « otro, que son como dos líneas concurrentes, « que aunque parten de apartados y diferentes « principios, acaban en un punto ».

¡Eh! ahora no se usa la fórmula antigua (¡si no existe la cosa!) : no hay mazamorra como la de los lecheros, la *galopada*, — que crema *à la vanille* se le parecia! Si los Romanos la hubieran conocido, se habrían chupado los dedos con ella, tanto como con la crema batida por aquellos infelices esclavos á los que les arrancaban los ojos para que no se distrajeran en la tarea.

Pasando el despacho de cal, es decir, yendo del sur para el norte, había una pared corrida, luego una puerta de calle, en seguida una ventana. Al entrar, se hallaba uno con un patio amplio con plantas en vasijas de todos tamaños y enredaderas, madreselva y santa Rita que, trepando graciosamente por las paredes, le daban un aspecto de tan sencilla amenidad, — que el alma presentía : estoy donde reinan la paz doméstica y la conformidad. Así era en efecto.

Mis tíos, ápesar de una notable diferencia en las edades y aunque arruinados después de haber

sido muy ricos, vivían pensando y sintiendo como dos corazones nacidos el uno para el otro.

Mamá Mariquita, teniendo muchas y buenas amistades, no podía eximirse de ser un poco andariega.

Tata Tristán, siempre igual de humor, leía y meditaba. Su escritorio biblioteca principal, — tenía otro interior más pequeño, — quedaba á la derecha. Entre otras impresiones de aquel estudio tengo : la de un grabado, una barca, navegando en ella una pareja, con esta inscripcion : *Tout passe avec le temps, l'amitié ne passe pas*..... la de l'*Enlèvement de Déjanire* (que tela magistral de Guido Reni!); la de una grande esfera armilar, la de un globo terráqueo (tata Tristán había sido marino de aventuras osadas en su juventud, corsario), y la de una obra voluminosa con muchas láminas que me parecían cosas infernales. Era nada menos que Dupuis, l'*Origine de tous les Cultes*, libro que en su tiempo hizo tanto ruido cuanto mal. Refutando á Renan en mis « Cartas confidenciales á un amigo » (era yo capitán), alguna referencia al respecto hice, segun puede verse en *El Nacional* de la época.

En aquella pieza, para seguir cuanto antes con el resto, escribí yo, encerrado, por apuesta con Manuel Blancas y Fontan (el que se casó con una de Vela), escribí, decía, en cuarenta y ocho horas, mi drama *Atar Gull ó una venganza africana*, — drama que no fué romántico en sus resultados, aunque de ese género fuera, puesto que es la única pieza literaria, de editores nada digo, que á la pluma que va corriendo le ha producido algún dinero.

Verdad que al escribir nunca pensé en el lucro. Por si nadie lo dice, lo diré yo, que hay casos en los que uno puede ser juez competente de sí mismo : « Su vida y su estilo se parecen. Si en la sociedad, procura día á día deshacerse de alguna cadena y recuperar su libertad, no es para imponerse una coacción por el gusto de escribir. Trata sólo de « agradarse », de apartar su espíritu de consideraciones enojosas sobre pensamientos no menos desagradables... Nada, está más lejos que sus escritos de la servidumbre de un escritor de profesión. »

Excelentísimos, los negros de la compañía del popular García Delgado, — ¡qué deferente era! — excelentísimos, aunque hablando con acento archiespañol.

¡Qué jaleo!

El público no sintió los estremecimientos del autor que *quand même* fué aclamado y aclamado.

Á propósito de Blancas y Fontan, entidades amables é interesantes, si no necesito presentar al primero tan considerado merecidamente, ni al segundo tampoco, algo cómico no obstante tendré que decir sobre Fontán cuando hablemos del colegio de monsieur Larroque, este hábil y empeñoso fabricante de hombres de provecho, algunos ilustres ya.

❖

Sigamos... el gran salón había sido convertido en depósito de cal. Cuadraban el patio una salita, el dormitorio de mamá Mariquita, el pequeño escritorio de tata Tristán y otro dormitorio.

Un pasadizo conducía al segundo patio.

Á la izquierda, el comedor con enormes alacenas incrustadas en la pared, y siempre bien provistas de orzas repletas de dulces finísimos y riquísimos; al lado un antecomedor.

Seguía la cocina vasta con el consabido fogón de campaña. Todavía no se habían generalizado las cocinas económicas de fierro. Al frente, dos cuartos. Sobre éstos, y mirando al sud y al este, cuartos altos, cuatro, á los que se subía por una escalera de material con pasamano, no como la de mi casa, y cuyos cuartos los que miraban al sur tenían galería. Estos altos interiores eran comunes; raros los á la calle.

Los que miraban al este, quedaban sobre unas arcadas que conducían al corral y á otro sitio llamado inodoro, aquí en Francia, por idéntica razón á la que se da en cierto antiguo *vaudeville :* en otro tiempo había una mesa llamada trípode, precisamente, porque tenía cuatro pies.

Bajo esas arcadas yacían unas tinajas colosales, dos contenían, cerradas bajo llave, agua del río asentada y fresca.

Toda la casa estaba amueblada con mucha decencia, se veían rastros de lujo pasado; algunas piezas, armarios con escritorio, mesas, sillas,

sillones y grabados, — si ahora existieran, obtendrían subido precio en el bazar de un anticuario negociante.

La batalla de Waterloo, de mi primer robo, de nuestro robo, pues fué en colaboración con Alejandro, era uno de los cuadros que más llamaba la atención en el comedor (1). Allí comí yo dulce hasta con los dedos: manteca, natas, café con leche gorda, purísima, como en ninguna otra parte (era la especialidad de mamá Mariquita), todo lo cual en mi casa nos escatimaban, á Eduardita y á mí, so pretexto motivado de que eran nocivos.

Cuando mamá Mariquita venía á la ciudad más que en mi casa yo estaba en la suya.

Éramos como hermanos con Alejandro que, siendo aficionado á dibujar, no lo hacía mal, me entretenía mucho con sus figuras.

Guerreros con armaduras, como el Don Pedro el Cruel, que el cómico Ruíz representaba, eso era lo que sobre todo me complacía.

Al transportarme con el pensamiento á aquellas horas sin inquietud, pienso en una noche triste; noche, sin embargo, en que los niños ríen...

(1) Vease mi *Causerie*: « Mi primer robo ».

Había un enfermo grave. Carolina Bond y yo estábamos en el comedor.

Mamá Mariquita se presentó, y, con su modo dulce, nos recomendó : No hagan ruido, hablen despacio.

Nos callamos, pero nos aburríamos.

La *Gaceta Mercantil* estaba sobre la mesa.

La tomo, me pongo á leer en voz baja, — no tanto que Carolina no me oyera : era una lista de personas de Mendóza, que hacían no sé qué manifestación.

De repente revienta la risa, provocada por este nombre y apellido :

¡Cucufate Recuero!

Est-ce qu'on peut être Persan?

Puede uno llamarse Cucufate, fué lo que pensamos, expresándolo en otra forma. ¡Qué nombres tienen estos provincianos!

¡Cucufate!

¿Lo conocía el lector?

Si dice que sí, mis parabienes.

Yo hace unos pocos días que supe, conversando con Guillermo Rodríguez Larreta, que cerca de París hay un sitio precioso que se llama *Saint-Cucufat.* Es decir, san Cucufate (sin Recuero), y

aquí se comprueba una vez más que vivimos ignorando. Lo que no sé es si este santo era francés. Lo averiguaré, como hice con el agua de lavándula y, si hay lugar, apuntaré lo que sea. (1)

◻

Para comenzar con los vecinos del barrio, diré: Frente á casa de tata Tristán vivía un monsieur Fasquel, joyero ó vendedor de alhajas, casado con una hija del país, señora de aspecto atrayente. Su desgracia era grande: todos los hijos que tenían, y la mala suerte los incitaba, como en el

(1) Después de no pocas diligencias hallé lo que deseaba. Qué *francés* ni qué niño muerto! San Cucufate, en nuestra lengua, — Saint Cucufat ó Cucuphat aquí, — era Africano. Mártir en 303. De Africa pasó á España bajo el reinado de Diocleciano y después de diversas torturas le cortaron la cabeza en Barcelona. Los restos de San Cucufate fueron llevados á Estrasburgo en 835 y allí fueron venerados hasta la Revolución. (Fiesta el 25 de julio). Véase el *Diccionario Enciclopédico de la lengua castellana*, por Elías Zerolo. París, Garnier Hermanos, editores, tercera edición, 1904.

juego, á reincidir, les salían desfigurados, contrahechos ó diformes. Decían : si la de Fasquel ve un manco que la impresione, el primer hijo que tenga será con un brazo más corto que otro. Y sucedía.

Enfrente, casa de por medio con la de tata Tristán, vivían dos solteronas, — las de Cateura, — en una casita minúscula.

No eran jóvenes ni viejas. Eran, como tantas otras mujeres, una momificación. Pasaban por ser buenas, y lo eran.

¿Tuvieron debilidades? ¿Las tuvo alguna de ellas? En lo de ultratumba hablaré de un joven, bonito mozo, que las visitaba. Y ha de relacionarse esto con un rasgo de nobleza, que no sorprenderá, del doctor en medicina don Toribio Ayerza, que fué inquilino de mi madre, y digo de mi madre y no de mi padre, porque éste estaba ausente y ella corría con todo.

Pagaba con exactitud el primero del mes : era el sol en su carrera.

Como en cierta ocasión fallara, mi madre esperó hasta el tres, y mandó cobrar.

Don Toribio, que tuteaba á todos, se había distraído, pagó, mandando este mensaje :

« Decíle á Agustina que extraño mucho que una señora tan rica le mande cobrar á un buen pagador. »

Á lo que mi madre retrucó : « Andá decirle á don Toribio que, si él vive de sus visitas, yo vivo de mis alquileres, y que cada cual sabe lo que pasa en su casa ».

Á la caída de Rozas, don Toribio, que no visitaba á la señora, se le presentó una mañana, con un paquete en la mano, y le dijo : « Ché, Agustina, tú estás en desgracia, aquí tenés cincuenta mil pesos, que yo no necesito, disponé de ellos ».

Mi madre no aceptó. Pero tan obligada se sintió, por aquel rasgo excepcional de generosa simpatía desinteresada, que frecuentemente decía :

Como don Toribio hay pocos.

Y nadie sabía por qué.

Yo lo supe al fin, como supe lo otro.

Supe algo más, para que se vea que no hay metal precioso sin ganga.

El poeta ha escrito :

> Y hediondo polvo y deleznable escoria
> Mi fatigado espíritu encontró.

Sí pues. La escoria apareció : un hombre rico

que grandes favores á mi padre le debía, imitó á don Toribio. Pero con esta diferencia : creyó que en la desgracia mi madre cedería á lo que siempre se habia negado...

Frente á lo de las Cateura, quedaba la panadería de *musiu* Adel, un francés de pelo en pecho, que parecía casado; familia tenía, y todos, madre é hijas trigueñas, eran ricotonas; de cuando en cuando, al pasar para la escuela, á Eduardita y á mí nos daban un bizcocho caliente.

Y *musiu* Adel y sus peones, cuál más, cuál menos, parecían no curarse mucho del qué dirán; pues siempre que estaban en la puerta era de traje, que casi renovaba el adantismo con un aditamento : mucha harina en la cara y en las manos, como Pierrot, y hasta en el busto.

No sé porqué por aquellos lados había tantas panaderías, dentro de un corto radio, y tantas boticas yendo para San Francisco y Santo Domingo, tantas ponderando.

Mi padre solía decir : buen negocio, siempre ha de haber quien coma pan; lo mismo horno de ladrillo, que, si no edifican, habrá que componer; y nada digo de las gallinas, que son huevos frescos, — y de los chanchos, que

tanto se reproducen, que no requieren cuidado. *Tempora mutantur*. Ahora hay la competencia y que cuidarlo todo. Mucho ó poco, todo vale.

Siguiendo, en la esquina, vivía la familia del Molino, culta, notable, porque una de las muchachas tocaba el arpa, Enriqueta creo, — raro.

9

Un detalle de poco momento para el lector, no para mí, que estoy como bañándome en fuente de Juvencio.

En la esquina de Tacuari, acera de tatá Tristán, por más señas, había una zapatería. Era de un español, ex-oficial carlista, hombre bilioso, si los hay, que con preguntarle primero si tenía zapatos de tres suelas, á lo que contestaba afirmativamente, y después si los tenía de siete, se ponía furioso, renegaba y hasta saltaba por sobre el mostrador para « corregir », decía, á esta canalla mal criada que no respeta las canas de la desgracia.

Pero nosotros pensábamos para qué te quiero pies y disparábamos como gamas.

En la otra acera, en una casa grande, vivían, y entraban y salían, muchos cómicos, quedando el teatro de la Victoria á la vuelta. Al lado, el señor don Juan Fernández, casado con misia Pepa Coronel, dama muy devota y estimadísima, con rostro de madona primitiva, — tenía la suya.

No hay que decir quiénes eran. Son archiconocidos, ligada como está la respetable familia con tanta gente de copete.

Por otra parte, ya lo traje á colación al señor don Juan, cuando hablé de mi tío el doctor Rivera, y todavía cuando me ocupe, si me ocupo, de mi primer suegro, el señor general don Prudencio Ortíz de Rozas (éste, sí, firmaba como es debido, y no como los otros Juan Manuel y Gervasio), del cual era socio, amigo y compadre, he de tener que volver sobre el pudiente estanciero.

Enfrente moraba el señor Plaza Montero, padre de Ángel, tipo varonil, — que se fué temprano, — y de remarcables bellezas, que casaron, la una con Benigno Velásquez, hijo del ricacho comandante del parque de artillería de Rozas, y la otra con Florencio Garrigos, contemporáneo que se extingue del grupo luminoso de Navarro Viola, de Ocantos

(q. e. p. d.), de Quesada, de Victórica, de Juan A. García y de tantos otros que se sobreviven, caminando, más ó menos pesadamente, hacia el más allá.

Esos cómicos, los principales (sólo de uno que hacia varios papeles en las *Tramas de Garulla*, no recuerdo el nombre), eran: la Trinidad Guevara (creo que Ladrón de), mujer hermosa, la Pepa Funes (después de la caida de Rozas se fué al Rosario...), Quijano, González, eran dos; Telémaco, que mis fantasías de niño y de lector de *El Telémaco*, asimilaban embrolladamente á éste, se fué á Entre Ríos; Pascual Ruiz y Ximénez, pardo éste de talento, que representaba con amor una pieza titulada *El Mulato*, desempeñando el papel protagonista.

Todos ellos, cómicos y cómicas me hacían un efecto inexplicable. Me parecían ¿cómo daré una idea de aquellas impresiones? me parecían superentidades.

Pascual Ruiz, por ejemplo, después de haberlo visto representar *Don Pedro el Cruel* armado hasta los dientes de reluciente acero bruñido, — era un hombre alto, bien formado, elegante, — me fascinaba de tal manera que si me hubiera

dicho: « vente, hijito, conmigo », creo que lo habría seguido hasta el fin del mundo.

Murió en Mendoza de escribano, me parece. Tenía variados conocimientos y su ley fué la federal.

La Pepa Funes, que hacía de gitana, en el *Trovador* me infundía no sé qué intranquilidad al verla en la calle.

No conocí á La Puerta (ó Lapuerta) el trágico.

Del célebre Casa Cuberta no hago memoria. Es sabido que murió en su ley, sobre las tablas, en Chile, en los « seis escalones del crimen ».

Sarmiento me ponderaba su gran talento, y nuestro don Bartolo me lo ha confirmado. En cualquier escena del mundo habría brillado. Su lote fué la America del Sur, — lo disminuyó.

Igual suerte habría tenido Talma. Cuestión también de momento,

Pues es nada la hora histórica y el grado de latitud en que se ve la luz!

Siguiendo para el norte, en la acera izquierda, entre Victoria y Rivadavia (entonces Federación), vivía el coronel Rabelo, — militar que no parecía hecho á dedo. Vestía siempre con muchos galones, era muy pálido y de mediana estatura

Decían que estaba cubierto de heridas, como Sandes después, y que tenía cabeza de mate.

Es decir, que una tapa hecha con corteza de calabaza, le cubría un agujero del cráneo por donde se le veían los sesos (¿lo habrían trepanado?) que así mismito era la cabeza del *pilón* La Madrid (1) y que, como éste, era muy valiente. Caminaba siempre acompasadamente, derecho, muy tieso el cuello, efecto del corbatín de ordenanza, duro como palo el charol ó la suela, — algunos eran de cerda, — lo cual acentuaba su aire de guerrero de la Independencia, tipo que nos llevó San Martín, copiándolo de los franceses que lo crearon y caracterizaron (pasó poco á poco con la guerra civil y las milicias en acción).

Todo esto y muchas otras circunstancias de barrio, — á las que se agregaba que el hombre era primer ó segundo jefe ó que algo tenía que hacer con el cuartel de Restauradores, — hacían de él una especie de personaje de leyenda hazañosa. De modo que pasar por allí, verlo en un cuarto á la calle fumando y sentir un no sé qué angustioso era todo uno.

(1) *Pilón* era su sobre-nombre ; quizá fué pelón al principio.

A la otra cuadra, otro personaje, que más que éste debía impresionarme, nada, nada me decía sin embargo.

Acompañado de alguno de los suyos casi siempre estaba tomando mate en la vereda, seguramente la de una embargada: allí vivió el señor doctor don Valentín Alsina vuelto de la emigración.

Hombre de poca estatura, retacón, moreno, con poco pelo de barba, sentado en silla baja de paja sin pintar, — parecía una figura de tierra cota etrusca. Cuando alguna visita llegaba: voy á llamar « la familia », decía, — y la familia consistía en la mujer, no teniendo hijos.

A mí, por ahí pasaba con frecuencia yendo á la escuela de Misia Candelaria Soria ó á San Miguel, — cuya cripta tiene unas ventanas con reja de fierro que jamás cruzaba sin sentir escalofrios, — á mí, me hacía muchas fiestas, conociéndome muy bien, y yo al volver á casa no fallaba en decir:

Mamita, he visto á Salomón!!

Él era.

Pero nada, lo repito, me decía...

A otros debía hacerles el mismo efecto que á mí cruzar las rejas de la cripta de San Miguel, — helárseles la sangre...

De Misia Candelaria Soria ya llegará el momento de que nos ocupemos con más devagar; lo mismo quizá del maestro Sierra, — el único después del señor don Juan Peña, que algo de provecho consiguió meterme en el magin.

Vivía frente á lo de Salomón, que ya se había mudado.

Antes de ponerle punto final á aquel sectario terrible de la Santa Federación, — diré que, cuando el señor general don Pascual Echagüe vino á Buenos Aires, allí, en esa misma casa, paró.

Conocí entonces á Leonidas, con el que hemos sido siempre, empleando la palabra en su aceptación lata y usual, amigos.

Es algo.

A su señora madre, — como era entonces no la veo. Hago sólo memoria de la que muchos años después tuve el gusto de volver á ver en el Paraná. A los chicos y á los grandes de aquellos

tiempos, — las damas no nos impresionaban. Oribe, Urquiza, Lavalle, Paz, Pacheco, Acha he ahí nombres sensacionales! Mujer, « la niña », como mi tío le decía, Manuelita! esa era una excepción. Era, como en tiempos del Gran Rey, *Mademoiselle*.

Pero al general sí lo veo, me acuerdo muy bien del « Restaurador del sosiego público. » Vestía una chaquetilla muy vistosa con alamares de oro. En vez de describirlo menudamente me reduciré á traducir mis impresiones arraigadas de niño en una sola frase: era un hombre de fisonomía blanda.

Ahora tenemos que volver para atrás. Al hacerlo, pasemos por Rivadavia, dando vuelta. Hay contactos inesperados.

Allí vivía, en finca mirando al Sur, que casi se tocaban por los fondos con Salomón! un comerciante portugués muy estimado, el señor Rocha (Antonio).

Con Adelina, su hija mayor, ¿qué se haría? estuvimos en la misma escuela, y con Patricio nos tratamos hasta cierta edad.

Por ahí también estaba la casa de comercio del señor Ochoa, español respetable, — que tronó.

Quedaba entre Suipacha y Piedras, desde que miraba al Sur.

Por los dedos se contaban los portugueses que tenían casa de comercio en Buenos Aires en aquellos tiempos. Pero todos ellos, por lo que yo oía, eran más ó menos fidalgos adinerados apreciabilísimos, como, verbi-gracia, el señor don Juan Souza Monteiro, el cual edificó una casa de gran confort interior, que fué después de Carlos Urioste, marido de Máxima Rubio. Por fuera, está como la hicieron. La he visto no ha mucho. Queda en la calle Perú, mirando al río, al llegar á Méjico, si no estoy trascordado.

Era el señor don Juan Souza Monteiro un hombre obeso, comilón, bebedor de exquisito Oporto, obsequioso, servicial.

Su casa de comercio quedaba en lo que se llamaba la « Plaza Chica », no sé por qué. Es decir, cerca del Correo, de la Aduana ó por los alrededores de Santo Domingo, en Bolívar, al llegar á Belgrano (la calle de los Huergo, de los Senillosa, de los Martínez de Hoz, siendo Balcarce la de los Casares, una tribu).

Ese local, muchos años después, lo ocuparon Leopoldo Lanus y sus hermanos Anarcarsis, Teó-

fiTo, Juan, hijos del señor don Juan (*Lanusse* originariamente, pues era francés). Todos esos apellidos representan casa donde yo he jugado — caras y amabilidades (de todo) que no puedo olvidar ni olvidaré.

Otro portugués, personaje original de aquel tiempo, — era Gómez de Castro, gran federal, morlaco ó medio loco (ó lo fingía), muy platudo, decían, que guardaba las onzas de oro en botija y vivía solo en una quinta, con gran edificio, por la calle larga de Barracas.

Andaba siempre á caballo.

Aunque extranjero, el chaleco colorado no se le caía, ni la divisa con Federación ó muerte!

Se vestía bien, ostentando nítidas pecheras de camisa con tres botones de brillantes gordos unidos por una cadenita como los de las « piernas » del barrio del alto (¿volverá la moda?). Alardeaba de pulcritud. Y yo he oído esta réplica suya un día que lo cargaban : « para saber si el que se dice caballero es decente, hay que verle los pies sin medias. »

¡Qué se haría la fortuna de Gómez de Castro? ¿Y la de Monteiro, á qué manos pasaría?

Era aquel visita habitual de la casa de mi tío

Juan Manuel, que no cesaba de embromarlo con Manuelita, cuya blanca mano (decía) solicitaba.

Sigamos por Rivadavia, demos vuelta por Buen Orden hasta llegar á la esquina de Potosí. Aquí, en una casa muy vieja, vivían las de Genela. No sé más. Por ahi, en la misma acera, tenian escuela unas señoras muy acreditadas; — las de Ytuño

En la otra cuadra, yendo para la quinta (!!) de Guido, vivían, en finca grande, los Lastra. Eran muy unitarios. Pero yo iba á la casa, donde me trataban cariñosamente.

Enfrente ó por ahí, — ¡qué ironía! vivía don Pedro Burgos, coronel, amigo y compadre, y de los más calientes partidarios de mi tío Juan Manuel. No tenía malos sentimientos, siendo redondo como un tonel. Si le decían Jesuitas, no entendía; había que hablarle en su lengua y que decirle *jesuditas*. Era esto cuando los de la Compañía andaban de capa caida, por lo que ya se sabe.

Una ocasión en que censuraba la inacción de su hombre, queriendo significar que estaba muy apoltronado, — *apotrado* le dijo á él mismo en sus barbas.

Por estos lados vivía lo que llamaban el *paquete* Garmendia, padre de José Ignacio? lindo mozo, cultísimo, muy señor, como ninguno elegante, y, como dicen los franceses, *toujours à quatre épingles*. Cuando las sirvientas que tomaban el fresco en la puerta de calle gritaban : ahí viene el paquete Garmendia, los que jugábamos á la rayuela en el patio ó en la vereda interrumpíamos la diversión para ver desfilar á tan apuesto y gentil caballero. Parecida sensación producía Pepe Guido, menor que yo, en su petizo, yendo para la quinta ó viniendo de allí para el centro. Los sirvientes me chafaban si alguna vez, herido en mi amor propio, decía : á mí también me van á traer un petizo del Rincón de López (la estancia de mi padrino Gervasio Rozas). No mentía. Me habían repetido tatita y mamita : si tienes juicio tendrás petizo, y si no, nó.

Al fin lo tuve.

Pero me ajustaban las piernas con correas; otro motivo para que los sirvientes me mortificaran

cuando no andábamos bien : ¡ qué vergüenza ! me decían, el niño Pepe y los Livingston, mucho más chicos que vos, al galope solitos ; y vos, vestido de militar atado como un mono, al paso, dando vueltas por la manzana, cuidándote tío Tomás.

La verdad, era ridículo, siendo la diferencia de edad considerable.

¡ Eh ! no había remedio.

Lo de éste es un « carguiñas », se repetía, dando á ello lugar mis miedos de todo y el exceso de cuidados, de prohibiciones. Era la vida en un fanal.

Quiso mi madre probar una vez mis bríos. Me mandó enfrente, á pocos pasos de allí, á preguntar algo (era un pretexto), en lo de Cándido Pizarro, que vivía al comenzar el paredón de las Monjas.

Me volví azorado.

Me lo leyeron en la cara.

¿ Y ?...

Mamita, si, había una carreta.

¿ Y ?...

¡ Y si me daban una *cuerneada* los *güelles !*

Á manera de hilo conductor establezcamos quiénes vivían entre la esquina de las de Genela, — calle del Buen Orden y la de San Pío. De ese modo se verá mejor la ubicación de las casas.

Cerca de la del señor Arrotea, — pongo siempre señor porque así me lo enseñaron, cuando lo omitía, mi madre me observaba : será tu hermano, — casi al lado, vivía el señor doctor don Baldomero García. Era de los íntimos, muy aparcero de mi madre; se tuteaban, aunque las edades discrepaban grandemente.

El abogado y el político poco tienen que hacer aquí. Á su mujer yo le decía mi tía Mariquita. Se querían con mi madre. Fué matrona de excepcional mérito. El señor don Baldomero era tan hábil abogado y entusiasta federal cuanto inhábil comensal. Había que pelarle los duraznos. Tampoco sabía atarse la corbata. Distraído, no se veía las manchas que pudiera haber en su ropa.

Hablaba á borbotones. Pero su decir era elo-

cuente. Una vida suya sería un libro lleno de interés social y político, como que tuvo aventuras varias en varios sentidos. No era linda su cabeza, al contrario. Pero tenía cierta expresión dantoniana envuelta en abundantes negros cabellos ensortijados. La irradiación del alma oculta ó apaga las deformidades ó las imperfecciones físicas.

Era su particular amigo el conspicuo doctor don Eduardo Lahitte, y su practicante predilecto un hombre diminuto de los pies á la cabeza, pero de elevada estatura intelectual, que vivió poco, desgraciadamente para los suyos y para el país, dejando un hijo de su mismo nombre, Marcelino Ugarte, del cual algo bueno diría si no fuera que es gobernador; y « no me cuadra el candidato », como alguna vez me dijo espiritualmente otro hombre que ha dejado un nombre, — me refiero á José María Gutiérrez, con el que Dios quiso que no cruzáramos espadas ni balas.

El señor doctor don Eduardo Lahitte, aunque muy federal y de filiación Dorreguista, lo mismo que el doctor García, y lo mismo que ellos sus respectivas esposas, iban poco á casa de Rozas, en la ciudad, y mucho menos á Palermo, — lo cual no significa en lo más mínimo que no estimaran y

quisieran á Manuelita, ni que su adhesión á la causa del Restaurador de las Leyes, vengador de Dorrego, no fuera completa.

Las damas eran poco mundanas y los caballeros muy maturrangos.

Yo entraba en casa del doctor Lahitte con recogimiento.

Sus muchos libros, que al pasar por delante de las ventanas ó al cruzar el zaguán tenía que ver, — me imponían respeto.

Era de las pocas casas que tenían portero, siempre un español más ó menos cerrado, según la provincia de la península.

El italiano no había comenzado aún su éxodo de inmigrante. De España, en general del Ferrol, de la Coruña, de Vigo sobre todo, — sí llegaban muchos barcos de vela, rebosando de trabajadores, aprensados como sardinas, cuyos consignatarios más sonantes se llamaban Enrique Ochoa y C.ª, Jaime Lavallol é hijos.

En cierto sentido eran como cargamento de esclavos.

Husmeando se vería confirmado : que el esclavo se hace liberto y el liberto se hace señor, — ca-

paz de comprar el más pintado de sus primeros dueños.

La mencionada casa de Lahitte tenía altos exteriores é interiores y jardín en el fondo, — plantas por doquier, flores arriba, flores abajo. Esta circunstancia y la otra, — me trae á las mientes una anécdota que tiene su chiste.

Mi tía Ciprianita, — eran « mis tíos » todos los amigos predilectos de mis padres, — llamó un día al portero y le dijo: « Vaya usted á casa de la señora de Plomé (quedaba á la vuelta en la esquina de Rivadavia, que ahora hace cruz con el Gran Hotel, y lo de Lahitte en Chacabuco entre Rivadavia y Victoria, á mitad de la cuadra, mirando al sur), y dígale que ahí le mando esas florcitas, que sólo tienen el mérito de ser de mi jardín, y muchas memorias, que tengo muchas ganas de verla. »

El argos salió y volvió con la retahila de cajón : « que muchas gracias, que están muy lindas », etc., etc.

Á los pocos días mi tía y su amiga se encontraron :

— ¡ Y cómo nos hizo reir tu gallego. . . . Imagínate que insistió en verme. Tenia visitas.

Pero de confianza. Que entre. Entra : « Señora, manda decir mi ama que allá están todos buenos, que cómo siguen por acá, y que aquí le manda este lindísimo ramo de flores de su jardín, que tienen mucho mérito. »

Misia Ciprianita, recién sentados á la mesa, refirió el caso.

El señor don Eduardo, que era lo más cumplido y moderado no pudo sin embargo contenerse.

Sale, llama, le contestan, y entra en materia diciendo entre otras cosas, que le entendieron ó nó :

— Pero, hombre, qué, ¿no tiene usted sentido común?

« ¿Para qué es usted portero entonces? »

Retruque :

— ¿Sentido común?

« ¿Y quién le ha dicho á usted, señor dotor, que un portero está obligado á tener eso? »

Horas que siempre me parecieron cortas pasé en aquella casa, — con Ciprianita hija, Manuela, Eduardo, Alfredo, en mi pubertad. *Doux souvenir de l'enfance*...

¡Cuánta obsequiosidad espontánea! Aunque quisiera olvidarlo, no lo olvidaría.

Á estas *saudades* les llamo yo la nostalgia de los sitios gratos, del nido.

Enfrente tenía gran casa de productos del Interior, industria del país, muerta por otras que no nos dan mejor ni más duradero, don Martín Posse. Allí conocí á Alurralde, que casó con la buena y virtuosa Teresita Lanus. Me hacían muchas fiestas. Con cariño los recuerdo. Esos alrededores, ese barrio, tenían como se ve, gran gancho para mí, ya anduviera por Victoria ó por Rivadavia. Por esta calle tenía que llegar al Registro de Fresco y Villar (Villar era hermano de Eusebio, ayudante de mi padre, muy correcto y muy menudito, le llamaban « gallito de papel »). Por aquella que pasar por los Registros de Torres, don Macario, — siempre riente, y del señor don Manuel Ocampo, siempre afable, y de los Drago, de los Ortiz Basualdo, tan señores, y de los Urioste y de los Pérez del Cerro, leones de la moda. Todo esto quedaba dentro de las manzanas, comprendidas entre Chacabuco, Bolívar, Rivadavia y Victoria. Aquí, en ésta, estaba la antigua tienda de Cueto. Siguiendo para el río, por Victoria, había varias mercerías, entre ellas las de Nevares y Blaquier.

En cuanto al señor don Eduardo, sin que por ello se disminuyera mi respeto por su saber, — confieso que, siendo ya un mozalbete, me pareció algo pedante.

Decía « Lamarten » y no Lamartine, haciendo sonar todas las letras, y un día me sostuvo que *blondo* no era español, sino un galicismo, refiriéndose á mi traducción *Los Proscriptos*, de Balzac. *Inde ire*. Resentimiento aparte, — ¿qué digo, si de aquella censura nada me queda?

Al contrario.

La memoria del abogado prototipo de honradez vive en mí, y en el foro Argentino su recuerdo ejemplar, como vive en los anales de Francia la del anciano que en el último tercio de la vida todavía prestó eminentes servicios á su patria. Me estoy refiriendo á Adolphe Thiers, á quien físicamente y como si fuera su *maqueta* (1) se parecía mucho el doctor Lahitte, — de origen francés, conspicuo de prosapia.

(1) « Maqueta », digo, y no *maquette*, como en francés, porque no obstante su riqueza, mi lengua española carece de vocablo que diga lo mismo. Y « maqueta » acabará por triunfar, como ha triunfado *gusto* en la literatura inglesa, y no *goût*, en el sentido estético ó de cosa de buen ó mal gusto.

Casi frente á lo del señor don Baldomero vivía un médico : el doctor Fontana, que no fué el padre del meritorio explorador Luis Jorge Fontana. Éstos son otros López.

El ilustrado militar fué hijo de un escribiente de suma confianza de Rozas.

Del primer doctor Fontana lo que más tengo en la memoria es que siempre oía decir de él : « es muy buen sujeto », y su caballo.

Los médicos de entonces no usaban coche, no había cómo.

Las calles que estaban empedradas eran un suplicio ó un pantano, con su correspondiente cuadrúpedo por morirse dentro del barro ó hinchado como un odre, agusanado ya, — anunciando la pestilencia, — su proximidad.

El 3 de febrero, día de la batalla de Caceros, ó de la caída de Rozas, en la calle de la Piedad, frente mismo á lo que es ahora la Bolsa, — mientras mi tío, vencido, se embarcaba para el viejo

mundo, un pobre mancarrón pujaba hundido en el lodo, hecho *matete*, por no irse al otro, — sin que alma viviente pensara en socorrerlo.

Seguramente que cuando reventó, la explosión se confundió con algunos de los ruidos siniestros que con sorpresa y pavor de todos, — venían de Palermo anunciando medidas drásticas de tal naturaleza que eran como para augurar el 11 de septiembre.

Ese caballo, esos caballos, — los de sobrepaso especialmente eran muy buscados, — mansos, de lo más manso, de dejarlos con la rienda caída (generalmente los ataban del cabestro al poste más próximo), tenían para los muchachos del barrio y para los que pasaban tres cosas buenas como las galletitas de Bagley, que ya no hacen furor: mansedumbre, silla inglesa basteada, economía. ¡Un médico en recado! *Risum teneatis.*

Creo que en Buenos Aires no hay un solo viejo (excepto yo, tan flojonazo) que no haya hecho sus primeros ensayos ecuestres en caballo de lechero ó de médico.

Mi pariente Manuel Mansilla, el cuasi centenario, Victoriano Cabral y Miguel Cuyar, ménores Bernardo Irigoyen, Benjamín Victorica, — y don

Bartolo desde luego, el único gaucho de entre ellos, cuántas veces no estuvieron espiando al doctor tal ó cual para jinetear un rato mientras él hacía su visita ó sus visitas.

Á veces acontecía que el médico, antes de despedirse, decía : « Señora (ó señor), ¿quiere usted mandar ver si está mi caballo? »

El sirviente iba y volvía con esta noticia : sí, está; ó, todavía nó.

Si lo último, había que tener un poquito de paciencia. Los muchachos no abusaban, — aunque á veces montaran dos y hasta tres en el mismo *flete* de pelo tordillo (era el del doctor Brown) por aquello de que la ocasión la pintan calva.

Por lo demás, el *dotor* nunca se enojaba por eso. Al contrario : los más pacientes, es raro que un médico no lo sea, — todavía saludaban diciendo : « Gracias, amiguitos. »

En mi barrio, los Arrotea, los Murga y los García (hermanos de Fernando, el pintor tan apreciado bajo todos conceptos) eran la piel de Judas, y nunca jamás gastaron un real cobre en alquiler de caballo para divertirse.

Los médicos de campanillas tenían por lo común el caballo en su casa.

Los otros en caballerizas centrales.

El barrio, mejor dicho, la çalle de éstos era, y por su proximidad al puerto fluvial, la calle también, persiste, de cierta familia más que alegre, — la del « 25 de Mayo ».

Los dueños, entre cuya clientela principal se contaban los oficiales y marineros de los barcos de guerra extranjeros, — que nunca faltaban, *chapetones* á cual más, *charqueando* siempre, — eran todos ingleses ó irlandeses.

Por los suburbios, — nada lejanos ¡ el perímetro urbano era tan reducido! no hay más que pensar en las tropas de carretas que campaban en la plaza Monserrat y en la quinta de Guido, una manzana, al sur del mercado viejo, calle Potosí, esquina Zeballos, y en la quinta de Riglos, frente al Socorro, y en la de Estrada y en la de Torres (el señor doctor don Lorenzo), un poco más allá sobre la barranca; por los suburbios, decía, sólo uno que otro criollo tenía caballeriza, siendo al mismo tiempo pastero.

En cuanto á esos ingleses ó irlandeses de la « calle del 25 » (nadie en mi tiempo le ponía el Mayo) algunos de ellos se enriquecieron y sus nombres están incorporados á lo más *chic* de

Buenos Aires, — como sucede con otros de otras nacionalidades que vendían carnes de cerdo, chorizos ó naranjas.

« Los últimos serán los primeros ».

El hijo del país va cayendo en cuenta.

Con excepción de unas pocas familias con raíces hasta las antípodas, los demás se deshacen como elemento fungible...

El comprador de su patrimonio resulta un pobre inmigrante que llegó treinta años antes resuelto á hacer del trabajo, de la oferta y de la demanda la ley de su vida, reforzada por el ahorro y la economía.

Nada de aparato entre sus ideales.

Sus batallas son con las reglas del interés compuesto.

Estudia el Código, el de Comercio ante todo.

No lo preocupan sino como hecho diverso las elecciones, ni el modo, por consiguiente, de hacer una mayoría con vivos ó muertos.

En todo caso, su preocupación es cómo se adulteran mejor y más económicamente las materias alimenticias.

Pecado venial en materia de industria.

La higiene vela.

Y la estadística, que demuestra hasta lo que no es, consuela.

No es que no ame al país. ¡Nó! Lo quiere. Hasta se ha casado en él. Ha hecho de sus hijos algo. Todavía hará más : les dejará con que vivir; no tendrán que trabajar. ¿ Trabajar ? Y el vasto campo de la política, de las aspiraciones que enaltecen, de los anhelos de justicia, ¿quién lo fecundará? ¿El inmigrante? Su misión es otra. Ambos deben ser útiles, en su esfera de acción. Está bien. Pero, como dice Ruskin, ¿qué significa « útil » y cuál es la naturaleza de la utilidad?

Al lado de lo del doctor Fontana, en casa propia, creo, es decir, casi frente á la mía en fincas de la propiedad de mi padre (todo eso y dando vuelta por Tacuari hasta tocar con lo del señor don Marcos. Agrelo era suyo), vivía, comienzo por orden inverso, en una pequeña casita, tocando lo de San Pío, un español, Prado, casado con una señora recomendable que denominábamos Misia Mariquita la Malagueña.

De allí pasaron á la calle Victoria, donde tenían mueblería. Un hijo en el que se miraban lo perdieron. Fué doctor en leyes y ponderaban sus aptitudes mentales.

Pero siendo un recoquín delgado, macrocéfalo, sentenciado por tanta cabeza vino al mundo desde la cuna, á pasar por este valle de lágrimas como apagado meteoro.

Mudado Prado, ocupó la casita gratuitamente mi tía Rosalía Lemos de Mansilla con Juana su hija menor.

Carlota, la mayor, vino á casa en calidad de ama de llaves ó cuidadora, mejor dicho, como persona de confianza.

Todo lo que Juana tenía de fea, Carlota tenía de buena moza.

En medio de tantos parientes, el lector se ha de confundir un poco cual caminante en tupida selva.

Lo ayudaré á orientarse. Hace á mi propósito.

Mi tía Rosalía era la mujer de mi tío Justo, la madre por consiguiente de Adolfo Mansilla, ó sea del jefe de la casa Adolfo Mansilla y C[ía], de la que después fue gerente Braulio J. Vidal, oriental (1).

(1) El señor Vidal, su padre, era emigrado *blanco*. Tenía otro hijo, Adolfo, y dos hijas mujeres Adelaida y

En dicha casa de comercio, Adolfo soló puso el capital de su talento natural, la experiencia de los negocios que había adquirido en la del señor don Juan Souza Monteiro, como dependiente, sus seducciones instintivas de hombre de salón, su buen porte, su linda cara, sus modales fáciles, su entusiasmo federal, — y, sobre todo, la flaqueza inaudita de mi padre, á quien dominaba, tanto que por él hubo que vender las referidas fincas de las calles Potosí y Tacuarí..... que impunemente no se va á París en tiempo de Napoleón III y se come en palacio y se roza un sudamericano con los Aguado, con Morny y la princesa Matilde.

Iba diciendo quiénes vivían frente á lo del señor don Juan *Injuinto*, — repito que por éste y no por su otro recto apellido se le conocía; lo mismo que nadie conoce el *Calvados* por el nombre del navío de la invencible Armada que naufragara en las costas de Normandía sino por lo que el uso popular ha querido.

Manuela. Era hombre platudo. Vivian modestamente en la calle Chile, entre Piedras y Chacabuco, un canal profundo sin agua. Gente respetable. No sé qué rumbo tomaron. Braulio sufrio del delirio de las grandezas y contribuyo así, queriendo lo contrario, á la caida de la casa Adolfo Mansilla y Cª.

¿Y entonces?

Tenemos que detenernos largo rato en la casa que lindaba con la del médico Fontana.

Fueron los principales inquilinos de mi padre (ya hablé del médico Ayerza), mi primo Juan Manuel Ortiz de Rozas, casado con Mercedes Fuentes, léase, los padres del actual Ministro de Hacienda de la provincia de Buenos Aires.

¿Quién lo diría?

Así va el mundo.

Y qué hacerle.

Cuando se tienen cualidades y constancia y un propósito, querer es poder.

Juan era amigo de mi padre, Mercedes de mi madre. Juan no fué un exponente político. Fué un buen federal y ¡qué otra cosa había de ser! y un buen hombre muy de á caballo y algo travieso. Merceditas fué una consorte paciente, lindita, en estremo agraciada y, como todos los de su familia, católica, apostólica romana, practicante y caritativa.

Vivió allí también un coronel oriental emigrado blanco, Revilla, hombre moreno como hay muchos, ni alto ni bajo, casado con una señora gallarda, algo gruesa, de grandes ojos negros, se le

iba uno, — que enviudó de Revilla y se volvió á casar con un señor Espina, Cónsul oriental, de Oribe, emigrado blanco también. Todavía no concluye aquella tragedia ¡qué fatalidad!

Buenos Aires está lleno de blancos emigrados, gente principal, mucha de ella, reemplazando diré así entre muchísimos otros á los Carreras, á los Acevedo, á los Suzviela, á los Silva, á los Palacio, á los Wiche, á los Vidal, á los Rodríguez, á los Lapido; recuerdo muy bien á Octavio el elegante, y á su padre, que tenía algunos lindos cuadros que el mío compró.

Pero el cónsul *ut supra* no le hacía sombra á la señora porque era rubio y menudito, aunque de aire desenvuelto y marcial. Buenas personas todas era la voz corriente. No se visitaban con mi madre, — que tenía sus manías ó sus por qué

Mi padre sí, iba de vez en cuando enfrente.

Cuando estos inquilinos se mudaron (ó antes, lo mismo da), ocupó la casa un personaje de gran entidád: el general oriental emigrado don Antonio Díaz (1), hombre de mucha letra menuda, español, de vasto saber, hasta pintor, alto, cortés,

(1) Era pariente del general César Díaz, de trágico fin y alguien decía que tenía sangre real... un intringulis.

medido y de marcada distinción, — prendas todas que los modales campechanos de su consorte, Misia Mariquita, ponían más en evidencia.

Centro alegre como aquél no había otro en todo Buenos Aires.

Siete eran los de la familia, — no hago memoria de más.

Eduardo y Pablo, los menores, ¿vivirán? ¿Y Antonio el mayor? No sé qué se ha hecho. Lo quise mucho. Estuvo en el ejército y hasta publicó una obra muy abultada. — que la envidia ó la malicia atribuyeron á su padre.

A mí me sorprendió.

Las mujeres eran cuatro : Alcira, Fátima, Orfilia y Micaela.

Fátima era muy parecida en la cara á su padre, alta, elegante, ágil, — llena de fuego, — valsaba como una austriaca, que es la valsante más arrebatadora.

Alcira era una..... nó, no voy á describirla. Si hay en mi paleta colores que combinar, — el pincel me traicionaría en el intento de expresar la idea, el ritmo de las líneas, la exactitud de las tonalidades en sus relaciones con el colorido y la armonía dominante.

Me refugio entonces en Calderón :

> Pronto verás que te engañas,
> Y que Leonor no es mujer,
> Sino deidad soberana.

Se discutía esta belleza. Algunos decían : la cara de Carmen Saavedra me gusta más. Otros, la de Angustina Rozas.

Cuestión de predilección estética.

Pero Alcira tenía una cintura flexible y movimientos indefinibles de bayadera que no eran característicos de la gentileza de las otras; de suerte que la cuestión se zanja así : con las tres, Rubens habría hecho unas tres gracias reales.

Don Antonio se fué del barrio de San Juan casi al otro mundo, nada menos que á la quinta que ahora es el Parque Lezama, y no se fué con la música á otra parte, — sino que siguió con ella.

Nadie medía la distancia, los precipicios del camino con sus monolitos, sus barriales, sus veredas más ó menos enladrilladas.

Aquella sala estaba eternamente llena de visitas, lo que quiere decir que el baile se armaba en el acto, con piano ó con guitarra, y si no había parejas aficionadas á las cuadrillas, al vals ó la

contradanza, sino al pericón, — pericón se bailaba ó gato ó minuet federal.

❧

No sé si aquella generación tenía más necesidad de olvidar algo, de aturdirse más que ésta de ahora; lo que comparando veo, y lo veo visiblemente, es que nuestros abuelos tenían mejor humor que nosotros. Con poco se organizaba una fiesta. Sólo la luz escaseaba.

El mate era como la cerveza en Alemania. ¡Qué gran recurso! Son muchas las razones que lo han desterrado de los salones. Entre ellas figura la higiene. No discuto. Pero conozco familias que lo toman á escondidas y son de las primeras. No volverá el uso. Sí volverá el del cigarro. Es claro vivimos imitando, y en París y en Berlin y en Viena y en Roma y en Madrid y en Londres mismo, — ¿*la cigarette* no es muy *chic?*

En San Petersburgo, el sexo bello no desdeña un puro, como nuestras correntinas, aunque no sea lo general.

Lo confieso, es costumbre que prefiero que no comparta conmigo mi mitad.

Pero tengo también que convenir en que he conocido y tratado mujeres fumadoras, — verdaderas chimeneas, — que en la intimidad y en los salones no hacían el efecto de los olores sedativos; y que no sé qué arte tenían para no oler á hombre.

Vivió después en esa quinta don Carlos Horne, norteamericano, corredor marítimo, — gringo federal. Usaba *corbata* colorada. Esta familia se deshizo, se rehizo y por último se extinguió al parecer herida por todo linaje de infortunios.

Era sin embargo don Carlos un hombre de bien. Sus hijos Carlos y Eduardo (este último, de mi edad, se casó con su tía Patricia, si no digo mal « tía »).

Carlos, ¡desgraciado! teniendo yo diez y siete años lo vi un día en la Avenida de los Campos Elíseos. Manejaba, con una elegante loreta al lado, un fantástico faetón tirado por cuatro soberbios caballos.

Á los pocos días desapareció y sus horrorosas peripecias terminaron con una condena á..... en Inglaterra.

En cuanto á Alcira, la sin par, casó con

hombre de gran apellido colonial, — el más bello y suntuoso de su generación, siendo de valiosos diamantes hasta las hebillas de los escarpines con que concurría de calzón corto y media de seda blanca á los grandes bailes.

Pasó... el honor no es oro constante y sonante.

Para completar el diagrama ó esquema del barrio de donde nos habíamos alejado, — tenemos que desandar el camino que hay entre la iglesia de San Juan y la quinta de Lezama, estilo antiguo.

Lo que antes duraba una hora y era duro, ahora se hace en pocos minutos y es ameno. No hay más que tomar el *tramway*, ó el tranvía, como dicen en España. Si nuestros abuelos se alzaran de sus tumbas sagradas y vieran estos cambios inesperados como decoraciones teatrales, — desde luego que empezarían por restregarse los ojos, por olfatear y parar la oreja; lo primero, para asegurarse de que no eran víctimas de una ilusión óptica; lo segundo, para percebir bien los efluvios;

lo tercero, para que los tímpanos vibraran sin confusión de las ondas sonoras.

Las perspectivas de ahora no son las de antes: la facha de los hombres y de las mujeres y el exterior de los edificios todo ha cambiado.

Los olores de Buenos Aires, que antes, con viento del sur, eran los de los saladeros; con viento del este los de la playa, con ó sin resaca, con ó sin pescados putrefactos y más ó menos poluciones del río Barracas desembocando en el Plata; y con viento del oeste y del norte los de los hornos de ladrillo que ardían con osamentas y charamusca de todo género, — son ahora *sui géneris* en su combinación; cada nariz los siente según su delicadeza.

Los ruidos... aquel silencio casi sepulcral en medio de una obscuridad caótica penetrada apenas por el pestañear en lontananza de uno que otro farol agonizante, era sólo interrumpido, á ciertas horas, por el remoto ladrar de los perros, por uno que otro jinete que pasaba, por uno que otro vehículo que intentaba pasar sin cuarta, — por el hondo pantano pegajoso ó por sobre la piedra enorme interpuesta en la senda anfractuosa, ó por un inmenso lejano rumor intermitente, seme-

jante, se me ocurre, á la voz de aquel Estentor famoso que, según canta Homero, dominaba la de cincuenta hombres juntos: el crujir de las carretas tucumanas y otras menos clásicas, que llegaban á las plazas ó huecos y al Bajo, — formando en batalla con sus ánforas larguruchas como sarcófagos ahí no más, por el Retiro y un poco más acá todavía, que poco muy poco, les faltaba para estacionarse con sus boyadas en la plaza de la Victoria á las que venían triunfantes del Interior con meses de viaje; habiendo escapado, combatiendo á veces, de toda clase de indios: los del Chaco, los de la Pampa, que llegaban más al Norte del actual ferrocarril Central, de federales y unitarios, necesitados, de toda clase de gauchos malos en fin.

Entonces se podía dormir á pierna suelta, los rumores arrullaban...

Ahora, tarde de noche, todavía se estremecen las paredes; temprano, aun antes de rayar la aurora, — los cornetines y las vibraciones comienzan, y con ellos la agitación febril de la metrópoli, que como todas las grandes ciudades populosas, tiene sus vistas propias, sus olores peculiares (en París es á manteca y nabos coci-

dos, en Roma á queso y aceite de oliva) y sus rumores propios.

Las vistas son un tanto monótonas, efecto del espíritu de imitación ; los olores son algo parecidos á los de Génova, purificados ; los ruidos hacen recordar las grandes ferias de Neuilly (que vale la pena de ver tanto más cuanto que, de paso cañazo, París está al lado).

❖

Estando de vuelta del como paseo á la quinta de Lezama, — prosigo con lo otro : calle Tacuari entre Alsina y Moreno (uso indistintamente los nombres viejos ó nuevos), residían el señor don Marcos Agrelo (ya mencionado), y residieron sucesivamente en una casa alta y baja sombría, la única de la cuadra, — entre otras, — las familias del señor don Juan Lanus (compadre de mi padre) y de don Julián Murga.

En esa casa alta y baja estuvo el colegio de Monsieur Larroque ; después, y mucho después, un colegio de niñas, internas y externas.

Á la otra cuadra, sobre la derecha, yendo siempre para el sur, vivia el ingeniero Romero (padre del que murió coronel de ese nombre).

Me ocuparé sucesivamente de todos.

Mas antes quiero referir un caso raro de economía doméstica.

En dicho colegio de niñas, presentóse un día un caballero con una joven que puso á pupilo. Él se iba á Chile.

Era tucumano. Publicó algún libro que dedicó á Mitre. Es todo cuanto puedo decir. Sigo.

De repente comenzó á circular en el colegio un rumor. Crecía con el abdomen de la joven aquella. La directora se decidió... interrogó, exhortó, ofreció indulgencia.

Cuál no sería su sorpresa cuando sin preámbulo alguno la educanda dijo :

— ¡ Pero si estoy embarazada de mi marido !

— ¿ De su marido?

— Sí, pues, del que me puso aquí.

— ¡ Pero si yo creía que era usted su hija !

— No, señora : soy su segunda mujer.

Todo no había sido más que un cálculo sugerido por el egoísmo marital desde luego, y por

aquello quizá de « es de vidrio la mujer y no se debe probar... »

Aquella casa debía tener algo; fué teatro de otra escena de otro género que, por tener otro color, aquí va para matizar la referencia.

Monsieur Larroque, siempre se le llamó así, acababa de establecer su colegio. Tenía de coadjutor al doctor Fontán ya mencionado.

Monsieur Larroque estaba. Fontán había salido. Anuncian una persona. Se explican. Decía saber varias lenguas, entre ellas griego. (Después, cuando llegue á la educación de mi hermana Eduardita conmigo diré su nombre; ha dejado varios volúmenes de cosas que no carecen de utilidad.)

Monsieur Larroque, aunque algo crédulo, pensó: que sepa inglés, francés, español, latín mismo no me sorprende: es gibraltarino, son políglotos. Pero griego, no creo. Enfin, veremos. Hablaré con Fontán...

— Caballero, le dijo, tenemos ya profesores de

todo menos de griego; una clase de esa materia llamaría la atención, sería un reclamo admitido, no puedo empero resolver nada sin consultar con el doctor Fontán. Venga usted mañana á tal hora.

Enterado Fontán, que era un tantico escéptico, observó : ¡ qué griego ni qué historia, hombre! ha de ser algún trapalón.

« Mire, hagamos esto. » Y trazó su plan.

Al día siguiente se presenta el profesor. Fontán le pregunta algo (en griego, naturalmente, pensará el lector).

El profesor contesta.

Monsieur Larroque pregunta :

— ¿Y qué es eso?

— ¿El señor, responde, el señor me ha preguntado si me gusta Buenos Aires?

— No señor, arguye Fontán ; le he preguntado á usted qué cuanto tiempo hace que está aquí.

Sigue una nueva pregunta. Larroque hace la suya. El profesor se turba, resultado : Fontán hablaba en vascuence, el otro en lo que se quiera,

Confesó sus penurias... afirmó que tenía una tintura de griego, que esperaba aprenderlo un poco más enseñando (acontece) y que, por cualquier cosa, enseñaría inglés.

Monsieur Larroque, siendo muy bueno, lo tomó, y Fontan, que no sabía inglés, decía: « ¿no irá á aprenderlo enseñando? »

8

El señor don Marcos Agrelo, cuya amistad con mi padre provenía de que el célebre doctor don Pedro Agrelo había sido su ministro en Entre Ríos, era un hombre bajo, algo grueso, diligente é inteligente, afeitado con señales de viruela, más bien trigueño que blanco, ni unitario ni federal, — prudente, usaba antiparras; y como, con un poco de buena voluntad no es difícil hallar la semejanza posible entre dos personas de diferente edad, diré: que la cara del viejo don Marcos Agrelo y algo de la figura la tiene su biznieto el joven abogado Ricardo Seeber, que por dos lados hereda inteligencia distinguida y carácter suave. Misia Monserrat (?), su esposa, era una señora muy afable, blanca pálida, linda, lo mismo que su hermana Anita (?) la casada con Higginbottom: las dos, decían, á cual más buena.

Hay familias en las que la tradición de belleza, de bondad, de decencia y de instintos de cultura no perece, enlazándose generalmente dentro de sus tendencias nativas. Esta es una de ellas. Ejemplo: Anita, Máxima Higginbottom y Rafael, tipos, cada uno por su estilo, de benignidad ó de lindura. Anita casó con un Sáenz Valiente y Monserrat, hija, con un de la Riestra. Si entro en más prolijidades no acabo ni aunque escriba tanto como el Tostado.

Y, sin embargo, hay observaciones que, por decirlo así, se imponen, si lo que uno se propone es hacer revivir una época, no tanto con la mira de poner en evidencia conspicuos personajes olvidados ó ignorados, cuanto con la idea de picar la curiosidad histórica de los que nos vienen pisando los talones, — todo lo cual me lleva á decir que hasta Emilio Agrelo se casó con una malva, fallando en ello algo la ley del atavismo hereditario, ó sea una anomalía psicológica en la dirección de Benita, su mujer, que fué esposa meritísima.

Condenso.

Las casas de Agrelo y de Higginbottom eran centros amenos. En ésta se oía siempre piano. La otra atraía también muchas visitas. Las dos Mon-

serrat eran dos perlas. Mr. Southern, el ministro inglés más elegante y representativo de la cultura británica, y el más mundano también que hayamos tenido (á él le debe una calle su nombre), no le llamaba á la Monserrat hija sino « la duquesa ». En cuanto á Emilio y Juan Antonio Agrelo, — muchachos del barrio mucho mayores que yo, dos diablos en distinto sentido, entonces, su recuerdo está todavía fresco entre los contemporáneos.

Corina, debiera hablar mal de ella. Pero sí, no le conservo rencor, y era buena.

Romanita Herrera (hija del coronel que mandaba el cuerpo de Serenos), hermana de la mujer de Emilio, — una de las más donosas porteñas de su tiempo, fué uno de mis quebraderos de cabeza precoces, y Corina me hizo jugar una mala pasada con ella. Á un billete apasionado, copiado de libro, — pidiéndole pelo (lo tenía negro como jacaranda lustrado) me contestó con un envoltorio abultado.

¡Oh emoción! Lo abro : era esparto cortado de una escoba.

Dejo estas dos casas con muchas flores en los patios, rosas y mosquetas, jazmines trepadores sobre todo, — casi aspiro el suave perfume de los platitos que le mandaban á mi madre, — y sigo con las de por este lado.

En la misma casa vivieron alternativamente he dicho, el señor don Juan Lanús y don Julian Murga. Del primero nada recuerdo. Misia Teresita Lanús, la madre de Leopoldo, de Anacarsis, de Teófilo, de Juan, era señora que respetabámos. Mi madre debía quererla mucho, puesto que era otra de mis tías postizas y otra de sus muchas comadres. Los muchachos, diré, no dejaron nombre en el barrio. Todo lo contrario sucedió con los Murga. ¡Qué no inventaban ellos!

Cuando alguien se *pringaba* con el aldabón ó se caía en la obscuridad de la noche tropezando en una guasca atada de la reja de la ventana al poste, — el grito era: ¡han de ser los Murga! Otros decían los Arrotea! ¡los García! ¡los

Gache! Los cuatro lotes eran *pelotaris* donde caía, si había un pedacito de pared, y jugadores á la rayuela en la vereda, no siempre lisa, á los cobres, á cara ó cruz; sobre todo, jugadores al choclón con cocos que se comian (ahora hay las bolitas de vidrio), que curaban y cargaban divinamente con munición, haciendo punteros de los grandes envueltos en cera virgen.

La calle de entonces era más amena, más pintoresca que la de ahora, en la que si algo sucede, ya se sabe, es un accidente de carruaje, una pelea entre los cocheros, una ratería, — con el vigilante siempre ahí como la estatua del Comendador. ¡Qué uniformidad!

La gente no conviene en que se aburre. Pero se aburre.

No hay para cerciorarse de ello sino mirar las caras de los que no trabajan: tienen su cara peculiar.

La calle antigua, un poco desierta, convenido,

era calle alegre; con sus borrachos clásicos, con sus locos inofensivos; inundadas cuando llovía; convertidas en arroyos torrenciales, con los muchachos de las mejores familias descalzos, arremangados los calzones chapaleando el agua ó el barro, en busca de algo rodado, bonito, raro ó de precio, sin sombrero en verano, sin miedo de resfriarse en invierno, — eso sí tenía carácter: el de un paisaje de canal holandés helado.

¿Qué era mejor, aquello ó esto?

No es de eso de lo que nos preocupamos.

Al fin y al cabo, ¿qué es lo mejor?

Respondo con el Andaluz, — y prosigo con lo otro: lo mejor es lo más bueno.

El padre de los Murga tenía registro de paños, ropería; buena persona sin las cualidades enérgicas, sin la gracia, sin el expediente y la penetración de mi *tía* Carlota, — su mujer, una rubia ardiente que debió tener muchos apasionados. Era de las íntimas de mi mamá Mariquita Rozas de Baldez, á pesar de sus ribetes unitarios. Después de la caída de Rozas se manifestaron vivamente. Pero no fué inconsecuente.

El Coronel Conesa tenía con ella y con Arminio (su hijo mayor) la más estrecha amistad.

Arminio, he dicho, murió en la flor de la edad, quedando Julián y Domingo.

Fueron estos dos hombres de acción y de labor, aunque muy diferentes. Pero los tres eran en el barrio tres demonios.

Lo que á ellos se les ocurría, — nada como para ir á la *capacha*, — sólo se les ocurria á los Arrotea, á los Gache y à los hermanos menores de Fernando García, — que poco aprendían de su padre, maestro de escuela. Cambiaron con la edad totalmente y uno de ellos, — que fué dependiente (conmigo!) en casa de Adolfo Mansilla y Cia, hizo fortuna como corredor.

❧

Llegamos á la cuadra pasando Moreno, sobre la derecha. Allí vivía el ingeniero Romero (¿español?).

Nada notable aquí en cuanto á muchachos.

Santiago no era travieso. Pero mucho y no poco sí en cuanto á muchachas.

Este señor Romero no era hombre vulgar en

sus conocimientos. Mucha divisa colorada usaba. Pero con la caída de Rozas se fué á la otra alforja. Su casa era una romería de pretendientes : ¡ tenía unas hijas tan lindas! La mamá era amable señora.

Diré con don Alonso « no las damas, amor, no gentilezas de caballeros canto enamorado » y, dicho, me concretaré á consignar que Matilde, Pepa, Carlota y Etelvina, — corrieron suerte varia.

Carlota lució sus ebúrneas espaldas comparables á las de Eugenia Montijo, en los salones de Madrid y de París.

Etelvina llegó á ser mi tía : mi tío y suegro Prudencio Ortiz de Rozas, viudo de doña Catalina Almada, se casó con ella, — y ella, viuda de mi tío, se casó con el doctor don Miguel García Fernández, viudo también, y así pensando que lo que no es en mi año no es en mi daño y acumulando esos tesoros á que me he referido al empezar, — fueron felices; ambos tenían poco más ó menos la misma madurez y la misma experiencia.

De lo de Romero tenemos que ir á la calle Potosí que es por la que más, bajando hacia el río, hemos de transitar.

La serie de los vecinos de marca procuraré acortarla, citando los principales en este sentido

y lo principal en otro: frente á lo de Cándido Pizarro, muy amigo de Juan Rozas, en tiempo de Rozas, y después, como dicen los paisanos, con el tiempo se cambian las voluntades, — había una panadería en la que vendían bizcochos calientes.

Al lado vivía don Sabiniano Kier: era éste un hombre alto, rubio, pálido, taciturno, de cabello largo lacio, cayendo tras de la oreja, siempre de levita negra y sombrero de copa, vendía, componía y templaba pianos, — siendo muy considerado en el barrio.

De esta familia veo un joven parecido al padre y dos muchachas.

Un poco más allá; pero más allá también en el tiempo vivían unas de Blanco, lindas jóvenes, pálidas, muy pálidas (decían que tomaban vinagre para parecerlo).

Estaba entonces á la moda la literatura que ellas cultivaban, sin dada, de « mátate tu, en seguida me mataré yo, y luego iré á derramar lágrimas sobre tu sepulcro ».

Las llamaban: las románticas.

Blanco, he dicho.

Viene de perillas agregar algo sobre don

Eulogio del mismo apellido, en la misma cuadra, años antes al llegar á Chacabuco.

Blanco no era un original, pero tenía originalidades.

Estando en la cama, con la mujer, si de algo quería acordarse al día siguiente: « Modesta, « decía, medio dormido, hacéme un nudo en la « falda de la camisa. » Modesta, que era en extremo bondadosa, obedecía. Por la mañana, gran enojo, porque la infeliz no sabía para qué era el nudo.

Fué y se conservó buen federal, á « macho y martillo », como se decía en la época, hasta que exhaló el último suspiro.

No hubo federal más furibundo de boca que él, ni más inofensivo, exceptuando al médico Cordero y su caballo, que era un moro de mi flor relacionado con todos los muchachos.

Los unitarios no le tenían mala voluntad.

Muchos años después de la caída de Rozas, siendo vecino de Mariano Varela, que vivía á la vuelta en calle Piedras, se tuteaban, solía decirle palméandolo: « Ché Mariano, ya no quedan sino « dos: vos como salvaje, yo como mazorquero. »

Es posible que ya haya hecho referencia á esto

en alguna otra parte y también á lo que á continuación se leerá. Pido excusas. Hasta los escritores de privilegio, como Balzac, se repiten, ó le cambian los ojos á alguna de sus creaciones.

Quería decir, para completar la silueta de este vecino, que era visita asidua de mi madre, francote, que echaba ajos y cebollas en la conversación sin apreciarlos, leal, caritativo con los pobres, fiel, mueblero en un tiempo, rematador en otro ; quería decir, repito : una noche que en casa de mi madre se hablaba de cosas de España, como alguien comparara el partido de Narváez, entonces en el poder, con el de Rozas, — Blanco, tomando el rábano por las hojas, se abalanzó sobre mi madre, y abrazándola y abrazándola exclamaba rebosando de alegría :

« ¡ Misia Agustina !

« ¡ Misia Agustina ! ! vamos bien por España;
« pronto volverá el señor don Juan Manuel ! »

Cándido Pizarro era gran jinete y muy diestro corredor de sortija. Vivía, ya lo dije, al comenzar al paredón de las Monjas.

A la otra cuadra, otra panadería : la de *Martincho*.

¿ Quién era este hombrecito siempre en petizo

y en silla y con chaleco colorado y que con todas las personas de respeto se trataba y se tuteaba?

Un trabajador sin pretensiones, que quería hacer dinero honradamente, que lo hizo y que fundó una familia considerable.

¿Español?

Tengo barruntos de que lo era: se llamaba Iraola.

Siguiendo, frente á otro paredón, el de San Roque, ó del convento de San Francisco, — damos con otra panadería en una casa algo desmantelada, con mucho fondo, casi tocando con el actual Congreso; el dueño, un hombre medio bisojo, de talla ordinaria, blanco, relación de mi padre y medio unitario, — Tobal se llamaba.

Con otros primos, cuando nos escapábamos de casa de abuelita para ir á las bandolas ó al bajo del río, solíamos caer por ahí para que los sirvientes desgaritaran si al echarnos de menos salían á buscarnos.

Allí espiábamos... ó desde la botica, después

de Torres, la quinta esencia de la integridad y el cabello más engomado de todo el pais.

Si pasaban para el río, nos íbamos á las bandolas. Y si viendo que no estabamos se volvian, ó seguian para la plaza Victoria, nos íbamos al río, á jugar en los pozos, llenos de jabón, saltando por las toscas resbaladizas, entre las lavanderas, en cuclillas, arremangadas hasta las rodillas, despechugadas...

¡ Qué atracción la del agua !

¿ Y las bandolas?

Estaban en la plazoleta de San Francisco.

Consistían en un armazón cubierto de tela y en un mostrador. Allí había variedad infinita de artículos de tienda, ordinarios; de mercería, de juguetería, — un tutilimundi, — todo muy barato, que atraía gente hasta de barrios lejanos, ni mas ni menos que el pino en un pequeño hueco, como paseo, y el molino de viento, vecinos, cerca de Callao, entre Rivadavia y Piedad, — por ahí no más.

Este pino tenía un rival : el de la quinta de Marín (¿ embargada ?), sita en la esquina Paraná y Cangallo, no estoy cierto.

Eh! me lo han cambiado tanto á mi Buenos

Aires, que es más fácil recordar los nombres que los puntos precisos donde quedaban (todos notables entonces como ahora « la ciudad de Londres», «la Rotisserie Charpentier», la «Confitería del Águila », lo de « Gath y Chaves» ¡la mar!): el almacén de comestibles *fiambres*, salchichones, quesos y jamones, de Rejas, un hombre gordiflón, popular, y la tienda de Infiestas, popular también. Ambos eran oficiales y sus negocios centros de conversación de gente bien. Aquí con toda seguridad se vendía agua de Colonia legítima en frascos de los largos particularmente; así como sólo se vendían escopetas, pistolas y armas finas en lo de Hargreaves, le decían el judío, lo mismo que á Monsieur Lecerf, librero de ínfulas, uno de los pocos que en el ramo vendía cosas de lujo como tinteros, carteras, papeleras, arenilla de oro y otras monadas, — para regalos ó premios escolares, Perú, frente á la fonda de don Germán (Scheiner) prisionero de los de Ituzaingo.

La armería quedaba en Piedad, entre Reconquista y San Martín mirando al sur (1). Al lado,

(1) Cuando don Pedro Cárrega, qué sujeto excelente! barraquero, casado con Adelaida Vidal, amable oriental,

por más señas, había una chocolatería (¿la única?) de un catalán me parece, — frente á cuya puerta, de fijo, un grupo de grandes y chicos embobados veía funcionar los sonoros tableros primitivos, cuyo tiquitiquitaque nos ejercitábamos después en imitar con los dedos en los bancos de la escuela.

Y á Migone, tan querido de todos cuanto obeso, el propietario del famoso « Café de Catalanes », cuya agua de aljibe, con panal, era una delicia; fresca como el hielo, sana, donde el azúcar, blanca ó rubia, la daban molida en un cubilete de hoja de lata que la taza cubría, — y á Migone, repito, italiano, el apellido lo está cantando, fundador de respetable familia argentina dirá algún memorista sobreviviente, ¿dónde me le deja usted?

No lo dejo.

Pero es que no puedo encuadrar tanta minuciosidad dentro del marco que el género literario de este trabajo pone á mi disposición.

No estoy haciendo una monografía de lo que eran hace mucho más de medio siglo las calles de Buenos Aires, — con sus negocios, tan pocos, al contrario de lo que ahora pasa en el *mare má-*

me hizo cazador, que lindos perros tenia! allí compré mis primeras escopetas.

gnum de una ciudad cosmopolita ya rayana del millón, si no lo ha superado, — ni la historia familiar bonaerense.

❧

Y luego, tengo que abreviar, que condensar, pescando al vuelo los recuerdos fugitivos que me asaltan, — no se me escapen, — y al mismo tiempo que sazonar un poco el relato para que no resulte demasiado seco ó insípido.

Por ejemplo, las bandolas de la plazoleta de San Francisco me dicen : no olvide usted las que duraron más, las que estaban en la otra plazoleta, la del Mercado viejo (Perú y Alsina).

Éstas eran de otro género, fruterías.

Del mercado poco hablaré.

En el país de los ganados, la carne de vaca y de carnero era flaca, como regla general. Las aves escuálidas. Las legumbres una que otra ; poco variados los demás menesteres ; el pescado escaso ; y los tendales y los ganchos donde yacían bovinos y acuáticos, — roñosos, lo mismo que los delantales grasientos, sanguinolentos de los que despachaban.

Las moscas harto abundantes.

El ambiente, para terminar, el de un paraje por donde cruzándolo había que taparse las narices.

En cuanto á las fruterías, eran así, así. Y sin embargo con ellas hicieron muy buenos pesos algunos italianos, y, lo que es más raro, algunos criollos.

Al recordar aquello debo acusarme de haber infringido una vez, — sòlo una, — el séptimo mandamiento.

Las bandolas no se cerraban como una caja de fierro. Tenían anchos resquicios. Se veía la fruta. La mano cabía.

Una tarde, obscuro ya, iba con mi hermana Eduardita de vuelta de casa de abuelita Agustina.

El sirviente que nos acompañaba, se había quedado atrás, lejos. De paso cañazo, pensé, y más pronto que ligero, me hallé con un racimo de uvas blancas en la mano ; lo cual, aunque participando del dolo, me valió de mi hermanita esta amonestación : « Ché, no la volvás á hacer que « se te puede quedar la costumbre. »

Una vez en casa, las coplas fueron otras. Mi madre supo. Mis nalgas lo pagaron.

Tenemos que volver atrás.

Llegamos á la botica de los Angelitos, esquina Potosí y Chacabuco.

Frente á frente en la otra esquina la del mercado, — era la histórica escuela del puro y sin mancha varón don Juan Andrés de la Peña, — tío de Camaña, el taquígrafo histórico que casó con Angelita Saravia, una íntima de Manuelita, muy bien reputada, más federala que Misia Pepa Gómez, que es cuanto se puede decir, no obstante su amistad con Vélez Sarsfield.

Nos hallamos así con las casas de dos notables cada uno por su estilo. Nombrarlos es decirlo todo. Pero también aquí cuadra el aforismo forense, lo que abunda no daña.

El uno fué socio de Rozas, el otro, ministro de Rivadavia.

El primero, el señor don Juan Nepomuceno Terrero era casado con una Rábago, — había en la esquina frente á San Roque la conocida y surtida tienda de Rábago.

El segundo, el señor doctor don Manuel José García, era casado con mi tía lejana, Manuela Aguirre.

Las casas quedaban casi frente una de otra.

Eran diferentes como los dueños cuyas opiniones también eran opuesto pelos.

La casa de Terrero era alta y baja, de construcción moderna á la inglesa (él la compró ¿á quién?)

Otra casa por el estilo había en Buenos Aires, calle San Martín, de mi tío don Francisco Saguí (tío también del doctor don Miguel Estéves Saguí que la heredó); la única con pararayo y con ascensor para la comida, — estando la cocina en el subsuelo.

Es esa casa que aun se ve sobre la barranca del Retiro (á lo que te criaste), cerca de donde vive actualmente el Nuncio Apostólico, ó sea la antigua *quinta* de Laprida. Por estos barrios hemos de pasear uno de estos días.

Aunque nó, mejor será que desde luego diga que mi empeño en ir con frecuencia á casa de mamá Andreita, era, porque enfrente había cancha de bolos, de unos alemanes, donde unas muchachonas alegres, con caras como guindas, ser-

vían cerveza de la única fábrica existente, estoy casi seguro, frente á Palermo Chico.

Ahora concluyo con Terrero y García.

La casa del señor don Manuel, de planta colonial, tenía tres patios, puros bajos, piezas cómodas, cochera al lado, — y estaba alhajada con muebles severos, muchos de lujo. La finca del lado, hasta la esquina, era suya. La heredó mi cuñado, Manuel Rafael García.

Y después?

Lo de tantísimas otras familias, que unos se van y otros se vienen, pasó á otras manos. Estas dos familias se visitaban con la mía, la de Terrero sobre todo; pero no tenían intimidad. En cuanto al señor don Manuel, — mi tío, así lo denominaba, entre él y mi padre había un *mal entendu* que nunca se aclaró, ni se aclarará.

Mi madre participaba de la discordia, y su vehemente protesta, disimulada por lo que ella creía una calumnia, se traducía en no dejar pasar la oportunidad de hablar de la peluca de mi tía Manuela, y en un paralelo entre marido y mujer, — paralelo puramente intelectual del que salía muy mal parada ella.

En cuanto á mi padre se sinceraba declinando toda ingerencia y responsabilidad.

Calificado de unitario, como se concibe, el ex-ministro de Rivadavia, una noche le rompieron los vidrios de las ventanas y hasta hubo un tiro de pistola.

¿Quiénes?

La mazorca.

« Mansilla sabia », decía el señor don Manuel.

Mi padre argüia : « Ni jota ».

Agregaba : « Yo mismo no estaba seguro. »

Lo prueba que en cuanto lo hice fugar á mi amigo Félix Castro que corría gran riesgo (mi padre personalmente, disfrazados ambos, lo embarcó en una ballenera), me llegaron rumores alarmantes.

Eran de tal naturaleza que me fuí á verlo a don Juan Manuel.

Le conté lo que se decía.

Me contestó : « Amigo, todos tenemos que defendernos... »

Mi padre repuso : « Tendré entonces que salir
» á la calle montado en un cañón... » Y el coloquio terminó ahí.

No una vez, sino varias, oí hablar, de esto en

familia. Y tengo la sensación todavía de que la inseguridad de la calle debió ser lo que se concibe; porque mi padre nunca salía acompañado ó solo sin sus « pistolas forzadas » de bolsillo, — que entonces ni se pensaba en inventar el revólver.

Ya estoy con ganas de volver á mi casa para quedarme en ella un buen rato hablando de la vida que haciamos: educación, enseñanza, visitas, higiene. Pero ¿cómo hacerlo dejando en el tintero al hojalatero Miserete? (Al lado vivió en unos altos el doctor Lepper, no sé bien cómo se escribe, un inglés, médico de mi tío Juan Manuel.) La enorme nariz judaica, tumefacta, encendida como una frutilla, de aquél, era un colmo, — pudiendo sólo rivalizar con ella la esponjiforme de don Pedro de Angelis; y en el barrio su loro tenía fama.

Quedaba casi frente á una confitería.

No había muchas entonces.

Las principales eran en Victoria, entre Boli-

var y Perú, — las de Baldraco y Monguillot.

Éste tenía *quinta*, cerca de la de Victorica, calle Santafé, por esos lados del Retiro. — quedaba en la calle Esmeralda, creo, al llegar á Charcas.

Era francés.

Fué el padre del doctor Monguillot de la camada Navarro Viola, Victorica, Quesada, J. A. García, Ocantos y otros (tertulianos de Fluches el sacristán de la catedral, nuestro club de « Residentes », donde se *mateaba* duro y parejo, y más no puedo decir aquí).

A propósito del verbo *matear*, archi-argentino, y rememorando á Sabino O'Donnell, contaré un chasco que se dió en Bolivia.

Fué una cholita á invitarlo de parte de la señora y de las niñas á una *teteada*. Sabino había llevado cartas de recomendación para ellas. Su primera idea fué... (imagínese el lector).

Cayó después de su burro cuando una vez en la casa tuvo que cerciorarse de que *matear* y *tetear* eran cuasi sinónimos.

La Academia puede ser que acabe por aceptar el derivado de *mate*, el otro lo dudo.

A todo esto, ¿válgame Dios, y Miserete y su loro, este loro que no sólo repetía, sino que en-

tendía? Pues no le dijo una vez á mi abuela, que era suspiradora, y que pasando por delante de su percha suspiró · ¡pobre señora!

La señora contaba esto cuando se lamentaba de su inacción, siempre en cama, que ya ni en silla litera andaba llevando uno ó dos nietos; y contándolo solía decirnos: « si pasan por lo del señor Miserete (ella no le apeaba el señor así no más á cualquiera), memorias al loro, — que es más viejo que yo, creo. »

Decididamente vuelvo á casa.

Pero si al llegar á la esquina de Potosí y Piedras miro á la izquierda, veo una casa simpática en extremo: la de Zelaya, de lo mejor, vendían dulce; el de tomate y el de sidra cayote particularmente pasaban por exquisitos.

Y si miro á la derecha, veo lo de Misia Chepa Lavalle (nombrarla basta). La señora era socialmente un prestigio; de manera que Chepa ó Chepita era como se la llamaba.

Allí solía yo ir (¿no iba el padre del general á la Aduana como empleado?), y era lo más afectuosa y obsequiosa conmigo! Mujeres así viven en la mente hasta las postrimerías.

Hombre ya, pude estimar al señor Cobo, se-

gundo marido de Misia Chepita, y ser amigo de Manuel, con el que vivimos juntos en Londres, haciendo de todo un poco. Y juntos ó al mismo tiempo también nos levantaron en Buenos Aires algunos caramillos... apenas casados.

¡Cómo cambió con los años, anticipándose por la reflexión á las experiencias dolorosas é instructivas! De él oí (no le daba por la retórica) estas palabras que pueden cuadrarle á alguno: « Sí, » debemos amar los hijos, que por lo menos cada » uno de ellos nos representa un instante de in- » menso placer; el que no los ama, ese es el » verdadero egoísta. »

Vamos llegando á mi casa. Al pasar vuelvo á ver la de mi abuela, que heredó mamá Mariquita, y refrescando la memoria recuerdo que allí vivieron entre otros dos principales: el señor brigadier general don Miguel Soler, amigo de gancho y rancho de mi padre, y Fernando García, casi centenario ahora, — federal, el hombre con los dientes más lindos que he visto, blancos y lúcidos como perlas, sanos, fuertes tal cual su existencia, cuyo norte fué la consecuencia y la probidad.

Pintor de mérito, sólo le faltó escuela para no pasar como uno de tantos.

Teniendo como tenía cultura intelectual, habría hecho algo más que retratos parecidos; habría creado y perfeccionado sus procedimientos estudiando los de los maestros inmortales.

¡En casa al fin!

Muchas, muchísimas visitas, de hombres principalmente en los primeros tiempos, frecuentaban la de mis padres.

Denominarlos á toaos sería fastidioso. He aquí algunos de los más remarcables, éstos por su posición, aquéllos por antecedentes de escuela ú otras afinidades: el general Guido, el general Soler, el general Rolón, el general Celestino Vidal, el coronel Rodríguez (el de la batalla de Obligado), el coronel Aguilar (al general Oribe lo vi dos ó tres veces antes de marchar al Interior y de él haré un retrato en dos plumadas cuando hable de la correspondencia epistolar de mi padre), el general Pinedo, el coronel Obligado, el coronel Cortínez, el general Ruiz Huidobro, el general Alemán, el

general Otero (el de las mulas de Olavegoya), el general Heredia, el general Pacheco, el coronel Olazábal, el coronel Roca, don Francisco Casiano, Belaustegui, el doctor Lahitte, don Miguel Riglos, el doctor Baldomero García, el señor Plomé, el doctor Insiarte, el doctor Portela, el señor Correa Morales, el coronel Arana, el coronel Santo Coloma, el general Vedia, el doctor Ezcarranea (un viejo excéntrico que andaba en petizo) el señor Irigoyen, el cura Gari, el padre Majesté, don Ezequiel Paz, don Melitón González, cajero del señor don Braulio Costa, hombre miniatura, probo, que había estado en Inglaterra, don Álvaro Barros, el coronel, doctor Marcos Paz, el señor Esnaola y un inglés muy amigo suyo (¿el nombre? Falconer, me parece), que algo tenía que hacer con la casa de Baring brothers, — vivía calle 25 de Mayo, frente á la sala de lectura del *British Packet*, más claro al lado del templo protestante; el barón Holmberg, don Tomás Armstrong, el señor Lozano, don Felipe Arana, don Juan José Urquiza (tesorero, hermano de don Justo), don Felipe Llavallol (padrino de mi hermano Carlos), don Lucas González, don Patricio Peralta, don Pedro de Angelis, don Fernando García, don Juan Nepomuceno Terrero, el doctor

Montes de Oca (como médico), el coronel del Valle (ahijado de mi padre y padre de Aristóbulo), don Juan Manuel de Larrazábal, el general Pinto, Rivera Indarte, que le dedicó á mi madre un libro « La Volcameria » (esta palabra no es fácil hallarla en los diccionarios. Balzac la cita en el *Curé de Village*. No la he visto en otra parte. Rivera Indarte era erudito. ¿La tomaría de ahí?), mi tío Gervasio Rozas (mi padrino, que con mi tío Prudencio, mi suegro después, pocas peras partía mi padre con él ni mi madre con su primera mujer, mi tía Catalina), el coronel (?) Olaguer Feliú, el coronel Medina (alias el *tape*), que se ponía el corbatín al revés según ya lo tengo contado en una *Causerie*, don Felipe Senillosa, el general Escalada, don Carlos Huergo, don Juan Cano, don Jacobo Parravicini, don Nicolás Anchorena, Calzadilla, el gran elegantón, D. Bonifacio Huergo, el doctor Vivar, el doctor Gascón, el señor Gowland, el doctor Sáenz Peña, — el abuelo de Roque por más señas, — el señor Victorica (padre del general), mi tío Felipe Ezcurra, el señor Cazón, que se casó con María Antonia Belaustegui, el coronel Virto, don Braulio Costa, el señor Van Prat, don Felipe Elortondo, el coronel Granada,

el señor Uriarte, el primo Simon Pereyra, como decia mi madre, el señor Cascallares, el coronel Quesada, el señor Guerrico, el doctor Insiarte, el obispo Medrano, el coronel Maza, el coronel Costa, el señor Cané, el señor Baudrix, el señor Monasterio, el señor Miró, el señor Diaz de Vivar, el canónigo Elortondo, el obispo Escalada, — y Tartás.

El cuerpo diplomático por supuesto, siendo de confianza el barón de Picollet, ministro del Piamonte (no había Italia unida todavía), que era un caballero de lo más cumplido.

¿A qué seguir?

Con lo mentado, y con rarísimas excepciones ó descartando... hay bastantes elementos para hacer una ensalada rusa (1). Pero da una idea de lo que debía ser la casa bajo el aspecto social. Todo cambió cuando mi padre se fué al Tonelero con mando militar allá por 1843.

(1) La mayor parte son padres ó abuelos de lo que ahora figura, como el coronel Roca, ayudante de mi padre en Ituzaingo, — padre del señor Teniente General, Presidente de la República, don Julio A. Roca.

Como se ve, de lo que era elemento personal é incondicional de mi tío, gente de Palermo, de la Policía y de Santos Lugares, — poco se rozaba con mi padre.

Tengo para mí que, apesar de su figuración entusiasta era un sospechoso.

Había sido unitario y amigo de Rivadavia. Quizá tenía razón.

En un sentido no era planta para vivir con mucha lozanía de las auras ¿qué digo? — de los vientos que soplaban.

Transfigurarse no es alterar la substancia del fondo.

No era mi tío Juan Manuel hombre de pasar con facilidad del período astringente de la desconfianza á los movimientos de la credulidad sin reservas.

Otra circunstancia debía influir en aquella sospecha, — para mí indubitable.

Mi padre era francmasón.

Su yerno Ricardo Sutton fué sin duda el que lo metió en eso.

Cierto que era un francmasón *pour rire*, — como que oía misa y creía en la Iglesia.

Pero masón, logia y unitario eran equivalentes.

Nunca en casa se habló de esto, ni nunca yo lo interrogué á mi padre sobre el particular.

Pero lo sabía.

¿ Cómo?

Un día husmeando papeles y libros, — pura inquisición de muchacho, — que estaban, como cosa reservada y por eso tentadora, en el cajón de un armario, descubrí un libro malo por las láminas y un gran pergamino lleno de signos y una banda rara y unos chismes semejantes á instrumentos de albañilería, y como me pareciera que el descubrimiento, por lo de las láminas sobre todo, podía costarme unos buenos azotes, me callé.

Los niños tienen de estas reservas. No sé qué se hizo todo eso. Cuando tuve edad de conocer, seguí guardando silencio. Mi misma madre probablemente nunca supo jota de la cosa.

Los libros, papeles y herramientas esos, — y muchos otros, seguramente perecieron en una gran quemazón de baúles que hizo mi padre después de Caceros, — baúles en los que sólo él andaba, y que aunque poco le interesaran, tuvo sin embargo mi madre la buena idea de salvar uno de las llamas. Algunos de los manuscritos que

en él estaban los dí á un escritor de historia.

¿ A qué seguir?

En estos negocios, como diría Saint-Evremont, no hay sino dos ó tres buenas razones que dar en pro ó en contra. Una vez dadas es menester detenerse, porque en seguida no dice uno sino tonterías.

Que en estos dos personajes había una especie de postulado de desconfianza, no me cabe duda, — ni tampoco la tengo respecto de lo que llamaré, de otro modo no pudiendo expresarme, su sincera hipocresía.

Una breve reflexión antes de proseguir: si el lector me lee con alguna atención, recuerde aquí lo que en párrafos anteriores digo sobre aguijón prematuro, innecesario; virtualmente aquello se contiene en esto: la casualidad es una ganzúa y lo lúbrico hay que ocultarlo y ocultarlo, de no el niño tropieza con ello...

Los íntimos de mi padre eran el general Guido. Ambos se amaban y se admiraban. ¡Cuánto cierto

es que los amigos de un hombre son el fruto de su magnetismo! El doctor Lahitte, el doctor García y el coronel don Victoriano Aguilar, más decente que guerrero. Él fué el que substituyó en los desfiles las voces de paso regular por « paso majestuoso federal », siendo su émulo como jefe de parada, el elegante y lujoso don Juan Manuel de Larrazábal, — marido de Misía Paula Garretón, á la que Lucio López y yo llamábamos « mama Paula ». A aquel lo mimó, emigrada en Montevideo, á mi en Buenos Aires. Su hija Pepita, amable mujer, inteligentísima, fué la íntima amiga de mi hermana Eduarda en la inefable edad de los sueños color de rosa ... tiempo de Rozas.

Entre aquellos íntimos había un predilecto. ¿Por qué? Lo ignoro. Se tuteaban. Lo único que sé es que era muy cegatón, tanto que cuando mi padre le servía un hueso cualquiera del pavo, á título de la rabadilla diciendole « para tí, Celestino », — él, metiendo las narices en el plato, observaba : « Pero Lucio, esto más que rabadilla parece canilla. »

Del doctor Lahitte hablaba siempre como de la probidad personificada, y al doctor García lo califi caba de : « este Baldomero, qué talento tiene ! »

Las íntimas de mi madre, — algunas, mayores que ella, — eran : Misia Pascuala Belaustegui, su comadre, María Antonia Belaustegui, Cipriana Lahitte, María García Quirno, Dolores Nonel, Jacoba Cueto de Paz, — ésta particularmente.

Yo iba allí lo mismo que si fuera mi casa. Ella y el señor don Ezequiel eran tan hospitalarios!

En la familia, las intimidades de mi madre eran desde luego con mamá Mariquita y mamá Andreíta Saguí. Una familia larga es siempre campo de rivalidades, de prevenciones más ó menos fundadas é irreductibles. Unas veces hay que preguntar ¿quien es él? otras ¿quién es ella? Y así va la bola, — creyendo que le tapan á la sociedad el cielo con un harnero, ó que los disimulos y las mentiras piadosas apartan dudas y sospechas; como dos mujeres, más ó menos, que besándose extremosamente creen que ocultan el veneno que destila su alma. No se tiene tampoco presente que las paredes tienen oidos, y los mismos padres suelen olvidar que los niños ni son sordos ni tan distraídos como á veces lo simula su malicia precoz.

Iban poco á casa Misía *Marica* Thompson, (1),

(1) Madre del distinguido escritor Juan Thompson que brilló en España. Después Mandeville por su segundo en-

lo mismo que Misía Florencía (Lezica) su hija. Pero mi madre las tenía siempre en los labios citándolas como ejemplares de cultura, y con frecuencia me mandaba á visitarlas. La casa de Misía Mariquita en Florida, mirando al oeste, entre Piedad y Cangallo, con grandísimo patio, era una mansión que me infundía respeto, un no sé qué.

Tenía luego la mar de amistades ó relaciones de confianza, — sin ser intimas, entre las que se confundían los apellidos ó filiaciones más opuestos como Soler y Sáenz Valiente, Ituarte y Gómez, Larrazábal y Casati, Cáneva y Ocampo, — por el lado de Luisa Bemberg, cuya casa paterna calle Florida, con ventanas altas y caras muy amables no olvido, como ella no olvida al maestro Tiburcio, estoy seguro, que fué el que puso en evidencia su talento para la música, lo mismo que puso el de mi hermana Eduardita. Se habían formado dos partidos, — de donde resultaron dos rivalidades persistentes.

Este maestro Tiburcio tenía un competidor, que se llamaba Ambrosio, pardo como él, menos

lace. En una palabra : mujer eminentemente histórica por su patriotismo, su instrucción y sus relevantes prendas sociales.

estirado, menos caro en el precio de sus lecciones. Las opiniones estaban divididas en cuanto á su capacidad. Pero, á no dudarlo, era de lo más fresco en sus observaciones. A mi padre, que le dijo : « Me aburro un poco y para distraerme querría aprender algo de piano », — le cortó el resuello con esta respuesta : « Perdóneme el señor general, usía es ya perro viejo para cabrero. »

Como ya estamos en casa, quedémonos en ella. *Happy he who stays at home.*

Generalmente con una voz que decía « ya ha venido el lechero », oíamos otra que nos anunciaba á Eduardita y á mí : « Niños, ya es hora de levantarse, arriba. »

Rezábamos, nos vestían y nos daban un vaso de leche con espuma, — y nada de pan. En seguida, la palabra de orden era : á estudiar.

Venía más tarde mi madre, que no era muy matinal, no lo fué nunca, desde la cama como desde un trono dirigía toda la maniobra, en la que poco

se mezclaba mi padre, y lanzaba sus *quos ego*. Pedíamos la bendición con los brazos cruzados, mostrábamos los dientes y las manos á ver si estaban limpios, mis uñas sobre todo; y la señora ocupándose de muchas cosas diferentes á la vez, pero atenta, nos hacía decir alguna oración (el Ave María nos gustaba mucho porque es corta), escribir palotes ¡qué suplicio! ó palabras más ó menos hilvanadas y recitar fábulas ó versitos, como « Un oso con que la vida ganaba un piamontés », ó:

Siendo niño en nuestro prado,
Florinda hermosa te vi
Dar abrigo á un alelí
Dentro tu seno nevado.
De verle tan regalado
Empecé á sentir recelos,
Y en mis años pequeñuelos
Antes de amar tuve celos.

La hora de almorzar llegaba. En la casa había campanillas de alambre. Sonaba la del comedor; una vez á esta hora, dos con intervalos á la de comer. Corríamos con mi hermana dándonos la mano, y al pasar indefectiblemente por delante de un grabado ordinario que estaba como habría podido estar en su lugar cualquier otro, yo leía:

Castillo de Fayen Volataire (Ferny Voltaire), que de francés sólo sabía repetir como loro *la cigale et la fourmi.*

Nos sentábamos.

Y cuidadito con hablar y cuidadito principalmente con pedir más, ó de lo que no nos servían; porque era indigesto para estómagos de poca edad.

La disciplina era tanta que una vez, mirando algo vedado, no me pude contener y exclamé, como hablando conmigo mismo (me valió porción doble): « si pido no me dan, y si no pido tampoco me dan.. »

Las viandas eran pocas, pero asaz variadas: puchero de carne ó de gallina, con zapallo, arroz y acelgas siempre, y algunas veces con papas y choclos (coles ¡ni el olor!), fariña ó *quibebe* (1) era

(1) ¿De dónde vendrá *quibebe?* Se hace con zapallo. Las lenguas suelen agregar á su caudal términos cuyo origen es muchas veces un misterio filológico. El Ministro alemán Von Gülich, el que hizo el primer tratado de comercio con el Zolverein (antes de la unidad de Alemania naturalmente), conocía y hablaba bastante bien el español. A todo lo que era raro, extraño, de no muy buen gusto le decía *carútico.* Y en los círculos que frecuentaba « carútico » se usaba corrientemente. La voz no hizo mayor carrera. Pero bien pudo hacerla.

de ordenanza, y pasteles, de los que vendían los negros ó negras pasteleros yendo de casa en casa de los marchantes con el tablero cubierto con una bayeta entre un pedazo de género de algodón, nada albo, para conservar el calor de la factura. Pero sabían bien.

Empanadas rara vez. Eran muy pesadas. Por otra parte, para tenerlas buenas había que ir al Interior. No era comida del Litoral, excepto Santa Fé. Las famosas eran las Cordobesas, las San Juaninas, las Tucumanas, — lo mismo que la rica cazuela, por la proximidad de Chile, era mendocina.

Cuando no había puchero, había *bisteque*, carne

¿Qué carútico nó? En mi familia la usabámos (como cierto loco porteño que al gato le llamaba « el abate papa las ratas », al fuego « querencias » y al W.-C. « habitabitángulo), la usábamos decía, siempre que queríamos salir del paso no hallando en el acto el calificativo que cuadra. De dónde viene, por ejemplo, el muy *morao* de nuestros paisanos? Y el qué *chuña* ó *chuñiento* de los cordobeses (¿del pájaro *chuña*, come insectos, medio bobo?), ¿y el *pinchila*...? ¿Y *gaucho*, « guaso » en Chile? Seguramente no viene de Andalucía, donde « guasa » es todo menos una *gauchada*. ¿Y *maturrango?* No puede venir de *maturranguero*, que es español puro. *Chapetón* sí, — se comprende por el chape de los españoles. Y chumbiado y chafalote y tilingo, y charquear yendo á caballo?

frita en grasa con un poco de tomate y de cebolla. Y cuando no había bisteque había huevos revueltos y carne fiambre ó *chatasca* y de cuando en cuando jamón, y generalmente alguna fruta de la estación y queso criollo.

Café con leche para los grandes, té con ídem para los chicos, con poco pan y manteca, y mazamorra.

◙

Hay matrimonios que dejan sus disputas para la hora de la mesa. Nada de esto en la de mis padres. Mi madre no era parlera. Mi padre sí. Nosotros con Eduardita escuchábamos. Pero no siempre fué discreto mi padre en alguna de sus reflexiones. Dijo una vez, — y nunca se me olvidó: « Después de los sesenta años, lo mejor es pegarse un pistoletazo. » Cuando ya ochentón lo veía tan aferrado á la vida y con humor mundano, yo me decía: ¿si se acordará de lo del « pistoletazo » ? Mas nunca me atreví á refrescarle la memoria, que al fin y al cabo lo cristiano era lo otro: vivir.

La comida comenzaba con sopa (solía haber entremés de aceitunas, sardinas y salchichón) de pan tostado ó nó, ó de fideos ó de arroz á la valenciana. Pescado, al que mi padre era muy aficionado (como yo ahora), casi siempre. Era diestro en comerlo, como un gato. Yo no lo soy. Él almacenaba las espinas chicas en un lado de la boca, y después las despedía. Yo les tiemblo. Con las bogas que no eran tan gordas como las de Santa Fé, decía, se deleitaba. Si no había pescado fresco había bacalao. Seguía el asado, de vaca ó de cordero, y la ensalada de lechuga ó de escarola ó de papas ó de pepinos, lo que mi abuela Agustina á todo prefería, aunque indigestos (1), á pesar de sus años; guiso de garbanzos ó de porotos, — y con más frecuencia de lentejas, muy alimenticias, decían, con huevos escalfados á veces, ó albóndigas ó locro ó sesos, — ó molleja, asada ó guisada, el plato predilecto de mi tío Juan Manuel, patitas de cordero ó de chancho ó mondongo ó humita ó pastel de choclo (cosa-papa).

(1) En los países templados. En los fríos como en Rusia, Suecia, Noruega, se comen pepinos como maíz en Estados Unidos.

El postre eran fritos de papas con huevo y harina, polvoreados con azúcar molida, ó tortilla ídem con acelgas, — cosa inocente, — ó dulces diversos que se compraban en las casas especialistas del barrio; allá iba la dulcera de una disparada, siendo la más acreditada la de las Zelaya. En estos dulces no andaban las manos improlijas de confiteros fumadores, sino manos esmeradas, — en cuya carne de membrillo no se corría riesgo de hallar lo que una vez hallamos con don Emilio (Mitre, el general, ya se sabe) cuando la guerra del Paraguay, en una encomienda que le habían mandado de Buenos Aires: un pedazo de suela de zapato viejo!

Como á la hora del almuerzo había fruta. Café nunca, ni te. A las ocho y media ó nueve, se tomaba lo uno ó lo otro. Se almorzaba á las ocho y media ó nueve, y se comía á las cuatro y media ó cinco habitualmente. (1) Entre una y

(1) Había una razón principal para comer temprano, siendo la hora normal las 4, — que la luz en las casas era poquísima: velas de sebo, de molde, de esperma (después dijeron estearina), lámparas ó quinqués (de lo más « melancólico » diría Espronceda), alimentados con aceite bastante feo de calidad, y olor por consiguiente. Un utensilio indispensable entonces, por eso, que ahora se ve poquísimo, eran las despabiladeras, que en las casas ricas las tenían

otra colación había algún tente en pie, — y el mate, va sin decirlo.

He dicho que las viandas eran variadas. No quiero que me tachen de acriollado. En algunas otras coyunturas me han calificado de agringado. Basta.

Voy á enumerar con alguna prolijidad lo que se podía comer, por desprovisto que fuera el mercado, — midiendo cada cual su bolsa, según sus recursos, su posición ó sus tentaciones gastronómicas. Porque donde comprar no faltaba.

El que cuidaba gallinas, patos, gansos, pavos, pichones, lo mismo que el que tenía huerta ó

de plata maciza con su correspondiente platillo. De esta escasez de luz viene la costumbre de estar en verano casi en tinieblas, sin más luminaria que la luna. El 25 de Mayo y 9 de Julio se ponían candilejas de barro cocido en el cordón de la azotea y en las ventañas (y balcones). Estas eran alimentadas con grasa de potro y una mecha de trapo. Tenían la forma de una taza común chata, y constituían parte de la preocupación del dueño de casa para que las hubiera en abundancia llegando las fiestas. El combustible era también escaso. Raras eran las casas con chimenea. El calientapiés con brasas de carbón vegetal era el gran recurso. Se vivía tiritando de frío. Y era creencia, que persiste, que el fuego no es sano. En algunas casas, el calientapiés para la cama era un *pelado*, raza de perro que se ha extinguido. El pelado hacía su turno y no pocas disputas ocasionaba.

quinta, — comía lo regular, lo bueno lo vendía. ¿Dónde no pasa lo mismo? Aquí en Europa un paisano se muere habiéndoles visto únicamente el aspecto á sus duraznos y á sus pollos.

Los que tenían con qué no hacían como los cheics árabes que con exterioridades de suma pobreza ocultan interioridades de refinada sensualidad, para así pagar menos tributo.

◻

Hay gente que cree que, en la época de que hablamos, no se comía bien.

Es preciso que salgan de su error.

Se comía moderadamente. Los tiempos eran duros. Mal nó. Y todo era genuino. No como ahora, adulterado en mucha parte. Y se comía la cosa real. Mientras que con la invasión de prójimos de todas las latitudes, los nombres son una cosa y la cosa misma otra. Claro está que no me refiero á uno que otro hotel, fonda ó restaurant, ni á una que otra casa de las que ya tienen *chef* y *maître d'hôtel* y *valet de pied* de

frac y guante blanco ni á muchas otras campechanas, donde todo es abundante, selecto, donde uno cae cuando quiere, no como en las otras, ó acá en París, — mesas donde sin *menu* hay variedad de manjares de mi flor, de todas las banderas, empezando por los *ravioles* y la carne con cuero, y acabando por el *omelette soufflée* y el *plum pudding;* sino á la masa que suele tomar cocineras y cocineros, con libro, que luego se descubre que no saben ni batir el aceite y el huevo para hacer una mediocre mayonesa, resultando que eran cocheros ó furrieles ó rancheros franceses, italianos, españoles, portugueses, lo que se quiera, menos lo que se decían con la esperanza de que también ellos evidenciarían el proverbio: en el camino se hacen bueyes.

Pues no tuvo el general Guido un *chef* que confesó ser canónigo napolitano y que apurado por la miseria pensó: *tentando via.* Fué en el Paraguay, siendo Ministro Plenipotenciario el general. Servicial y humano como era, entiendo que le hizo dar un curato y que el canónigo se portó; que se hizo querer y respetar.

Por lo demás, ni sin ser mi propósito, caigo en exceso de énfasis y de parcialidad, entre unos y

otros tiempos, — los que comparen, reflexionando, restablecerán el fiel de la balanza.

❧

Sea de ello lo que fuere y dejando aparte la cuestión qué cocina es la mejor, si la casera (*la bourgeoise*), ó la alta cocina, — lo que yo puedo asegurar apoyàndome en el aforismo de Brillat Savarin, « les animaux se repaissent, l'homme mange, l'homme d'esprit seul sait manger », — lo que yo puedo asegurar, decía, es que en algunas mesas donde yo me sentaba cuando era muchacho, por ejemplo, la de Misia Florentina Ituarte de Costa, la gran dama; la de Misia Juanita su hermana, casada con el señor don Casto Sáenz Valiente (la mujer de Juan, mi amado Juan Vivot); Juanita la que casó con Castro era mayor y menos amiga de las gallinas y de las palomas, — lo que yo puedo asegurar, lo repito todavía, es que esas mesas, entre las que incluyo como copiosa, patriarcal la de los Llavallol, calle Cangallo, frente á lo que después fué Banco Maná, no

le iban en zaga á las mejores de los tiempos que alcanzamos. Y la del señor don Miguel Riglos con su cristalería, su porcelana, sus cubiertos, sus manteles, — todo inglés del mejor gusto, de lo más fino.

El estilo era otro, — *et voilà.*

De vez en cuando solía comer en casa del señor Riglos: el hombre más cumplido de ambas riberas del Plata, alto, rubio, elegante, estilaba vestir frac azul con botones de metal amarillo, relacionado con todo el mundo, estimado de todo el mundo, y teniéndoselas que haber con todo el mundo, como que era Defensor de pobres y menores, — hombre, enfin, cuyo único defecto era la excesiva cortesanía.

Pero donde mis preferencias me llevaban, siempre que habiéndome portado bien, podía contar con un sí, era: á casa de Misia Juanita Ituarte, donde con Flora jugábamos en el corral, — Juanita, ya lo dije, tenía otros gustos, — donde todo, todo era abundancia y buena voluntad, indulgencia y dulces sonrisas. ¡Era tan suave Misia Juanita! con su blanca faz de alabastro sonrosado que no tengo lengua para trasuntarla. De no ir allí prefería lo de Misia Florentina. ¡Éramos tan aparce-

ros con el que pasó como una ilusión, — con Alberto! ¡Qué mujer aquella! ¿Pero qué hace la crónica Argentina? ¿Qué está esperando? ¿Para cuándo deja el sorprenderla en su cripta florida de San Isidro? Hay soledades que es un deber histórico perturbar. ¿Para que sirve entonces la fotografía instantánea? Recuérdese que de ciertas mujeres es siempre el caso de exclamar:

Non, il n'est pas trop tard pour parler encore d'elle...

Y que no es lo mismo hablar de memoria ó por referencias, — que después de haber visto lo que aún queda de interesante de lo que fué seductor.

Pero como lo prometido es deuda, vengamos á lo que se podía comer antes de la irrupción internacional: carne de vaca, de chancho, de carnero, lechones, corderitos, conejos, mulitas y peludos; carne con cuero y matahambre arrollado; gallinas y pollos, patos caseros y silvestres, gansos, gallinetas y pavas, perdices, chorlitos y

becasinas, pichones de lechuza y de loro (bocado de cardenal); huevos de gallina naturalmente y los finísimos de perdiz y teruteru; pescados desde el *pacú*, que ya no se ve, hasta el pejerrey, y del sábalo no hay que hablar; porotos, habas, maní, fariña, fideos, sémola, arbejas, chauchas, garbanzos, lentejas, espinacas, coles, nabos, zanahorias, papas, zapallos, berenjenas, alcauciles, pepinos, tomates, cebollas, pimientos, lechugas varias (¡zapallitos tiernos para el Carnaval! gritaban los vendedores), quesillos y quesos, siendo los más reputados los de Goya y Tafí, y los de Holanda, genuinos entonces; frutas de no pocas clases, higos, uvas, guindas, frutillas, damascos, peras, pelones, melones, sandías, ciruelas, nísperos, naranjas, bananas (escasas).

Cuando caía granizo en abundancia se recogía una buena cantidad, y se hacían helados de leche y huevo con canela ó con vainilla. Todos movíamos el cilindro por turno.

Agréguese á esto las conservas alimenticias y todo lo que se me haya quedado en el tintero, — y concluyendo con las pasas, los orejones, las nueces, las avellanas y la pastelería de choclo y harina y los dulces, se verá si dije ó no mal cuando

aseguré que nuestros abuelos, siendo frugales, comían bien y de lo aconsejado por la moderna higiene.

Vino se tomaba muy poco en la mesa de mis padres. Mi madre, jamás en su vida lo bebió, le repugnaba. Mi padre, aunque muy fuerte, tanto que nunca se había embriagado, tomaba muy poco. Se batió una vez á cerveza con Mr. Bawl, el secretario de la Legación Inglesa, — y lo venció de tal manera que el vencido acabó por no saber qué era lo que, como cerveza, le habían hecho beber, cuando al día siguiente se despertó en su casa y en su cama con este pensamiento tan de *gentleman :* dar las gracias por haberlo piloteado hasta su domicilio ; pagar la apuesta, que era un apero mejicano, riquísimo, que tenía, — contra un apero argentino que no le fuera en zaga.

El vino que de diario se tomaba se compraba, mandando el botellón, en la esquina de San Pío, si era *carlón*, y en el almacén del jorobado si era *priorato;* lo cual no quiere decir que no hubiera vinos embotellados en casa. Sí, los había. Algunos estaban enterrados, es muy bueno, en el último patio que al efecto tenía un retazo sin enladrillar. Pero eran para cuando repicaban fuerte : algún

santo, el 25 de Mayo y el 9 de Julio, en que había sala plena de convidados de rango. Ese día, nosotros los muchachos no teníamos lugar en la mesa, sólo lo había para mi madre, que á los postres se levantaba.

¡Qué se nos daba! Al contrario, siendó día de jolgorio, — nuestra libertad era mayor. Nada de comer con cuidado. Nada de no chuparnos los dedos. Nada de no meter el cuchillo en la boca. Y nada de servilleta, ni de delantal. A medida que iba sobrando de la gran mesa (solía haber dos pavos, uno para cada cabecera), nos iban mandando á nosotros. La fórmula era esta : Ché, ¡qué lindo! mañana es día de pavo.

Éste esperaba, con otros volátiles que se cebaban con nueces en el corral de tata Tristán, su triste fin, — y era asado, no en casa, el horno no era bastante grande, siendo todo un señor pavo,— en la panadería de *Musiú* Adel.

El trinchador era mi padre. Ponía en ello su amor propio. Lo hacía con rara habilidad de anatomista operador. Formaba parte de la buena educación. Mi madre, siempre que aquél se lucía con un ave asada cualquiera, me decía : « Fíjate. »

Creo que lo admiraba de corazón, tanto más

cuanto que ella no brillaba por ciertas aptitudes manuales, excepto la jardinería, — y porque está en la naturaleza femenil más que en la del hombre ver superioridad en todo lo que es destreza ó fuerza muscular.

Eran días que esperábamos. Porque á más de pavo había ropa y botines nuevos. Y había la parada, el desfile desde el balcón de Riglos con Manuelita, su corte y el cuerpo diplomático y refresco; ó desde el balcón (1) de la Policía éste era considerado algo guarango; los gastadores de la Guardia Argentina, y « real y medio», el tambor mayor, y las cedulillas y la pirámide cubierta de tela pintada, con alegorías y letreros, como « unitarios mancharon la historia », y los fuegos artificiales con sus escupidas y las bombas, los buscapiés y las calecitas y el rompecabezas y el palo jabonado!

Y también esperábamos la semana santa con gran ansiedad: por los aproches de las iglesias cubiertos de un alfombrado de hinojo, las estaciones, la Pasión á lo vivo, — aunque no como

(1) El pueblo iba á los del Cabildo historico, rebanado para hacer una Municipalidad estrecha. Al lado de está se ve aun el balcón de Riglos.

en *Oberammergau*, y las tinieblas y el sermón de agonía, llorando y gritando los fieles.

¡Cuánta mutación!

Ahora se sientan en sillas ó en bancos los que van á rezar.

Antes había la alfombrita. Y era un lujo que una sirvientita lo mejor puesta la llevara.

Después de almorzar, á la escuela; después de comer, á casa de abuelita, pasando por la de mi tío Juan Manuel, á la ida. Me estoy refiriendo á la vieja casa con gran patio, flanqueado diré de habitaciones por los cuatro costados, habitaciones que tenían, algunas de ellas, ventanas interiores de reja, — y no á la casa más conocida por haber estado allí el Correo muchos años. Casi nunca lo veíamos, aunque entrábamos á sus piezas no reservadas. Siempre había confites de Córdoba, — que mi tía Encarnación ó Manuelita nos daba. Eran colorados. ¡Hasta en esto! ¡Qué furor!

Abuelita completaba la dádiva, — cordobesa fe-

deral, — con tabletas tiernas de la misma procedencia, que no tenían color de partido, sino muy rico gusto. Con sus dientes bailando ella no entendía de turrones.

De la de mi tío Juan Manuel á casa de abuelita por Moreno (ahora), nada notable, excepto una familia, — que al pasar nos hacía fiestas. Vivian frente á la casa que es ahora domicilio del doctor Luiz Saenz Peña, — casa nueva relativamente.

El jefe era un hombre alto, corpulento. No conservo otra impresión. Mujeres, veo dos: Amalia, una beldad, se casó con Mármol, y Máxima, le decían la ñata, ¡cuánta graciosidad picante! Se casó con Carlos Urioste, león de la moda.

Á la escuela nos llevaba el tío Tomás. Si había llovido y había mucho barro, Eduardita iba sobre un hombro, yo sobre el otro; si llovía poco, tío Tomás se ingeniaba y nos cubría con un paraguas *colorado*. Él nos iba á buscar.

Cuando llovía á cántaros, no había escuela. Había una cosa muy buena: amacijo! Se hacían tortas fritas y pastelitos de lo más sencillo. Nada de hojaldre. El relleno lo hacían en la cocina. La fritanga la hacíamos en el brasero del cuarto de la plancha. A más de eso, mi padre mandaba llamar

á un amigo suyo italiano, alto, grueso, de rostro sereno, llamado Boassi, que tenía su negocio de almacén en la esquina de Reconquista y Cangallo, haciendo cruz con el teatro Argentino, para que hiciera ravioles.

La escuela de niños y niñas de poca edad, quedaba en la esquina de Cangallo, acera de un templo protestante, que entonces no existía. Pertenecía á Misia Candelaria Soria, una señora salteña muy respetable. Allí estuve con Adelina Rocha, ya lo dije, las de Vernet y otras que viven de esa generación, ó que ya emprendieron el eterno viaje. Esta escuela se mudó después á los altos de la calle de Maipú, mirando al río, entre Cangallo y Cuyo, ó sea á la casa de la madre del doctor don Miguel Esteves Saguí (sobrino carnal de mi tío don Francisco Saguí, á quien heredó; mi tía Andrea no tuvo hijos).

Todo eso está tan transformado que no hay como reconocer, lo que estaba en Maipú cerca de Cangallo, mirando al río. Allí conoció Miguel (lo llamo como lo llamaba cuando las dos familias no se habían ido á polos opuestos), á Juanita Santos Rubio, bonita joven, — y con ella se casó. (¿Era monitora?).

En lo de Misia Candelaria no pude estar mucho tiempo. La dejaron á Eduardita solamente.

Á mí me sacaron porque siendo menester ponerme en penitencia á cada rato, — había que renunciar á ello. Si me ponían en cruz, Eduardita quería estar en cruz á mi lado, y si me mandaban al cuarto de las pulgas, — como decían, — Eduardita quería acompañarme, lloraba, lloraba, tenían que ponerme en libertad.

¿Qué aprendí en esa escuela?

Poca cosa: á leer y á escribir mal.

No era eso para mí. Los repasos en casa, con mi madre, ahí, y el chicote á la vista, — eso algo me enseñaba.

Ya he dicho que el régimen era el de « la letra con sangre entra ». No lo discutiré. Pero me parece y lo digo casi contrito, con cierto remordimiento de conciencia, que allí donde hay demasiada disciplina tiene que faltar un poco de ternura.

Me gusta leer en Tolstoï, hablando de su infancia (en sus *Memorias*): « Y sueños confusos de una dulzura infinita, llenan mi imaginación. Un santo y profundo sueño de niño me cierra las mejillas y me duermo en un momento. Me despiertan. Siento, al través de mi sueño, una mano

amada acercarse de mí y tocarme. La reconozco sin haberla visto. Todavía incompletamente despierto, tomo á pesar mío esa mano y aplico en ella fuerte mis labios. »

Me pusieron, pues, en la escuela de varones del venerable é inolvidable don Juan Andrés de la Peña, — que debiera tener su estatua. Mi letra se perfeccionó allí. Mi conducta, según decían los boletines, era « sobresaliente entre todos sus condiscipulos ».

Pero duró poco. Hubo que buscar algo de mano más pesada que la del señor don Juan, — que era pura suavidad y dulzura, la de un alma como su letra, bellísima.

Me pasaron á lo de don Rufino Sánchez, que estaba en calle Victoria, entre Tacuari y Piedras, mirando al sur, en una casa de mucho fondo con tres patios. Era ésta de palmeta y rebenque de lonja, de muchachos chicos y grandes, más de éstos, que peleaban á trompadas, que se trataban

de « mazorquero degollador », de « salvaje unitario », que se insubordinaban fácilmente cuando los llamaban al orden, — no imponiéndoles ni don Bernardo Castañón, antiguo militar, un tagarote por el tamaño, con peluca, se le salía con facilidad, que era el brazo derecho de don Rufino.

Fué forzoso que de allí me sacaran.

No tanto por los maestros.

Los muchachos que pegan sólo respetan al que devuelve el golpe. Á mí me pegaban, y en lugar de pegar lloraba. Me dolía. Era el ridículo. De nada me servía ser sobrino de Rozas. Mi permanencia allí era insostenible.

Se decidió que me dieran lecciones en casa con Eduardita y que aprendiera la guitarra, — lecciones de francés, de inglés, de aritmética y de dibujo.

En cuanto á la geografía, mi misma madre nos la enseñaba, como á loros. Mi tata Tristán Baldez había escrito un compendio especial para nosotros.

También me enseñaba mi madre á ayudar á misa, tomándome de memoria el *Confiteor Deo* y haciendo que le dijera en qué momento debía hacerse esto ó aquello, pasar las vinajeras, tocar la

campanilla, etc. ¡Lo que he sudado con esto! No tanto como con la guitarra (me la hacían venir de Cádiz por conducto de la casa de Llavallol).

Tres maestros tuve: Restano, Alegre, — éste tocaba la flauta en la orquesta del teatro y se comía las uñas. Era muy buen hombre, manso como Restano, bandolinista, — que tuvo almacén de música por ahí cerca de San Miguel, en calle Suipacha, frente á donde edificó después Atucha. El tercer maestro, rival de un Leguizamón, se llamaba Robles, tocaba la trompa en la orquesta del teatro. Era buen guitarrista, conocía el contrapunto, de modo que componía, y no me daba confianza. Era medio *cuico*.

A lo mejor de la lección, si cabe « mejor » en tales martirios, mi madre abría la puerta del costurero (ya llamé la atención hacia esta abertura) y se presentaba:

— Buenos días, maestro.

— Para servir á usted, señora.

— Dígame, Robles, ¿conoce usted el último vals que tocan en Palermo?

— Nó, señora.

— Bueno, vea, se lo voy á tararear; es de Esnaola.

(Y lo hacía muy mal, pero lo bastante para que Robles escribiera.)

¿Cómo lo hacía?

No sé.

Lo que sí sé (si es de eso que queda como incisiones jeroglíficas en un sarcófago), es que mientras la señora tarareaba y Robles escribía sus signos musicales, yo me quemaba. ¡Empeño maternal digno de mejor resultado!

Lo que *à priori* ya sabía, me lo dijo el frenólogo Donovan haciendo mi análisis cranoscópico: « esta cabeza no tiene talento ninguno para la música, y aun me parece poder añadir la aritmética, como una ciencia á la que no tiene la menor afición. »

La naturaleza es pródiga. Si no me ha dado órganos musicales sensibles, privándome así de un placer incomparable, y debe serlo, porque en toda mitología hay un dios de la armonía, un Orfeo, — en compensación me ha dotado de un ojo estético, que fácilmente percibe las bellezas del colorido y de la forma; de la forma particularmente, tanto que cuando he visto, una sola vez me basta, « la Antiope » del Corregio ó la « Venus

de Médici », es como si siempre y constantemente las tuviera á la vista.

Han pasado y pasado los años, moralmente seguí tocando la guitarra...

Quise un día templarla, ni para atrás ni para adelante.

Empero no he olvidado las canciones con las que más me lucía, una á dúo con Eduardita : « Las pastoras, mis fieles amigas, me zahumaron con malva y poleo... »

Otra en francés, sólo : « Abenhamet, en quittant sa patrie... la mort (ó l'*amour*, ¿á dónde ocurrir?) dans l'âme et les pleurs dans les yeux... »

Debe ser « *amour* ». Porque esta misma canción la sabía en español (¿quién traduciría á quién?) y decía :

Abenhamet, al partir de Granada,
El corazón traspasado sintió,
Y allá en la vega, al perderla de vista,
Con débil voz su tormento expresó.

Tampoco he olvidado otra que, en casa de mi tío Juan Manuel, un Monsieur Gerandeau, de la Legación francesa, cantaba con acento lo más gabacho : « Casaca me he de poner, de paño arpi-

llera ó coco, yo estoy loco, loco, loco por tener una mujer. »

El lector no sospechaba en mí semejantes adornos.

Los maestros de idiomas y demás fueron, sucesivamente, un francés, Mr. Sourigues, y el que se decía sabedor de griego, — ofreciéndose como tal en el colegio de M. Larroque.

Con Sourigues no aprendíamos mucho.

Nos divertíamos. Era chispeante.

Mi hermana lo perturbaba...

Llamaron al otro, que si no era judío, siendo Gibraltarino, no sé cómo se llamaba Abraham. Este era formal, serio, de pocas palabras fuera de la lección, — seguramente instruído. Pero muy cansador. Y tenía una debilidad que mi hermana, mucho más lista que yo, descubrió, diciéndome un día :

— Ché, ¿no te has fijado en el deber para mañana? El personaje que Mr. X. X. pinta, cara, vestido, modo de caminar, todo, todo, fíjate, ve... es él, solo que le da el nombre de Sir Alexander Woodford, gobernador de Gibraltar.

Al día siguiente, como viniera vestido con el mismo pantalón á cuadros, grandes, verdes y

amarillos, — que le ponía á su personaje, — yo no pude contenerme, solté la carcajada, la contagié á mi hermana, y hubo un disgusto cuya causa verdadera nunca pudo esclarecer el interesado.

Contemporáneamente con este incidente había puesto escuela, frente á lo de Salomón, un emigrado oriental de apellido Sierra, — moreno, muy moreno, con patilla y bigote, ñato, simpático, inteligente, ilustrado, que tenía gallarda letra y dibujaba muy bien. Me pusieron allí. Él venía á casa á darle lecciones á mi hermana.

Tengo la conciencia de que nadie me enseñó algo de algún provecho como él, excepto mi madre.

La perseverancia de la señora era inaudita. Estudiaba con nosotros. Mejor dicho, lo mismo que nosotros. De esa manera podía vigilarnos mejor y apreciar nuestros progresos debidamente. Y no sólo era perseverante sin la mínima intermitencia, sino que era fecunda é ingeniosa en inventos.

Que no estuviéramos « ociosos » era su programa.

Solía decirnos :

— Nó, nó, ó jugando ó haciendo algo útil si no es hora de estudiar.

A ver, traigan las cartas. No era esto como aprender la guitarra para mí. Pero por ahí iba el hilo.

La señora había coleccionado cientos de cartas y hecho con ellas, poniéndole tapas de cartón, un grueso infolio. Era para que nos acostumbráramos á leer letra manuscrita de toda clase (había alguna que al mejor se la daría) y para que supiéramos qué clase de amigos tenía mi padre.

De aquel ejercicio deriva que yo sea algo ladino en trotes de caligrafía enredada. Allí, en ese enorme mamotreto, verdadero legajo de varios, aprendí yo á conocer y á querer algunos personajes, — los de letra clara como el señor don Domingo de Oro. Las simpatías de mi hermana y las mías estaban en razón inversa de la mala letra de los personajes.

La letra de Carril, por ejemplo, había cartas de él siendo ministro de Rivadavia, era complicada como su carácter. La de Oribe, á quien había visto una sola vez, acompañando á mi padre en visita que le hiciera en Buenos Aires, cuando iba á tomar el mando del ejército de Rozas, — era

como él : pequeña, recta, clara, fria, segura. Fué la impresión de niño que conservo de aquel guerrero oriental, pequeño, bien formado, algo trigueño, pálido, poco locuaz.

Cuando después de una carta de Carril y otra de alguno de los dos Zarratea llegábamos á una del señor Oro, — aquello era como en la Pampa, bajo sol canicular, una parada á la sombra de árbol solitario, protector del caminante. Alberto Sorel, dice hablando del conde de Gobineau, poeta, filósofo y moralista, apenas mencionado por uno que otro escritor, no obstante sus grandes méritos : « Entre nosotros no ha sido conocido verdaderamente y apreciado, sino á título de *causeur;* que el círculo en que conversaba se extienda, pues, al gran público. Sus cartas, según lo que de ellas yo sé, son su conversación escrita. La reputación que no conquistó en vida, como escritor, estoy persuadido que la conquistaría después de muerto, — dando á luz su correspondencia epistolar. »

Estas palabras son aplicables al señor don Domingo de Oro. Coleccionar y publicar su vasta correspondencia, tan variada, sería pagar tributo á una inolvidable personalidad, — tarea piadosa que yo con gusto me impondría. Pero á la que me

parecen llamados otros, jóvenes aún. Los incito. Desgraciadamente del Legago de Varios auténtico que para enseñanza de mi hermana y mía mi madre formó, sólo conservo como de tantas otras cosas, el recuerdo. No puedo, pues, anticipar un ofrecimiento.

Prosigo.

◻

Por suerte, este ejercicio con tan poco imán era sólo para cuando íbamos á visitar á mi padre en bandada, estando este en el Tonelero, en Ramallo, ó en San Nicolás. Mi madre llevaba consigo un elenco completo de sobrinas y amiguitas, — ¡cómo me acuerdo de una Villatte, aunque olvide su nombre y no debiera! Era la mayor, Julia, creo muy de la casa después de Misia Dolores Parravicini.

El viaje se hacía por el río, algunas veces. Una de ellas fuímos en una goleta de un italiano, lo más bueno, que se llamaba *Bachichin* (así sonaba). Hizo fortuna. ¡Qué viaje! sin viento y aguas arriba. Duró nueve días.

Era preferible al otro en dos galeras, por la posta, con escolta é incesantes nubes de polvo y ovaciones (vivas y mueras) en todas las paradas chicas ó grandes como Luján (aquí vivía el señor Muñiz, ¡qué aire de dignidad tenía!), como San Antonio (aquí había un gran federal legítimo, don Tiburcio Lima, el juez de paz, sujeto bueno). ¡Qué primitivo todo!

Siempre que pasábamos por San Antonio de Areco venía un señor de muy respetable aspecto, de regular estatura, más bien bajo, blanco en canas, con patilla y bigote, — á la rusa, que saludaba á mi madre, que conversaba en voz baja con ella, que se le ofrecía, despidiéndose así : « Memorias á Lucio, y que no me olvide. » Era el general Zopiola. Mi padre, su amigo, pensaba, en efecto, en él. Tengo papeles que lo comprueban, — feos papeles, — que no son para la hora de ésta. De ellos resulta : que mi padre quería y estimaba mucho al veterano de la Independencia; que tenía la mejor opinión de su carácter; que estaba en la miseria con numerosa familia á la espalda, — y también, que todo despotismo, tiranía ó dictadura, llámese la cosa abominable como se quiera, deprime el carácter hasta de los fuertes.

En uno de esos viajes con Bachichin, mi madre, que, por no quemarse, llevaba careta, una bonita, desembarcó un rato así no más en la ribera de un pueblito de la costa. Un paisano que la vió dijo después que pasamos : « Y cómo decían que era tan linda la hermana del Restaurador!

❧

Voy desarrollándome, la metamorfosis se inicia por sensaciones que revelan un misterio con signos inequívocos...

Estoy dejando de ignorar... conociendo. Ya leo en las miradas intencionadas ó insinuantes, — todo.

Lo mismo cuando mi padre piensa, vamos... que cuando no le sirven más á Tartás.

Era este un antiguo camarada de los hombres principales, largo, flaco, pálido, narigón, todos lo querían. Se había deprimido. Vivía mecido por la pereza, — ese corrosivo deletéreo. Se vestía con lo viejo de los amigos. En casa de ellos comía por turno, — más que comer devoraba, atento siempre á lo que ponían delante de mi madre, que dos

veces le servía á él. Pero mientras repetía, — lo dejaba en blanco del plato siguiente. Tartás entonces, apresurándose á concluir, decía: « Agustinita, de aquella otra vianda no me han servido. » Aquí una mirada de mi padre, mirada de reproche amable, expresaba: « Pobre Tartás; sabes que es un desgraciado, ¿por qué no le das más? »

Sí, ya leía con las miradas y reflexionaba sobre una porción de cosas que antes me habían parecido tan naturales. Lo que antes no me había chocado comenzaba á chocarme. Algo que era de una vaguedad indefinible, infinita, me decía: eso no está bien, aunque fuera la costumbre con lo que me había criado.

Raras eran las casas que no contaban en el servicio doméstico, á más de lo conchavado, negritos, mulatitos, chinitos, — que si no eran propiamente esclavos, tales parecían.

Rompían algo, un plato, una fuente, un vaso. Les ataban los pedazos al cuello y así andaban por penitencia. Aquello, no diré que me indignaba. Pero fuera cual fuera la causa, — simpatía quizá, un día me atreví á decir: ¡qué fea está Fulana con eso! ¿Por qué no se lo quitan, mamita?

La señora refunfuñó : « ¡ Pícara ! no lo merece ; pero como el niño se empeña, quítatelo. »

■

Sí, pues, es lo que dormita que despierta : la pubertad.

El *ananké* que todos llevamos dentro de nuestro ser. Chauser ha escrito : « El destino, ministro general que ejecuta todo aquí abajo, — lo previsto por Dios, — es tan fuerte que, aunque el mundo entero hubiera jurado lo contrario por sí ó por nó, tal cosa que no sucede en mil años sucedería en un día ; porque dígase cuanto se quiera, nuestros apetitos, ya estén por la guerra, por la paz, por el odio ó por el amor, — son aquí gobernados por una presciencia superior. »

Mi madre se había quedado sola : todo pesaba sobre ella, educación, enseñanza, vigilancia y todavía las complicadas funciones y obligaciones inherentes á una mujer de su edad, de su hermosura, de su clase, de su posición, — que aunque parezca sarcástico lo diré : en aquella

como corte la señora representaba el papel de una princesa de sangre. Por cierto que no se expide tan mal. No despierta ni suscita grandes prevenciones ó antipatías.

Comienza á aburrirme ir á casa de abuelita. Prefiero á sus golosinas y á sus dos reales cobre, con la bendición, á la calma conventual de aquella casa, — que ya el negro Perico no me aguanta, peso mucho, ni yo me entretengo con él, — y á las tonterías del padre Biguá (uno como idiota, sirviente de mi tío Juan Manuel) y á las insolencias del esperpento don Eusebio, que me revienta, porque dice (¡ mulato atrevido!) que yo soy hijo suyo, de oculto.

Prefiero á todo esto tan repetido, tan visto, tan siempre y siempre lo mismo, — que mi madre me lleve de noche á la tertulia de Manuelita, inalterablemente amable sin afectación, como que es buena (quizá padece, quizá oculta un torcedor), donde se canta, se ríe, se baila, — donde hay alegría (excepto en el dormitorio que linda con la sala, el llamado de abuelita Teodora, tan tenebroso), y de donde nos dirigiremos, es seguro, yendo á casa más de media noche ya, á la de don Germán, — calle Perú, casi al lado de una casa de altos que

edificó ó fué del señor don Juan Fernández, — para hacer una cena opípara: huevos revueltos con chorizos de Extremadura, queso, pan y manteca y vino carlón. Y sobre todo prefiero ir á Palermo, donde no faltan Juana Sosa, Dolores Marcet, Sofía Frank, Marica Mariño, su hermana, y tantas otras, — *toute la boutique.*

Allí hay movimiento, ruido, mucha gente, muchos soldados, — y lo veo á mi tío en mangas de camisa ó con su chaquetón azul, caña en mano, con más frecuencia ; allí se canta en la mesa, y si no voy en las cabalgatas que se organizan (Manuelita es una verdadera amazona), porque me quedo con mi madre, que no ama el ejercicio ecuestre, me mareo, me embriago, me entusiasmo con los gritos de : ¡ Viva Rozas ! y el himno :

Federales á Rozas siguiendo !
Y de nuevo la espada empuñando.
A la lid corremos gritando :
Libertad, libertad ó morir...

cantado en coro, al galope arrebatador, saltando zanjas, cercos, caracoleando por el laberinto del bosque febrilmente.

En Palermo vi y supe mucho feo y muchas cosas menos malas de las que se dicen, — algunas que prueban lo contrario. Pero todavía no habla el hombre, ni siquiera el joven. Para que hable, lo he dicho al empezar, « habrá que vivir y esperar ». Pero hablaré *deo volente* y diré verdad y seré sincero, que la insinceridad de ultratumba es villanía.

Las tiranías se suelen defender por la misma exageración de los que las combaten.

Mucho, mucho me gustaba Palermo, lo confieso, ¿ y por qué no?

He experimentado allí, en el Lago, emociones, algo... que como la majestuosa luz del estanque que pinta Tolstoi (también en sus Memorias), « creciendo y creciendo como un sonido, se hace más blanca, más blanca, las sombras más negras, más negras, la luz más transparente, más transparente... »

Pero no creáis, nó, — que os haga confidencias... *pas encore !*

Reflexionad que hay mucho amor encubado en el mundo para estar á cada momento hablando de eso. Pondré apenas un punto imperceptible sobre la *i*.

Schelling ha dicho: « Hay en cada hombre un cierto instinto que le dice que es lo que es desde el principio hasta el fin, eternamente, y que en manera alguna ha llegado á ser, él mismo por el tiempo. »

O según una fórmula mia, que estamos contenidos en nuestra fisiología.

Iba diciendo, — no hay que hacer, — mi polaridad, el inevitable dualismo, se manifiesta imperiosamente, ese « dualismo que corta la naturaleza en dos, de suerte que cada cosa no es más que una mitad y pide una otra cosa para completarse: el espíritu, la materia; el hombre, la mujer... »

Felizmente ya no habrá *quinta.*

Ya no iremos á la de la calle larga de Barracas cerca de Santa Lucia y de la quinta por el barrio,

de nuestro Nelson, — el viejo Brown, en cuyas rodillas *galopé*. Es decir, frente á la esquina de la banderita, donde se corren carreras en aquel arenal! Un poco más allá tuvo años después la suya el señor don Pepe Herrera. Tampoco iremos á la otra que quedaba más acá de lo de Unzué.

Eso llamaban campo.

Tampoco habrá los paseos á la Boca, á pescar! en el muelle.

Cuando íbamos, era seguro, mi padre decía: « Este camino lo hice yo siendo jefe de Policía de Viamont. »

Y tenía razón de estar orgulloso de su obra, — era el que sigue ahora el tramway que pasa por la casa Amarilla, — porque no eran aquellos tiempos sino los de los caminos que trazaban las inconmensurables ruedas de las carretas tucumanas, algo colosal. Pero muy bien ideado. Con menor radio, cómo dominar el piso? Habría sido de nunca llegar, por más yuntas de bueyes que unieran.

Ya no iremos, por fin, á la quinta de Marín, una embargada, al lado de la de Holmberg, por ahí cerca de lo de mi tío don Felipe Ezcurra, el honrado tesorero, y de la « pólvora de Cueli »

Seguidme. Os haré ver la obscuridad al través de la luz, aunque :

> ¡ Ay ! que decir lo que era es cosa dura,
> Esta selva salvaje, áspera y fuerte,
> Que en la mente renueva la pavura ! (1)

Con Eduardita, íbamos un día en la volanta para el *pueblo* (así se decía).

El cochero se detuvo en una pulpería que quedaba en el Arroyo de Maldonado (todo eso ahora es centro de riqueza y de cultura).

Unos hombres que se llamaban Troncoso, Badía y otro... vinieron, le dieron un trago á aquél.

A mi hermana y á mí bizcochos, preguntándonos por tatita y por mamita, y agregando : ¡ pero cómo han crecido! (dos años antes estos mismos hombres me habían llevado en ancas).

Seguimos, cerca de los corrales ó mataderos, — que quedaban detrás de la Recoleta ¡ qué haber de cuervos ! los caballos se espantaron empacándose. No querían seguir. Era en vano animarlos, castigarlos, castigarlos... ¿ Qué es eso? pregunta-

(1) « El Infierno », de Dante. traducción de Bartolomé Mitre.

mos, creyendo que eran borrachos que dormían.. Y, en efecto, dormidos estaban definitivamente

El cochero repuso sin titubear : ¡ *Son unos degollados !*

Los caballos arrancaron, Eduardita y yo nos acercamos más y más el uno al otro sobrecogidos, nada nos dijimos, — el cochero agregó con toda naturalidad :

« Algunos salvajes... »

¡ Pobres ! exclamó Eduardita. Yo nada dije : tenía miedo.

El cuadro estará mal trazado.

Es real.

Yo no reflexioné entonces, ¡ qué había de reflexionar !

Mas ahora pienso, pensando en todo aquello al dejar la pluma un rato, para descansar, y decir bien si puedo, valiéndome de un giro de frase á lo Montesquieu : si Urquiza hubiera seguido pensando como Rozas, otros habrían pensado al contrario de ellos, y ambos habrían caído año más año menos.

En cuanto al criollo, — el cochero, hablaba la lengua popular. No da ella la medida virulenta de los sentimientos. Pero predispone. Del dicho al

hecho hay poco trecho. Es el mal de las exageraciones en todo momento histórico de pasión intolerante. « Salvaje » se había hecho equivalente de hombre que no hay porqué considerar; ni más ni menos que á un perro rabioso. Así se cantaba : « Al que con salvajes tenga relación, verga por » los lomos sin cuenta y razón, y si se resiste » violín y violón. » Puede por eso explicar en parte la furia de los partidos en Inglaterra el origen atribuído á *Whigs* « lecheros ó carreteros », y *Tories*, « piratas ó bandidos ». *Mazorquero* era pues todo federal aunque fuera hombre inofensivo, y *salvaje* todo unitario aunque fuera incapaz de matar una mosca.

. . . .

. . . .

Llega á Buenos Aires Monsieur Clarmont.

Es un francés de buen porte, — discípulo de la Escuela Normal, — casado con una señora incitante, aunque renga.

Tienen una hija.

Ponen un colegio en la calle 25 Mayo (entre Corrientes y Parque.)

Entiendo que la casa había sido ó era del padre de Julio Núñez, — el amable Julio, en el que uno no puede pensar sin recordar al buen Choquet, que después de Pavón escribiera : « He visto » á Julio Núñez de guerrero, ahora ya puedo » morir. »

El como verso, — lo parece, — da una idea del entusiasmo con que Mitre fué acompañado en aquella cruzada final contra el caudillaje.

Resuelven que entre allí.

Cuando me anunciaron que pensaban ponerme en otro colegio me puse muy contento. Por lo que allí podrían enseñarme, nó. Porque los juegos serían otros, más variados, — lindos en lenguaje infantil, como decían que eran los de los jesuitas, menos duros los castigos, los niños no tan trompeadores, que no se sacarían « la chocolata » á cada momento por cualquier cosa.

Oía decir : habrá poca chamuchina, irán allí los de las mejores familias.

Era poco más ó menos lo mismo : nada de gimnasia, nada que tuviera en vista hacer jóvenes

robustos sin sacrificarle el espíritu al cuerpo, ni tampoco nada que tuviera en vista que mucha erudición aturde, no siendo la ciencia, y que al niño no hay que agobiarlo apurando su memoria con el peso de innumerables referencias; y mucho menos nada, nada que tuviera en vista vencer el horror del « esfuerzo durable », que es la enfermedad de estos tiempos, — enfermedad de la que ya san Agustín se había apercibido : *Volens quo nollet pervenerat.*

Dos preceptores principales completaban á Monsieur Clarmont : uno de inglés, el clérigo Gannon, irlandés, hombre grande, rubio, llena la cara de petequias, y el célebre Juan Francisco Segui, autor del Manifiesto 1.° de Mayo, — de Urquiza, contra Rozas. Había estudiado con los jesuítas y recibido la prima tonsura. Mi padre que era padrino de todos los Segui (de Santa Fé), le costeó sus estudios. Tiró un día los hábitos y se casó, — fundando una familia.

Gran talento de esos que llaman medio loco; murió muy joven.

En lo de Monsieur Clarmont enseñaba gramática castellana y latín.

Estaban aqui, entre otros, Emilio Wiche (Vique

decían), dos García, uno murió ; otro vive creo, lo deseo, hijos de mi pariente, según decía mi madre, casado con la bellísima Carolina Lagos ; padre por consiguiente de Carolinita, una de las mujeres más chispeantes de ambas orillas del Plata ; Ezequiel y Alejandro Paz y Manolo Guerrico. Eran todos discípulos distinguidos. Yo, aunque un poquito mayor que algunos de ellos, como siempre, á la cola. Apenas me hacía notar por mi comportación (¡le temía tanto á mi madre!)

Tengo de este colegio dos reminiscencias que más tarde, cuando me creía Luis Lambert, eran una obsesión concluyente (yo, tenía que ser él).

Monsieur Clarmont nó, — ella, me tenía mala voluntad; qué quieren ustedes, era la hija la que me hacía soñar con huríes.

Pero, la mujer se infiltra y el libre albedrío del hombre á poca cosa queda reducido...

Había dado aquel este tema : « Juana de Arco ». Á mi composición la cruzó con un grueso lápiz rojo, tildando particularmente un cierto párrafo metafórico, — que hombre yo ya de libros hallé parecido á otro de un autor de nota sobre lo mismo. Algo indefinible cual un misterio me decía en aquella circunstancia : hay aquí injusticia.

El otro caso fué de pura compostura en la clase. Entre los muchachos hay masonería. Alguien hizo ruido, un ruido molesto que lo perturbó á Monsieur Clarmont, en su lección de historia con comentarios, — lección en francés.

¿Quién? preguntó.

Silencio profundo.

Miró, remiró, como un capitán que va á explicarle la maniobra á su tropa antes de dar las voces de mando, — y creyendo haber hallado: « Mansilla, ordenó, cien versos de la *Henriade.* »

Nó, repuse yo, qué había de decir es Ezequiel Paz! (él era).

« Cien versos más », continuó, y yo volví á insistir; y así, él mandando furioso y yo desobedeciendo indignado, llegamos hasta mil.

Cuando me fueron á buscar, — el sirviente recibió una carta para mi madre. La señora leyó. Y con un laconismo espartano ordenó. No había efugio, ni refugio. Obedecer era inevitable.

Me puse, pues, á la obra:

Je chante ce héros qui régna sur la France,
Et par droit de conquête et par droit de naissance.

Y fecho, — duró y duró, — volví con la peniten-

cia completa, lo que me valió una ovación de todos aquellos diablos, algunos de los cuales han sido, sin dejar de ser bulliciosos ó molestos, varones de provecho ó consecuencia.

El colegio se mudó á la calle Florida, frente, si la memoria no me traiciona, á la casa conocida por la de don Gregorio Torres (q. e. p. d.).

Una calidad lo distinguía en estos tiempos de alternativas indignas : sabía ser amigo y enemigo.

Estando yo ahí, y siendo sus competidores Monsieur Larroque y Monsieur Perey, con preceptores como los colosales é inolvidables Míster Clark y Salaberry, y el Colegio de Martínez « Republicano Federal » (!), estando yo ahí, repito, murió mi abuelo materno ; después, al poco tiempo, abuelita, cuyo retrato muerta veo frecuentemente aquí en el Louvre, — en un gran cuadro de Delaroche. Representa á Elisabeth de Inglaterra, — cuando ya no era de los vivos : es mi abuela con su nariz y su perfil autoritarios, y mi madre en el último tercio de la vida con líneas más tenues.

De la muerte de mi tia Encarnación, nada absolutamente recuerdo. Ni nada tampoco de la de mis abuelos. Lo primero se explicaría, si acaeció antes que la de estos. Pero lo segundo es fenomenal. Sería que ya comenzaban á revolotear en torno mío más larvas voluptuosas de lo que el progreso de mis estudios escolares requeria, — resultando de ahí la necesidad de verles las caras con la mayor frecuencia posible, acompañado del tan querido Enrique Lezica, á Pepita Larrazábal, á Pepita Rezabal, á Luisita Ocampo, á Avelina Pinedo, á Elvirita Ocampo (la que casó con Del Sar), á las dos de Llambi, á Virginia Alvear todas y cada una de ellas á cual más interesante en su género y tan amables como sus respectivas mamás. Las horas se me iban en algunas de aquellas casas, en todas no visitaba, la mayor parte en calle Florida. Misia Carmen Alvear, qué matrona encantadora, y qué amante de las flores, y que prolija en todos los detalles interiores de su casa, del mejor gusto sin lujo. Del señor don Carlos, asi le decia yo, antes

de ser nombrado Ministro en Wáshington (alejándolo y alejándose él del teatro de los sucesos que venían), podría hacer de memoria un retrato muy parecido. No sabiendo pintar, apelo á una comparación : el Emilio Alvear que hemos conocido era la verdadera imagen del general, en todo caso, el hijo que más se le parecía. Hay que cuidar las fotografías de este, ó que copiarlas de manera indeleble.

Y sigo.

Es curioso que de aquellos acontecimientos luctuosos apenas tenga uno que otro rastro vago en la cabeza, — como que estando en el colegio de Monsieur Clarmont fueron á decirme : « Que vaya niño, que se está muriendo abuelito León. » Y, sin embargo, oigo las iracundias de mi abuela, porque ni el jefe de Policía, don Bernardo Victórica (¿y qué había de hacer él?), ni el otro, el patrón, el propio hijo, deferían á su empeño insistente : que lo pusieran en libertad á un doctor Almeida (nada le sucedió), que según ella no era unitario ni federal, sino médico. No hay que confundirlo con el otro que fué suegro del general Arredondo. Y, sin embargo, repito, oigo, veo la escena : mi abuelo en el cuadro con sus zapatos de orillo y su junco con puño de oro caminando con difi-

cultad, silencioso, plácida esa cara que sacó mamá Mariquita; todo, todo lo veo á lo vivo, sin que falte un detalle, de relieve, parlante cuasi, como los figurines de una de esas telas pequeñas, insuperables, de Teniers. Quién sabe; bien pudiera suceder que una vez concluído este libro, — despierto ó en sueños vea lo que ahora no veo. Me sucede á cada paso que, pensando en una cosa, se me ocurre otra. No tengo nada que se parezca á un apunte á la vista á no ser mi memoria.

Así, por ejemplo, en páginas anteriores he omitido lo que no hubiera debido olvidar: que en el barrio, en mi misma cuadra, vivían los Gache, familia considerada, Manolo era de los míos, que el señor Gache tenía ropería, que si doy en bola, los Gache y los Arrotea tenían parentesco. Y ya que de vecinos va que conste que por ahí, en la misma cuadra de los Lastra vivían los Oromí (en cuya familia casó Blaquier) y los Aguirre (en cuya familia casó Guerrico); y asi mismo que á más de la escuela de Garcia, el padre de Fernando, había otra que le llamaban, no sé porqué de Míster García. Por último, que Manuel y Mariano Obarrio, tan compinches con mi madre y tan federales, vivían frente á lo de Misia Chepita Lavalle.

Me sacaron del colegio de Monsieur Clarmont, y al fin comienza algo así como una nueva existencia para mí. He crecido, me he desarrollado mucho.

Pero todavía me acuestan casi junto con las gallinas. Me desquito. Soy yo ahora el que la invito á mi hermana á levantarnos para escuchar lo que conversan en el costurero las visitas de mi madre. Y ella, que antes era la que me tentaba, la que resiste, — cediendo al fin.

Ejercía sobre ella mucha influencia. La edad lo altera todo. Aquello pasó.

Pasaron, sí, las inocentes horas en que antes de ir á acostarnos, de pie delante del aparador, comíamos nuestra cena. Eran dos porciones en un mismo plato, separadas visiblemente, con cuchara ó tenedor según fuera el bocado. Yo hablaba y hablaba, mi hermana escuchaba y escuchaba, era su encanto oirme. Cuando terminaba mi porción, atacaba la suya diciendo: « El que acaba primero ayuda á su compañero. » Y así, habiendo ella comido

palabras y yo dulce de leche ó yema quemada, ó alguna otra golosina, — nos íbamos muy contentos al *nono*.

Poco beneficio resulta de escuchar tras de las puertas, y si algo positivo resulta, las más veces, es contraproducente, el castigo. Fué lo que alguna vez nos pasó á Eduardita y á mí.

Pero cuando no se pone malicia en ciertos actos sino el deseo infantil de saber, ni esto, el de oir, — la falta es perdonable.

¡Nos metían en cama tan temprano!

Poco á poco el régimen conventual fué siendo menos severo. Es decir, que hubo menos cama y un poco más de alternar con las visitas.

Se iniciaba una buena época.

Duró poco...

Habían llegado á Buenos Aires, — Santiago Arcos, una especie de Domingo de Oro para mí, de otro género, y Miguel de los Santos Álvarez (1).

(1) Véase mi *Causerie* « Horfandad sin hache ».

Arcano. El jocoso Santiago murió suicidado; el tétrico Miguel, noventón.

Este personaje me ha hecho pensar varias veces en las reflexiones que deben hacer los sirvientes que no son catedráticos (de todo hay en la viña del Señor), á propósito de ciertas visitas muy conversadoras.

— María, díjole mi madre á su mucama de confianza, á los que vengan esta noche les dirás que siento mucho haber tenido que salir, que sin falta los espero mañana, ¿has entendido bien?

— Sí, señora.

Y partió.

Tenía un verdadero « salón ». Muchas veces no había donde sentarse ya, en el costurero, y los tertulianos se diseminaban pasando algunos al comedor. Allí se confundían todas las nacionalidades, y todas las profesiones: diplomáticas, marinos, militares, abogados, médicos, comerciantes y paseantes en corte (que es también una profesión de todas las latitudes y tiempos)....

Regresó la señora.

María se puso á detallar las visitas.

Se detiene, reflexiona, nada, — y dice: y estuvo también ese señor... su merced sabe.

— ¿Pero quién?

— Pero, mi ama, ese señor medio loco.

— ¡Medio loco! ¿Quién, por Dios, María?

— Bueno, pues, señora, ese señor que habla tanto.

— ¿Álvarez?

— Sí, sí, señora, ese mismo; el señor calienta bancos (era el apodo que le habían puesto por las largas visitas que se hacía).

Que hay en esto su filosofía salta á la vista; examinando despacio, ¡qué no la tiene! Yo he dicho, sin embargo, algo que repetiré aquí: hay dos métodos de conversación: hablar ó escuchar. El primero desde luego tiene sus inconvenientes no pequeños; el segundo no compromete, — que en boca cerrada no entran moscas. Pero el otro sólo nos hace escuchar nuestras propias necedades.

He dicho hace un momento que se iniciaba una buena época... duró poco.

Colegio parece que no me sentaba; maestros en casa menos. ¿Para qué servía entonces? Médico,

abogado, eran profesiones eliminadas ¿El campo, la estancia? El epígrafe era : para que se embrutezca más. ¡Eh! en algunas era escasa hasta el agua y no había más leña que osamentas y bosta seca, — aun mucho después, — como en el Thibet, donde jamás se lavan, ni en ello pensaron. Entonces no hay que hacer, que sea comerciante.

Mi padre no tomaba cartas en esto.

El genio de la casa era Adolfo.

Se decidió, pues, que entrara á mérito, de dependiente, en la casa de comercio Adolfo Mansilla y C.ª, — despues de haber díscutido si no seria mejor ponerme en lo de Meyrelles que pasaba por federal, ó en alguna de las tan acreditadas de Llavallol, ó Calvo, introductores. Donovan, el frenólogo ya citado, también me dijo al tantear la protuberancia de los tonos, pocos años después de este ensayo infructuoso : « Ésta cabeza no da suficiente importancia á los ahorros y ganancias para ser un buen comerciante ó traficante. »

Héteme aquí al fin, copiando cartas de comercio, — letra regular era todo mi bagaje, — facturas, conocimientos, haciendo inventarios, entre barricas de azúcar, pipas de caña, sacos de pasas, cajas de uvas, — que buena contribución paga-

ban, lo mismo que los ticholos, el vino de Málaga y el marrasquino, — oyéndolo estornudar á Carvalho, blasfemar á los peones vascos; á Pepe Echagüe y á Benjamín Garcia, mís colegas, renegar contra el gerente Vidal (Braulio), que con ellos y conmigo se desquitaba de los retos estruendosos como bombardeos, con su correspondiente dosis de ajos y cebollas que el formidable patrón, — don Adolfo, — favorito de la casa del gobernador, siempre tonante, le descargaba cotidianamente, metódicamente, sistemáticamente por quítame allá esas pajas.

Con ansiedad esperaba el sábado y el domingo. El sábado porque era día de cobranzas, y andaba á caballo, saco en mano, jineteando cuando los perros me salían al paso. Había tantos, que la policía organizaba periódicamente matanzas. « Mata perros » era así calificativo de desprecio. Porque las cuadrillas contra los pobres canes, — que con frecuencia se veían pudriéndose en los pantanos, — se componían, en su mayor, parte de presos ó malhechores. El domingo, porque era día de ir al saladero del « Reloj », en que era socio don Felipe Senillosa, á pagar los peones; por consiguiente, día de navegar, de cruzar el río de Barracas en

bote, bogando, — y de darme aires de hombre. El pingo lo dejaba en la banda izquierda del río, — que ir por el puente era muy largo.

Á la vuelta tomaba por la calle larga de Barracas, y todo ello me solía valer algunos papeles grasientos de á peso sobrantes. Se está haciendo hombre, decían. Por ahí iba el hilo...

Pepe Echagüe, hijo del coronel, hermano del general don Pascual, y Julián Murga eran mis confidentes...

Á Benjamín, después de haber sido uno de los primeros trompeadores del barrio, le había dado por la formalidad.

Esta nueva existencia tenía que abrirme las puertas del teatro, — que ya era mozo que andaba sólo, — y aunque sin atreverme á penetrar entretelones ¡qué tentación! lo frecuentaba. Lo único que no podía hacer era entrar tarde. Entraba á buena hora por lo tanto. Pero como las paredes de los fondos eran bajas, — ya se comprenden las demás de mis evoluciones.

Qué pálido estás hoy, solían decirme. Y yo qué había de contestar. Hacía un gesto que no decía sí, ni nó ; y salía del paso cambiando de conversación.

Estando de *comerciante*, no especulaba ni jugaba en la Bolsa, que entonces se llamaba el *Camoati*. Quedaba en la calle Victoria, entre Chacabuco y Perú. Y siendo « Camoati » palabra de idioma *guarani* que no se halla en los diccionarios españoles, en los míos, al menos, — hago saber al que lo ignore, ya que en lengua más ó menos cervantesca escribo, que significa *avispero*. Mejor puesto no podía estar el nombre. No era persona jurídica, la toleraban.

Que no especulaba he dicho. Pero la casa lo hacía. Tenía sus socios, Wiche uno, el padre de Vidal otro. Las oscilaciones del metálico debían ser muy fuertes. No me acuerdo, que es lo mismo que no saber. Lo que sí veo es á aquellos caballeros, y otros que eran corredores, — entrar y salir con talegas de onzas de oro bajo el brazo *jipando*, ó con grandes atados de papel. Y lo oigo á Adolfo, — que no se cuidaba de mí decir : « Anoche supe tal ó cual cosa, que me dijo tal ó cual escribiente del gobernador. »

La política, como siempre, determinaba las oscilaciones del metálico. Saber era acertar. Adolfo tenía, pues, sus intimidades con los más allegados « al hombre » (así le decían), y esas intimidades valían dinero. Varias veces yo lo llevé, lacrado, y otras tantas oí esto : « Caramba, qué caro es Fulano. »

De manera que iban á lo seguro, si compraban ó vendían.

En la Bolsa esto se llama buena fe.

Quand même ella suele darles el vuelto á los que creían haberle visto bien las patas á la sota.

⊠

Pepita era modista, vivía y trabajaba en una tienda de gorras, con altos, calle Victoria, entre los dulces de las confiterías de Monguillot y Baldraco.

La madre tenía hotel en la calle San Martín, casi al lado de la actual Corte Suprema. Ambas francesas.

Yo tenía diez y seis años, ella lo mismo. Era muy bonita, de ojos grandes pardos expresivos,

de nariz perfilada con delicadeza, de boca con labios encendidos, algo grueso el inferior; de dientes sanos, blancos, separados, sonrosada la tez, peinado siempre de *bandeau* el castaño cabello abundante, — graciosa en el andar y un tanto regordete.

Debo apresurarme á decir que era honesta. La perseguían Agustín Drago, un Adonis, entonces, y los elegantes Carlos Urioste, los Pérez del Cerro, Juan Francisco Monguillot y todos los tenderos de los alrededores, inclusive Federico Elortondo, idéntico á mí en al rostro. Nos amábamos. Por consiguiente nos escribíamos. Nos veíamos de noche. Aunque yo había ya pensado en otras muchachas, de familias culminantes y ellas en mí, no había sentido todavía el fuego de una pasión del alma. Nos veíamos, sí, hay que verse. Pero nos veíamos como Julieta y Romeo. El tiempo corría.

La ley se cumplía, cada vez nos amábamos más y no sabíamos qué hacer... y ningún pensamiento que no fuera puro nos inquietaba, excepto la incertidumbre del porvenir. Amar es esperar, esperábamos...

« La esperanza es una perspectiva riente que oculta el término del viaje. »

En el intertanto llegó á Buenos Aires el señor don Antonio de Arcos, español, amigo de San Martín y de Aguado, el que tenía su hotel en la plaza Vendôme, frente al « Ritz », ahora, casado con una dama chilena de calidad, doña Isabel Arlegui. Era tenedor de muchos fondos públicos argentinos, los del primer empréstito exterior. Tenía cuatro hijos, que nombro por orden de edades : Domingo y Santiago (este andaba por otra parte), Antonio y Javier (este último fué senador en España).

Todos se fueron á Chile, menos Domingo que se quedó en Buenos Aires, donde puso algo así como un banco con dinero de su padre naturalmente.

Vivía en la calle Victoria, al lado del teatro, en una casa del señor don Juan Fernández. Él me enseñó á tirar el florete. Me habia tomado gran afición. Me mostraba sus cartas con su prometida esposa. Yo le hablaba de mis amores. La regla es que el viejo tome de confidente al joven y el joven al viejo. Sus consejos no eran buenos.

Los míos, los que más tarde le di cuando nos encontramos en París en la *Maison Dorée*, — que entonces alquilaba epartamentos amueblados (ha

poco la cerraron para siempre, quizá, como Tortoni); los míos, decía, siendo los de la prudencia juvenil, que es intuitiva, hicieron que una mujer que debió llamarse Madame Arcos subiera al trono de un Imperio, es decir, que fuera coronada Emperatriz de los Franceses.

Las pequeñas causas produciendo siempre grandes efectos. Todo esto parecerá inverosimil, y, sin embargo, como lo digo es. « Le vrai peut quelquefois n'ètre pas vraisemblable. »

Buenos Aires iba dejando de ser lentamente, muy lentamente, pero se sentía y se veia, la ciudad de los miedos y de los lamentos de 1840 y 1842, aunque después de 1845, — efecto de la intervención anglo-francesa, que abrió la navegación de los ríos á cañonazos, — empezaron las maquinaciones de partido preparatorias de là caída de Rozas. Lo que ha de ser será. La irresponsabilidad induce, arrastra, precipita, — tendríamos una Camila... el estigma.

No diré menudamente en qué consistía, — lo que acabo de implicar con la frase « iba dejando de ser ». Condensando mi pensamiento hasta reducirlo á la menor expresión y medio valiéndome de una fórmula, afirmaré sin trepidar : que mucha gente se acomodaba; que otra buscaba predicamento; que estos hallaban ya algo adecuado; que aquellos procuraban relacionarse con los Ministros extranjeros, viendo con mucho gusto en sus casas á los miembros del cuerpo diplomático. En una palabra : iban con más espontaneidad á Palermo.

Tal era la situación moral.

Es el momento en que ya no canta Bacani, cuya fama vive. Él se sobrevive. Está muy viejo. Ha educado un negro, « el negro de Bacani » lo llaman. Canta, declama. « Es el momento, decía, en que llega Pestalardo y se suceden Carolina Merea, Nina Barbieri, Ida Edelvira, Zentati, Franchi, del boletero Reynoso, con quien todos se daban », — esto desaloja á aquello, — la cantora á la cómica (todos cantan : *¡gran Dio morir si giovene!*), los entretelones, *coulisses*, que eran de acceso poco bien visto, dan ingreso á la flor y la nata del dandismo más ó menos federal, — y bajo esos aus-

picios se abre una nueva era (*sic*) de libertinaje elegante, que, caído Rozas, será completada, perfeccionada (salvo error ú omisión), por los bailes de máscaras públicos en los que se codean y se tutean todas las especies confundidas...

Materialmente una que otra vieja casa era demolida, y no se hablaba sino de la que estaba construyendo, verbigracia, Pacheco ó Adrogué.

Comenzaban á llegar sombrereros franceses (la palabra abarca todo); ya mi madre no encargaba zapatos ingleses y franceses para ella y nosotros, por medio de Monsieur Caumartin y de Atkinson Plows (1), — había donde comprarlos.

(1) Por la casa de Monsieur Caumartin, en efecto, le llegaban á mi madre encomiendas diversas de París, calzado de cabritilla, de seda y raso (el color bronceado y el negro eran sus preferencias), es decir, zapatos con atacado *sin taco*. Las señoras de Buenos Aires caminaban poco, como ahora, — olvidando las lindas porteñas que la gordura, por falta de ejercicio, es enemiga de la belleza. Verdad que las veredas eran detestables. Pero las he visto recientemente y, siendo excelentes, ya no hay la excusa que antes daba, ¿cómo diré? digamos la molicie meridional. La casa de Atkinson Plows nos traía á nosotros, á Eduardita y á mí, calzado fuerte inglés. Completaré esta nota consignando que el sastre militar con más crédito era Monsieur Moine, y el civil de los elegantes un Rodríguez español, que tenía su casa, á la francesa, en la esquina Cangallo, acera de la actual confitería del Aguila. Más ó menos es la época en

Y, por último : Monsieur Southern el lujoso, mundano y popular Ministro inglés, y su *grand chef* Preau, el conde Walewsky y el príncipe Bentivoglio, hermano de la condesa, — que noche á noche iban á casa de Manuelita, — con otros, como el señorial conde de Mareuil y Lord Hawden, hallaban imitadores. Me acuerdo de que Rufino Elizalde usaba *plaid* escocés cruzado, á la manera del secretario de la Legación de Inglaterra, su amigo, un inglesito de lo más listo que, hablando español, parecía un madrileño.



Tal era el momento en que Domingo Arcos, — caía por allí. Jóven, lindo mozo, sin otro defecto

que llega Monsieur Bazille, que se establece con su sombrerería bajo los altos de Belaustegui, frente á la esquina de la tienda de Castro (!) Es un francés rubio, fornido, que trabaja en mangas de camisa, despechugado, — y que les guiña el ojo á cuantas puede, provocando más risa que malicia. Al lado ya estaba en Perú Monsieur Favre, que se fué más al norte después, — con su joyería. En cuanto á platerías y todo lo concerniente á aperos, chapeados, ponchos de lujo, riendas trenzadas, — algunas, verdaderas obras de arte, habia que ir á la calle del Buen Orden.

que poca talla, elegante, muy jinete, tanto que yendo á Palermo saltaba todo cerco, montando á la inglesa (era como se decía) una yegua. Nadie como él cuidaba un caballo. Ítem más : floretista eximio, y por añadidura y en conclusión, tenor de voz poderosa, y cantor muy músico, no tardó en ser el niño mimado de los salones. Tal era mi confidente, que los paquetes copiaban cuanto podían; que si no me daba los mejores consejos respecto de Pepita me daba sí las mejores lecciones de cultura, así como me dió los mejores *renseignements* (dice más esta palabra que informaciones), cuando (con destino á París) me embarqué para Calcuta en un buque de vela pequeño, la barca americana *Huma*, de sólo trescientas sesenta toneladas, que puso nada menos que 96 días en llegar á su destino, después de pasar por entre las islas desiertas San Juan y Amsterdam, — llevada por vientos adversos. ¡Y qué vientos! Siguiendo la ley de los contrastes, sólo eran comparables á las calmas chichas de la línea equinoxial por el Pacífico.

Las apariencias engañan. La opinión no ve sino la superficie. Mis amores con Pepita, — que si se oculta el melón el olor trascienda, — se ha-

cían cada vez más notorios con mengua de su reputación. Me mortificaba.

Las bromas me exasperaban. El gran peligro era que mi madre llegara á descubrirnos. Intervendría el Jefe de Policía, Moreno, y adiós mi dinero.

Algarotti dice bien : « Poco s'intende d'Amore, qui con la sua Dona parla sempre d'Amore. »

Era el caso mío.

Aquello no podía continuar así. ¿Qué hacer? ¡Resolvimos casarnos! La *mésalliance* era irreductible. ¿Qué hacer? Resolvimos fugar. ¿Adónde? Donde un sacerdote pudiera bendecir nuestra unión.

Montevideo, dijimos; pues á Montevideo.

Los unitarios me habrían explotado como una víctima más de la tiranía de mi tío. Y yo, probablemente, acosado por el hambre, habría dejado decir y hacer. La necesidad tiene cara de hereje, ó es maestra en sutilizar el ingenio.

¿Qué haríamos allí?

La juventud no le tiene horror á la pobreza. Es mal de viejos. Ella haría gorras. Yo daría lecciones de francés (creía saberlo) y enseñaría á escribir.

Con mucho amor poco dinero alcanza. La feli-

cidad está en la cabaña. Es el rancio refrán : contigo pan y cebolla. Pero ¿cómo hacer? Dinero no teníamos. Todo se encadena. El fin se contiene en el principio. Hasta en estos devaneos la fuerza centrípeta aumenta la centrífuga. Eché pelillos á la mar, y de reticencia en reticencia llegué á esta conclusión : tomarle algunas de sus alhajas á mi hermana no es robo. Pues á ello. Y busqué un *bachicha* ballenero. Tratamos. Me llevaría á Montevideo. Fijamos el sitio del embarco clandestino, detrás del Fuerte, — paraje solitario, y la hora, palpitando al mismo diapasón de inquietudes.

Pepita estaba incesantemente al cabo de todos mis movimientos y combinaciones. Terminado el plan y resuelto á ponerlo en ejecución sin demora, el tiempo era sereno, favorable, no había que perder horas tan propicias. Le escribí. Julián Murga se encargó de entregar mi misiva.

Por el camino tuvo curiosidad. Mis aires de trovador á todo determinado lo habían intrigado. Abrió... se asustó... pero se ingenió, volvió á cerrar el billete y lo entregó. Pero una vez hecho volvió á asustarse... meditó y resolvió decirle lo que pasaba á mi tía Carlota, — la que toda agitada se fué volando á ver á mi madre.

Era esta mujer de mucha disposición en todo momento.

Vamos, Carlota, le dijo después de oirla, y se fueron juntas á la Policía. Moreno dió inmediatamente sus órdenes. Ella y yo íbamos á poner el pie en la ballenera, lista con el patrón del trato y dos marineros, — cuando la policía, un pelotón de vigilantes á caballo se presentó, rodeando el frágil bajel, casi en la playa. El amor no da baratos sus gustos.

El comisario que lo mandaba fué breve : síganme ustedes...

No había resistencia posible. Obedecimos. Nos separaron. Un rato después ella estaba en la casa de Ejercicios, yo en un calabozo (*sic*) de la Policía.

Allí permanecí hasta el día siguiente sin querer dejarme registrar. Querían quitarme las cartas de Pepita y su retrato (¡ bárbaros!) que llevaba sobre mi corazón desolado.

❧

Una vez en casa, la escena con mi madre fué dramática, patética. Quería que le diera las cartas y el

retrato de mi Pepita, y que le pidiera perdón.

— Dame las cartas de esa loca, me decía.

— No es loca, mamita, está usted muy equivocada (yo no la tuteaba, ni Eduardita, Carlitos sí). ¡No es loca! Es una muchacha honrada con la que me he de casar... (Aquí una carcajada homérica de la señora con manifestaciones de cólera y amenaza de pegarme...)

Híncate y pide perdón, — repetía, — y yo nó, nó. Está bien, agregó, te doy tres días para reflexionar, y si no pides perdón, á la estancia de Gervasio. Allí, con tu padrino en el Rincón de López (mi tío tuvo varios huéspedes por el estilo, entre ellos un cierto Bartolomé Mitre que ha llegado á ser hombre eminente por la palabra, por la pluma y por la espada); allí aprenderás á ser gente...

Estaba vigilado y aislado. Los sirvientes me querían; no osaban decirme ni con la mirada: ¿niño, quiere algo?

Á los dos días dormía como una piedra, lejos de las piezas donde generalmente estaba la señora, las ya conocidas porque la casa se había agrandado, haciendo de dos una, es decir, uniendo la de esquina á la que como inquilino había ocupado

largos años el señor don Juan *Injuinto*, — comprada por mi padre á la testamentaría de mi abuela...

En medio de aquel sueño de los diez y seis años, que es siempre reparador, profundísimo, aunque estemos enfermos de amor, oigo unos gritos desaforados de fuego! fuego!! en el cuarto de Eduardita!!!

Me despierto sobrecogido, salto de la cama, corro, corro, abriendo puertas cerradas, llego al cuarto de mi hermana amada, — y la hallo leyendo tranquilamente.

Se sorprende. Nos explicamos. No entendíamos. ¡Ay de mí! Yo entendí cuando volví á buscar el reposo que no hallé. Infausta noche. La estratagema de mi madre había sido coronada por la victoria. Las cartas de Pepita y su retrato, — que como prendas preciosas ponía bajo la almohada para mayor seguridad, — habían desaparecido... ¿para siempre?

Nó.

Teniendo ya los cabellos blancos, mi madre me las mostró. Las vi como documentos antiguos.

A los tres días llegó el plazo fijado. La escena del perdón exigido se renovó. Estuve inflexible.

Mi madre hizo como me lo había notificado: al día siguiente galopaban en dirección al Rincón de López dos jinetes, un negro de toda la confianza de mi tío Gervasio, que había venido en comisión á Buenos Aires, — llamado Cipriano, y el que suscribe.

Era mi tío sujeto de poca estatura, de complexión enjuta, ágil, metódico, infatigable en el trabajo, muy de á caballo, — lleno de manías, como todo Rozas, y no cansarse nunca una de ellas.

Le habrían dado garrote vil antes de hacerle decir tengo frío, ó calor, ya no puedo.

No me era permitido alejarme de las casas. Me trataba con cariño. Tenía que andar siempre con él, ora fuera al saladero, que estaba en la boca del río Salado, que pasaba por las casas de la Estancia, ora á visitar los puestos ó el rodeo. ¿Cuándo se irá á la loma de Góngora? (otra de sus estancias en sociedad con Atkinson Plows, sus amigos),

era mi idea fija, pensando: así tendré más libertad, por que no ha de llevarme.

Procuraba ganar su confianza y su simpatía echándomela de incansable, andando sin sombrero al rayo del sol ó tiritando de frío sin poncho.

Qué largo el tiempo...

Al fin se fué, dejándome recomendado á Casas, un paisano, que era una de sus predilecciones.

Pero él se fué y yo también á renglón seguido en un buen pingo malacara.

¿A dónde iba?

A cualquier parte.

Libertad, espacio mío, no trazado por otro, y nada más que eso necesitaba.

Echo por un camino; anduve, anduve al tranco, al trote, al galope, — andando se llega á Roma. Con el crepúsculo vespertino llegué á un pueblito. Entré, seguí, torcí, — miraba á todos lados, y dónde pasaré la noche, rumiaba, cuando en una esquina veo un grupo de personas sentadas en la vereda. Sujeto el malacara, y antes de que hubiera hallado la palabra con que me había de insinuar, un hombre rubio, que no reconocí aunque muchas veces lo hubiera visto en mi casa,

de cara afable, de estatura regular, el coronel del Valle, me habló así : « Buenas tardes, amiguito, ¿no será usted hijo de Agustinita Rozas?

— Sí, señor, repuse alborozado.

— Pues eche pie á tierra.

Así lo hice, y al rato estaba ya comido, con mi cama lista, un catre en la trastienda, donde había otros tres.

Armaron una jugada. Me invitaron. Rehusé alegando lo que era la verdad pura, no sé. Me explicaron, me tentaron, me dieron muchos, muchos granos de maíz diciéndome: cada uno vale tantos pesos. Perdía y perdía con indiferencia pasiva. ¿Qué importa? me decía interiormente, poseo un amuleto, jugando á la redoblona como Quiroga (era la leyenda), al fin me desquitaré. ¡Quimera! A lo mejor, y cuando después de haber perdido hasta los ojos de la cara iba á redoblar, — una de las piernas, llamada Osorio, salió con esta pata de gallo: Ya es tarde; mañana seguiremos el monte, amiguito... » (habiéndose divertido á costillas del huésped badulaque y parlero cuanto ingenuo).

Lo que pasó en mí sólo pasa cuando sacudida por una conmoción de lo hondo se descompone la

máquina. Al rato dormían ellos. ¡Yo, qué dormir! Velaba atento. Oigo roncar; no hay duda, duermen profundamente. A hurtadillas como un criminal, me esquivo, salgo... desato de la estaca el malacara, le echo medio bozal, salto en pelos, ya estoy fuera del *sitio*, — que no era patio ni corral donde estaban los caballos. Pocos momentos después ya estaba fuera del pueblito, dejándolo sumido en ese silencio caótico de las horas pristinas de la creación, — y sin más luz que el suave fulgor de las estrellas titilantes en el inmenso piélago sideral, caminaba á la aventura, volviendo á menudo los ojos al cielo.

Anduve y anduve, sin cruzarme con alma viviente. Llegué á un río. Pasaba una tropa de ganado. Me hicieron los troperos el favor de ponerme en el otro lado; y digo el favor, porque era el Salado que estaba crecido, y, en esto de nadar, á mi padre le sucedió lo que á mi madre con el guitarrear: no consiguió hacerme nadador. Soy, como dicen en el Litoral, porteño barriga agujereada. En compensación no me mareo. Sobre el mar estoy como en mi propia casa; como, bebo, duermo cual alma sin penas.

Una vez del otro lado me puse á pensar que la

Estancia me quedaba mal. Ya era tarde. Á lo hecho pecho, adelante, me dije; al primero que pase le preguntaré dónde queda Chascomús. Allí estaba mi tío Prudencio. Nadie pasó. Llegó la noche, caminaba, caminaba.....

En mi desconcierto y aunque ya tuviera una idea de lo que era el mar, habiéndolo visto desde la boca del río Salado, — una sabana de agua, apenas rizada por una suave brisa que algo me consolaba, me cerraba el paso, y obligándome á costearle me hacía el efecto del Océano enfurecido... era la laguna.

Tenía hambre... hace ver tantas cosas... veo unas luces en lontananza, que se movían, que se movían, todo se movía, la tierra exhalaba vapores imponderables, — me estremecía. Había oído hablar de fuegos fatuos. ¿Será eso? Pero al pensarlo, un pensamiento supersticioso me heló la sangre: son almas del otro mundo, murmuré dentro de mí, y el pavor creció, creció, viendo que las almas iban y venían, que se me acercaban, que se me acercaban. Porque conturbado veía mal, no viendo que era yo el que avanzaba, no las luces.

De repente, no sé cómo, me hallé entre gente

de á pie: estaba en una calle de Chascomús y era la procesión del Santo Sepulcro. Volví en mí. Pregunté. Me fuí á casa de mi tío. Etelvina y mis primas, todos me recibieron muy bien. Yo sólo conocía á Corina y á Basilia. Á las otras de nombre. Á Etelvina poco. Sacaron mi vientre de mal año y me hicieron alojar en un almacén de enfrente.

Mi tío, con cara de pocos amigos, me interrogó. Contesté zurdamente. Disimuló. Lo ví hablar con Etelvina y con las muchachas, — y la cara que ponía no era de buen agüero. No concordaba lo que á ellas les había dicho con lo que á él le acababa de explicar.

Me llamó, y con poco gasto retórico me endilgó el portante. Tuve que irme y me fuí llevando la imagen de una de mis primas, — que todavía andaba de calzón corto, una de grandes ojos negros, sustitución de Pepita, en la que con tantas andanzas ya no pensaba.

Cuán cierto es y será: *loin de l'œil, loin du cœur* (1).

(1) Mis otras primas eran Corina, que casó con un hombre inteligente y sano de corazón, el doctor en medicina José Higinio Solyviera; Manuela, que vive, viuda dos

Llegué á la Rincón de López. Mi tío no estaba. De mi desaparición no le habían mandado lenguas.

Supe que tardaría en regresar; resolví volver á Chascomús. Mas esta vez me fué peor que antes. Tuvieron Etelvina y mis primas que esconderme. Mi tío sabía ya todo lo de Pepita.

Y no había que hacer sino lo que hice: irme con la música á otra parte.

Mi tío volvió.

Nada supo.

Me llevó á Buenos Aires.

veces; Adela, casada con su primo y el mío Alejandro Baldez; Agustina, viuda de Francisco Pereyra, — del Paraná, hijo de un antiguo amigo de mi padre y hermano del malogrado comandante Olimpedes Pereyra; y Basilia, que casó en Sevilla con el famoso compañero de Kossuth, el general húngaro Juan Francisco Czetz, anciano ya, residente en Buenos Aires, que erró su destino metiéndose en el Río de la Plata. Si se queda en Europa habría, si no gobernado, ocupado una posición como la de su subalterno el general Türr cuando la gran revolución del 48.

Mi madre, vistos sus buenos informes, resolvió que me quedara. Con mi hermana hablé de la prima. Le pinté mi pasión. « Me alegro, me dijo ; porque la francesita no era lo que creías. » La defendí. Viéndola atacada, me sentí todavía ligado á ella.

Pero si se acaba de casar... fué aquello un rayo. Quise verla. Hice un escándalo. Mi madre me mandó á San Nicolás de los Arroyos.

Cardozo, un oficial lleno de pecas, de pelo colorado, — era él que me llevaba... prisionero.

La señora le había dicho : « Tenga cuidado con este niño, no le dé confianza, no converse con él. »

Íbamos por la posta, por aquellas postas! A toda pregunta mía, la más inocente, como : ¿ falta mucho para llegar á Giles? Cardozo contestaba con unas coplas, cuya música me acompañará, hasta chocheando, más allá todavía : « Reñir, reñir, hacer las paces ; volver á reñir luego ; y no encontrar sosiego ; hasta querer mejor ; eso es y siempre ha sido lo que se llama amor. »

Y luego después de una pausa : « A la risa y al baile, muchachos, sin decir agua va viene amor. »

No diré como Espronceda : ¡ pobre Teresa ! (léase

Pepita), ¡al recordarte siento un dolor tan intenso!

Pero sí diré, y es el único mérito de esta historia, — hasta aquí, — que su pureza no le valió.

La madre le dijo que tenía que casarse; que estaba deshonrada; que ella le tenía marido. Pepita protestó, juró, juró en vano, — no fué creida.

La casaron con el *marmiton* ó pinche del *chef* de Mr. Southern. Hizo fortuna, muy buena fortuna; fueron, como vulgarmente se dice, felices.

Una vez en San Nicolás, mi padre me echó un sermón, corto, expresivo, paternal; me dijo que ya era un hombre, que era menester tener juicio, trabajar, que él me habilitaría, que me reconciliara con Dios, confesándome, como lo hice con el párroco don Juan Páez, el cual halló mi alma con poca escoria de impurezas; y tengo la convicción de que, sin violar los deberes de su ministerio sagrado, debió decirle al autor de mis

días : « Señor general, el joven es bueno. »

Porque á los pocos días ya comenzaron las conversaciones sobre el saladero en Ramallo, que era la habilitación en perspectiva, — tardando doco en pasar del dicho al hecho.

Con mi hermana nos escribíamos.

Yo le hablaba de la prima de Chascomús, la de los grandes ojos negros ; ella no la conocía, la soñaba, y con sus idealidades alimentaba un fuego que ardió y ardió tanto, que con esa prima subí la primera vez al altar donde se jura eterna fe. Sin Pepita, limpia en realidad ; pero ante la conciencia de la madre y el juicio superficial y temerario de la opinion, deshonrada, — todo el curso de mi vida toma otro sesgo. Desde luego no voy á San Nicolás, ni me embarcan para un viaje que hasta ahora sé, de un modo evidente, positivo, incontestable como que ceterior no es ulterior ó el contenido menor que el continente, ¿por qué me lo hicieron hacer ?...

Fué un acontecimiento social.

Muchas personas me acompañaron hasta la carreta que debía atracarme á la ballenera inevitable, estando el barco en la rada. Entre ellas algunas formales, como el señor don Francisco

Casiano Belaustegui, — que *chemin faisant* me daba sus consejos...

Al decirme « adiós, hijito, buen viaje », lo ví llorar. Yo estaba como alelado. Llevaba en el fondo de un baúl mil patacones mejicanos, todos mejicanos, que se eligieron por recomendación del capitán de la misma barca; tenían gran premio en la India. Me parecían un mundo. Iban en chorizos de á cien.

¡Pobre Julián, pobre Domingo Murga! — los dos con Alejandro Baldez, me ayudaron á acomodarlos.

En Calcuta recibiría de Londres carta de crédito. Las recibí. Y fué suerte, porque los mil no tardaron mucho en volar.

Al escribir estos últimos renglones confieso que me enternezco.

L'inflexion des voix qui se sont tues...

Nó.

Sí, habla uno con los muertos. Hablo con mi madre y me mira y me dice: « Tanto trabajo que me diste, y durante tan largo viaje no te acordaste una sola vez siquiera de la guitarra, que tan bien te había acomodado con algodón y papel de seda en su caja para que no se estropeara. »

Buenos Aires se pierde de vista, lo veo todavía, se esfuma, desaparece, estoy rodeado de la más afligente de las soledades, — la moral navegando. De este viaje sin más impresiones que las del oceano en calma ó agitado, con horizonte limpio ó sucio y firmamento sombrío ó rutilante, tengo dos enseñanzas: mi incapacidad para versificar (intenté hacer algunas estrofas, nada tan prosaico y ramplón), y que la mímica puede reemplazar la palabra, — puesto que sabiendo sólo una que otra del inglés lo hacía reir, al capitán, á veces á carcajadas, traduciéndole pasajes del *Quijote*, en su lengua; de lo cual se deduce que eran mis gestos expresivos, y ni por asomo la frase, los que lo divertían, hasta provocar su hilaridad, y que Cicerón decía bien cuando hablaba del *quasi sermo córporis*, más eficaz en todo caso que las *erres*, y las *ies* « tan largas », que lo hicieron desconfiar á don Estanislao López.

Los que se quedan comentan.

Los hechos son lo que son y otra cosa no pueden ser. Pues casi la universalidad de los estantes y habitantes creía lo contrario de lo que era. Pero mi confesor sabía: que Pepita estaba pura, y yo y uno que otro que computaba fechas teníamos

la conciencia de que no era por ella que me alejaban.....

⁂

Lo repito, suprimamos con la imaginación á Pepita: no hay tentativa de escapada á Montevideo; ni casa de Ejercicios para ella; ni destierro al Rincón de López para mí; ni casamiento de ella con el candidato de la madre, que la creía « deshonrada »; ni excursión reiterada mía con tan mal éxito á Chascomús, donde dejo unos ojos negros por los que olvidando los de aquella suspiraré; ni no soy saladerista! En una palabra, todo mi destino se encausa en otros canales: no me caso con mi prima hermana Catalina Rozas; á no ser que se pretenda el absurdo de que no hay causas eficientes, que los efectos no se encadenan y que todo, todo es obra de la casualidad.

Mas todavía, si nunca jamás, — nunca jamás! por si dicen demasiado los dos adverbios, diré solamente: si en ningún tiempo anterior á estos sucesos hubiera estado en San Nicolás de los Arro-

yos, hay mil probabilidades contra una de que la mujer que es ahora mi segunda esposa no lo sería. La entidad poética que está en la penumbra del cuadro, — suprimido aquel detalle desaparece. Es extraordinario. No es para esta parte. Pero puede demostrarse. Si en el mundo espiritual los fenómenos no son como las sensaciones del frío y del calor, no habiendo que quebrarse mucho la cabeza para determinar porqué se experimentan, — no significa esto que esos fenómenos no puedan ser aclarados dada su índole humana.

Tengo de San Nicolás de los Arroyos tan gratos recuerdos, en un sentido, que sería ingratitud, sinónimo de olvido, no mencionar siquiera el nombre de algunas familias de allí, — familias de posición y condición diversas, que casi todas fueron buenas conmigo.

Pombo, Somoza (este es pariente lejano mío por la línea materna), Cernadas, Contreras, Her-

nández, López, Olmos, — todos ellos ligados por casamientos.

Los Llobet. El jefe de esta rama era el señor don Francisco, casado con una La Sota. Se enlazaron con los Bengolea, familia de Córdoba, emigrada, y con los López. Estos eran Juan y Casiano. Luis Llobet se casó con Petrona López, Andrés con Manuelita, Pedrito con Jovita Millán. Benedicta Llobet se casó con Pedro Bengolea.

Los que saben muchas cosas falsas decian que mi viaje á la India fué para evitar que hiciera lo que Pedro Bengolea. Santiago Bengolea se casó con Juanita Llobet. Mi padre fué el padrino.

Continúo con la familia Basaldúa, muy antigua y numerosa : una Basaldúa casó con un Granel. Los Ollero eran sobrinos de los Benítez. Sigo : Ruiz, muy antiguos. Bravo, dos de ellos estuvieron en Obligado y justificaron su nombre. El acreditado rematador y distinguido caballero don Ramón R. Bravo, — de ahí viene. Linares, estanciero casó con una López, creo, cuñada de Andrés Llobet. Los Acevedó, tan numerosos, una casó con un Pareja, que murió en Caseros.

Otra era casada con don Felipe Botet (Juez de Paz en mi tiempo). Su padre vivía frente á Santo

Domingo; uno de mis caminitos preferidos en la infancia. Por ahí, entre otras casas, había para mi dos con mucha atracción: la de Misia Pastora Senillosa, donde los buenos dulces abundaban, y la del señor don Carlos Huergo, á quien mi padre mucho quería, ponderando siempre su talento genial, y cuya esposa, linda señora, me acogía siempre riente; lo mismo que la señora del doctor don Lorenzo Torres, — tan íntima de mi tía Rosalía Elía y de mi madre, más de aquella.

Los Benegas vivían en la plaza. Rodríguez, creo que queda uno, vejancón.

Márquez, Jiménez, Simonnet, Silva, Molina, Lozano, Tisera, Aldao, Alcaraz, García, Salinas, Dorr (era casado con una Muñoz, una Julia Dorr se casó con un Berdier del barrio de San Francisco, que fué el almacigo).

Gómez, estanciero por las « Hermanas ». Aguirre era chileno, la esposa una González. Redemil; Muñoz casó con una Redemil. Carranza, eran parientes del eminente doctor don Dalmacio Vélez Sarsfield. Rojo, casado con una Carranza, fué secretario de mi padre; dos de sus hijas viven en París, muy estimadas en el círculo Argentino. Alurralde, eran estos parientes de los Ledesma

de Tucumán. Núñez, médico. Ramón A. Carvajal casó con una de La Sota.

Ha vivido y es un ochentón, ó por ahí va el hilo, lleno de bríos. Chousiño era un español. Casó con una joven que se llamaba Melchora, — alta, morenita, graciosa.

Vázquez estaba enlazado en la familía de Acevedo, y tenía una hijita muy mona.

Otro, Segovia, era casado con una señora Juana Alcaraz.

Las Oteiza, — mi padre vivía en finca de su propiedad que hizo desembargar, me parece, en una esquina de la plaza. Eran varias, bonitas, una de ellas casó con Mr. Plows.

Méndez, — casado con una hija de don Rafael Gonzàlez, nieta del general don Guillermo Pinto. Una muy vieja familia, la de Navarro, que vivía frente á la iglesia, — vió su casa destruída por la « explosión de la pólvora » que las autoridades imprudentemente habían almacenado en el sótano. Guiñazú, — era escribano.

Los coroneles Garretón y Melián, con sus respectivas familias, vivían también en este pueblo, que era un verdadero centro social. Creo que una hija única del coronel Melián, muy camarada de

mi padre desde la guerra de la Independencia, casó con un Rocha.

Benigna Garretón fué casada y tuvo varios hijos con Adolfó Silva, oriental, de esos que la política echó á Buenos Aires con otros ya mencionados; por cierto que al hacerlo olvidé á los Anavitarte, y no debió ser así, porque uno de ellos, uno grandote, me daba en la escuela de Sánchez tales trompadas, que no sé cómo no conservo todavía los moretones. La familia de Silva, toda ella gente en extremo bondadosa, estuvo temporalmente avecindada en San Nicolás.

En cuanto á la familia Torromé, emparentada con los Llobet, siendo ahora la mía, con ella cierro estas breves referencias, incorrectas en algo, bien puede ser, — que los años y los años no pasan sin hacer sentir cuán fácil es olvidar.

El San Nicolás de ahora debe ser muy distinto del de entonces, — del mio.

Y ha de ser curioso sacar en limpio qué queda allí de lo pasado; qué lo ha sustituído socialmente, en medio de esta entrevero de nombres y apellidos, entrevero, que á veces confunde las berzas con los capachos.

Sea lo que fuere. He aquí algo referente á un

pariente *avant la lettre*. Felipe Aliberti se llamaba.

Era italiano, barquero y prototipo de buen colono, pues tuvo veintiún (21) hijos, como Dios manda, con una parienta de mi actual suegro don Francisco Torromé.

Aliberti era entusiasta federal.

¿Y por qué no lo había de ser?

Garibaldi, ¿no fué enemigo de Rozas?

Contribuyó así Aliberti con varios de sus barquichuelos á formar la cadena con que en la vuelta de Obligado se intentó obstruir el paso de las escuadras anglo-francesas el 20 de noviembre de 1845.

Y á esa contribución agregó su persona combatiendo. Cuando un italiano se da, se da todo entero.

En lo más recio de la batalla, mi padre le preguntó: « Ché, Aliberti, ¿ qué es eso que echan al agua de aquel barco? »

Y Aliberti, tomando el anteojo y observando un instante, repuso : « Son *corpos*, usía!

¿Qué queda de todo esto?

¿En qué molde nuevo se han fundido los residuos?

¿En qué direccion han desparramado los vientos, de la fortuna lo que fué?

¿Qué frutos ha dado aquella semilla?

« Nuestra vida es hecha de sucesiones, de divi-
» siones, de partes y de partículas ». Confucio exclamaba : « ¿Cómo ocultar un hombre, cómo ocultar un hombre? »

Lo que digo de San Nicolás de los Arroyos lo digo igualmente de otros centros, semilleros transformados, á punto que me suelo preguntar : ¿qué se haría Eusebio Villar, ayudante de mi padre, cuyo recuerdo amable es uno de los más gratos que tengo de mi niñez?

Si Confucio renaciera, vería que sí se puede ocultar un hombre; que lo que no se puede ocultar son sus productos, ni extinguirlos. Por ahí andan los de aquellas modestas aldeas.

La marea incesante de la evolución ha arrastrado los cuerpos, pero no ha aniquilado los estambres morales; las almas están en sus sucesores.

En esa nomenclatura de vecinos hay más de lo que á primera vista dicen los nombres italianizados, afrancesados, alemanizados...

La sociología argentina espera su hombre.

¿Vendrá?

Sí vendrá.

Y se hará ver y hará ver, — y la luz de la plaza pública probará el valor de la obra, como decía Miguel Angelo dirigiéndose al joven artista tan preocupado de la de su estudio.

La historia es así uno de los más arduos y complicados problemas que la filosofía suele plantearle al criterio concienzudo del hombre investigador. Y he aquí porqué « no es uno historiador por haber escrito historias ».

◙

La critica no es una ciencia exacta, en tanto que el arte es la expresión de las emociones del artista, — objetivas ó subjetivas.

Dos pintores no ven el paisaje, ni los movimientos de un caballo ó de un toro del mismo modo. La óptica ha hecho constar el fenómeno de personas que ven lo rojo negro, rojo ó verde y viceversa.

Estoy á su merced.

« Paisaje » acabo de decir. No empleo la palabra únicamente en su acepción material. Me refiero también al « paisaje interior ».

A ese paisaje en el que la imaginación errante, al remover impresiones diversas, que yacían en el estado de cosas inactivas, semimuertas, crea, fantaseando, imágenes vaporosas perceptibles cuyo color y forma tomamos.

He querido escribir la vida de un niño, comentando lo indispensable, tratando de ser lo menos difuso posible al perfilar situaciones de familia, sociales, personales, á fin de no fatigar la atención del lector; esforzándome por último en vivificar el gran cuadro pintoresco, animado, siempre interesante, — del país que fué en otra edad, la Patria amada, que me ha hecho lo que soy; todo lo cual debe servirme de índice y guía, de canevás ó triangulación para un trabajo futuro.

¿Lo habré conseguido?

No habré mirado algunas veces los cuadros con el anteojo al revés, acercando ó retirando demasiado, otras, los lentes del observador.

Las opiniones serán lo de siempre : concordantes ó discordantes.

Este es posible que diga : ¡qué libro tan tonto!

Contra esto no hay defensa ni réplica. El que tiene sueño se duerme.

¿A qué preguntarle porqué?

Otro dirá : es una pepitoria, un libro loco.

Esto sí puede defenderse con Pascal : « los hombres son tan necesariamente locos, que sería ser loco por otro giro de locura no ser loco » (1).

Finalmente, los que tienen « la terrible ventaja de no haber hecho nada », — es posible que digan : si esto se llama libro, yo podría hacer otro igual todos los años (y porqué nó, y hasta uno por mes y mejor). Pero observo anticipadamente por vía de explicación justificativa, que está en la naturaleza del hombre cooperar : « que su deseo es comunicarse y que lo que tiene que decir le hace peso en el corazón hasta que por fin lo da á luz ».

(1) Les hommes sont si nécessairement fous, que ce serait être fou par un autre tour de folie de n'être pas fou.

Cuando el pobre Paul Verlaine, el místico enfermizo, que por vez postrera comió á manteles en mi mesa, exclamaba :

Ah! si je bois, c'est pour me soûler, non pour boire!

escrito el verso, no hay contumelia en estos lamentos, — hecha la confidencia, se sentia positivamente aliviado, ¡padecía tanto! pensando que no faltarían almas caritativas que de su suerte negra se compadecieran. Simpatía es consuelo. Por otra parte, vivimos hablando. Hasta es industria. Y es así como se comprende la inundación periódica de futilidades, verdadera marea literaria en cierto sentido, — que en otro ya sabemos en lo que consiste : el hombre moderno tiene que optar entre la ciencia y la información. Aquella no está al alcance de todos, sino en lo que se refiere á sus efectos y á sus beneficios. Esta es un llamamiento permanente á la curiosidad, á veces á la ignorancia y á la estupidez en lucha permanente con el sentido común, — mediante proveedores prácticos que saben que las gentes no viven en éxtasis, ni arrastradas por arrebatos poéticos. sino pidiéndole al sol y á la luna noticias, nove-

dades, sensaciones, escándalo, un delito, un crimen, cualquier cosa que no sea soporífera.

Cae de su peso que no he intentado nada de eso, aunque bien pudiera haber incurrido en lo que nos hace cerrar los párpados escapándose el libro de las manos.

¿Qué más?

A los que me quieren, ¡ salud y alegría !

Y á los que no me quieren también, y á todos mis lectores, ídem, ídem.

La continuación, *post mortem*.

París, 7 Marzo 1904.

ALGUNAS PRODUCCIONES DEL AUTOR

Reglamento para el ejercicio y maniobras de la infantería del ejército argentino, en 8.º, con láminas. — Buenos Aires, 1855.

De Adén á Suez. — Buenos Aires, 1855.

Contestación á Vicuña Mackenna.

Seguridad de la frontera y reforma militar.

Del ejército argentino y bases para el establecimiento de una escuela militar nacional.

Una excursión á los Indios Ranqueles, cuarta edición, con láminas. — Buenos Aires, 1870. — (Obra premiada en el Congreso Geográfico de París.)

Bases para la organización del ejército argentino. — Buenos Aires, 1871.

Ordenanzas para el ejército de la República Argentina. — 1876.

Comentarios para facilitar el estudio de las Ordenanzas.

Una huaca. — *La confesión de un pirata.* — *La crisis presidencial en los Estados Unidos.* — Montevideo, 1877.

Atar-Gull ó una venganza africana. — Drama romántico en cuatro actos; 1864.

Una tía. — Comedia de costumbres.

Fósforo y civilización.

Cartas confidenciales.

El asalto de Curupaiti. — (Pseudónimo Orión.)

Rabagas. — (Traducción.)

Cartas de Amambay.

Entre paréntesis. — Discusión histórica.

Ensayo sobre la novela en la Democracia. — Buenos Aires, 1868.

Servidumbre y grandeza militar. — Traducción de Alfredo de Vigny.

Los proscriptos. — Idem de Balzac.

París en América. — Idem de Laboulaye.

Naturaleza y tendencia de las Instituciones libres. — Idem del inglés.

Pablo ó el hombre de las Pampas, por Eduardo Mansilla de García. — Idem del francés.

Estudios constitucionales, 2 v.

Recuerdos y retratos, 1 v.

Causeries del jueves, 9 v.

Estudios morales. — Máximas y pensamientos (con prefacio de Maurice Barrès).

Rozas. (Ensayo histórico psicológico.)

En Vísperas.

Paris. — Imp. PAUL DUPONT (THOUZELLIER Dr), 203.1.13



